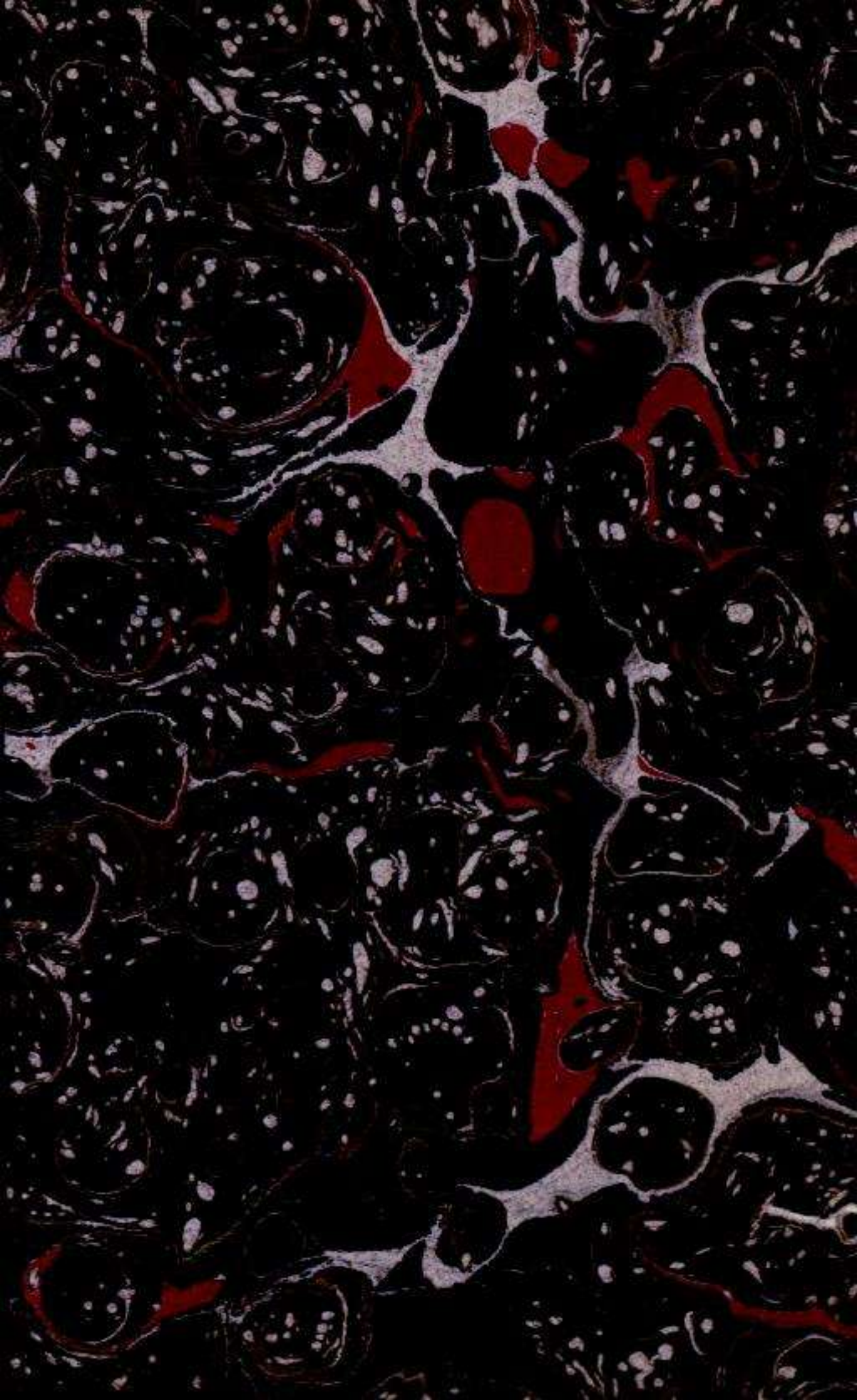
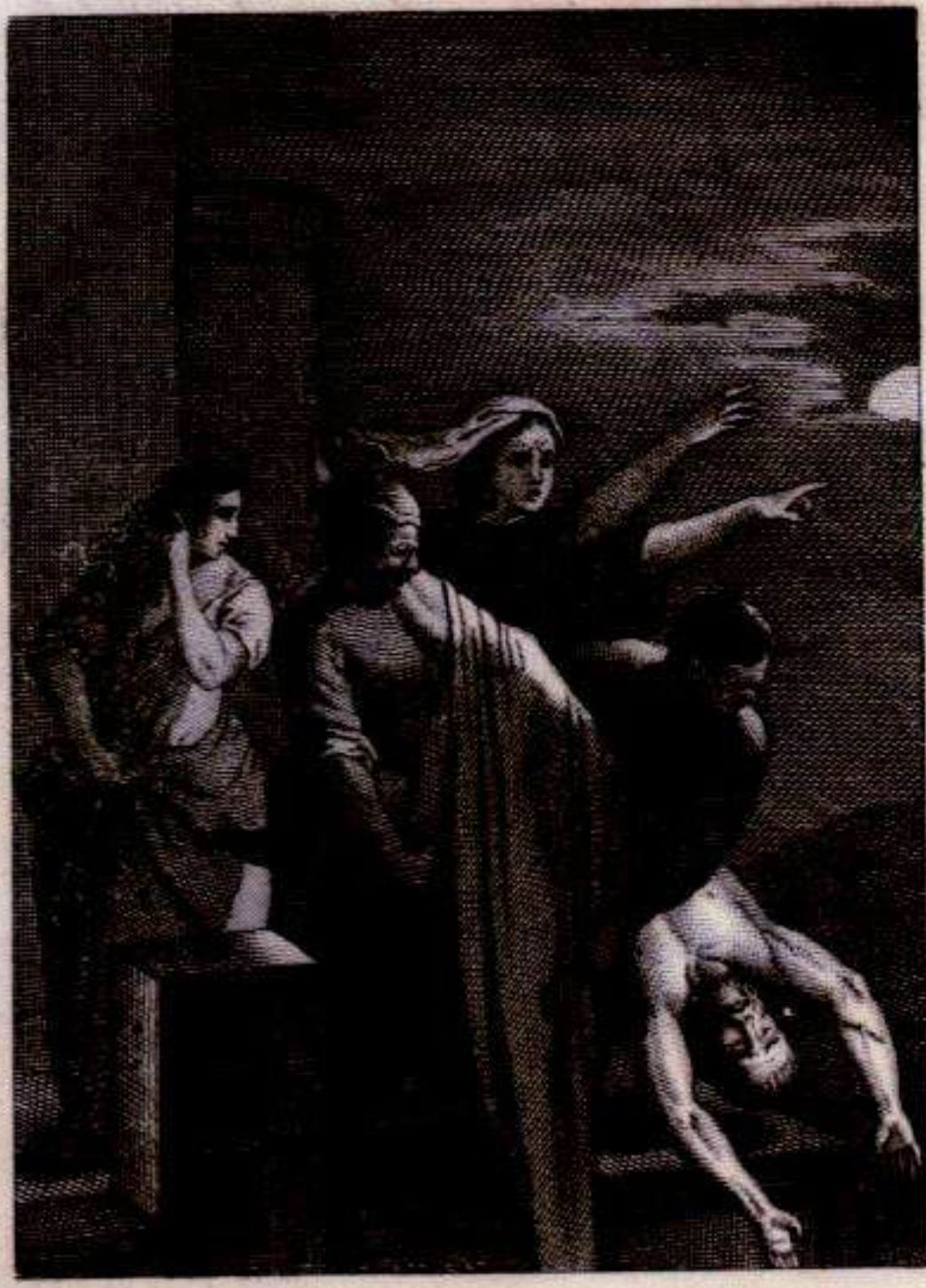


CRIMENES CÉLEBRES.

183

Es propiedad de la casa de A. PONS Y COMP.ª

Imprenta de JOSÉ TAULO.



Los Cenci precipitando el cadaver de su padre desde la arotea de Rocca-Petrella.

R.14752

CRÍMENES CÉLEBRES

POR

ALEJANDRO DUMAS.

LOS CENCI.

BARCELONA.

LIBRERIA DE A. PONS Y COMP.ª, EDITORES.

1840.

A LOS LECTORES.

Bajo el título de CRÍMENES CÉLEBRES, *ha aparecido en Francia una obra de* Alejandro Dumas *cuya version ofrecemos al público: este nombre y aquel título nos dispensan de cuanto pudiéramos decir en elogio suyo. En efecto, el primero es tan ventajosamente conocido en el orbe literario, que se basta á sí mismo para hacerse recomendable; y el segundo nos deja ver una sucesion de cuadros terribles y de sangrientas escenas, que avasallando todos los afectos del ánimo, obligan al lector á fijar esclusivamente su atencion y á seguir con palpitante interés las animadas narraciones que, en esta obra, nos presenta el célebre dramaturgo francés.*

Si: fuertes sensaciones causa la lectura de este libro, y la impresion que deja en

el ánimo es tan profunda como saludable. Hacer abominable el vicio, presentándolo con toda su hediondez, y hacer odioso y execrable el crímen, dejándolo ver con cuanto hay en él de abyecto y horroroso, es el objeto eminentemente moral que parece se ha propuesto Dumas en esta obra. Dichosos nosotros si podemos contribuir á él trasladándola á nuestro idioma, y haciendo participar á nuestros compatricios de las profundas cuanto saludables sensaciones que causa su lectura, ya que no nos sea dable hacerles gustar, cual deseáramos, de las inumerables bellezas que contiene, conservando intactas las imájenes y el estilo vigoroso que en toda ella campea.

LOS CENCI.

1598.

Cualquiera que vaya á Roma y visite la *villa* Pamfilio, despues de haber disfrutado bajo sus viejos pinares y á lo largo de sus canales, la sombra y la frescura que tan raras veces se goza en la capital del mundo cristiano, se encaminará, sin duda, hácia el monte Janículo, por una senda deliciosa, á mitad de la cual se encuentra la fuente Paulina. Dejando este monumento, y despues de haberse detenido momentáneamente en el átrio de la iglesia de S. Pedro, en Montorio, que domina átoda Roma, visitará el claustro del Bramante, en cuyo centro, y en una hondonada de algunos pies, verá construido en el mismo sitio donde fué crucificado S. Pedro, un pequeño

templo, de arquitectura greco-romana. Luego, entrará otra vez en la iglesia por una puerta lateral, y allí le enseñará el solícito *Cicerone* en la primera capilla á mano derecha, el Jesus azotado de Sebastian del Piombo, y en la tercera, á mano izquierda, un Jesucristo en el sepulcro, de Fiamingo. Despues de examinadas detenidamente estas dos obras maestras, le conducirá á los estremos del crucero, y el hará ver en uno de ellos un cuadro de Salviati, pintado sobre pizarra, y en el otro una pintura de Vasari. En seguida, enseñándole con triste ademán una copia del martirio de San Pedro, de Guido, colocada sobre el altar mayor, le contará que allí fué venerada durante tres siglos la transfiguracion del divino Rafael, arrebatada por los franceces en 1809, y devuelta por los aliados al sumo Pontífice en 1814. Sin embargo, como probablemente habrá ya admirado esta obra maestra en el Vaticano, dejará hablar al *Cicerone*, y dirijiendo la vista al pié del mismo altar, verá una baldosa de túmulo, que se distingue por una cruz y la sola palabra: *Orate*. Debajo aquella baldosa está enterrada Beatriz Cenci,

cuya trágica historia deja profundos recuerdos.

Beatriz era hija de Francisco Cenci. Por poco que nuestros lectores crean que los hombres nacen en armonía con su siglo y que los unos son un compendio de cuanto bueno hay en él y los otros de cuanto malo contiene; será quizá curioso para ellos echar una rápida ojeada al periodo que acababa de transcurrir, cuando tuvieron lugar los acontecimientos que vamos á contar. Francisco Cenci se les presentará desde luego como la personificacion diabólica de su época.

Alejandro VI habia subido á la silla pontificia, el 11 de agosto de 1492, despues de la larga agonía de Inocencio VIII, durante la cual se perpetraron doscientos veinte asesinatos en las calles de Roma. Hijo de una hermana del Papa Calisto III, Roderico Lenzuoli Borjia habia tenido, antes de ser cardenal, cinco hijos de Rosa Vanozza, á la que en seguida diera en matrimonio á un opulento romano. Estos eran:

Francisco, despues duque de Gandia.

César, que fué obispo y cardenal, y mas adelante duque de Valentino.

Lucrecia, que despues de haber tenido por amantes á su padre y á dos de sus hermanos, se casó cuatro veces: la primera con Juan Esforcia, señor de Pezaro, y á quien abandonó impotente; la segunda con Alfonso duque de Bisiglia, que fué luego asesinado por César; la tercera con Alfonso de Éste, duque de Ferrara, y del cual la separó un segundo divorcio; la cuarta, en fin, con Alfonso de Aragon, que fué cosido á puñaladas en las gradas de la Basílica de S. Pedro, y ahogado tres semanas despues, porque sus heridas, sin embargo de ser mortales, no le remataban bastante pronto.

Guifry, conde de Squillace, de quien muy poco se sabe.

Y finalmente otro de quien no se sabe nada.

El mas conocido de estos tres hermanos era César Borjia: habiéndolo preparado todo para hacerse rey de Italia, despues de la muerte de su padre, tomó tan bien sus medidas, que ya no debia caberle duda alguna sobre el éxito de tan vasto proyecto. Todos los casos estaban previstos, escepto uno solo; pero que para

adivinarlo hubiera sido necesario ser el mismo Satanás, como va á juzgarlo el lector.

Deseando el Papa heredar al rico y opulento cardenal Adriano, del mismo modo que habia ya heredado á los cardenales de San Ángelo, de Cápua y de Módena, le convidó á cenar en su posesion de Belvedere. En consecuencia César Borjia enviára al copero de su padre dos botellas de vino envenenado; advirtiéndole tan solo, y sin descubrirle el secreto, que no sirviese de aquel vino hasta que él se lo previniese. Por desgracia el copero se alejó un momento durante la cena, y en aquel intervalo un torpe criado sirvió cabalmente del vino envenenado al Papa, á César Borjia, y al cardenal de Corneto.

Alejandro VI murió al cabo de pocas horas; César Borjia quedó postrado en la cama, donde cambió enteramente la piel; y al cardenal de Corneto le costó una enfermedad, de la cual creyó morir, despues de haber perdido la vista y el uso de los sentidos.

Pio III sucedió á Alejandro VI; reinó veinte y cinco dias, y al vijésimo sexto fué envenenado.

Habia diez y ocho cardenales españoles que debian á César Borgia su entrada en el sacro colegio. Estos cardenales le eran enteramente adictos, y podia disponer de ellos á su arbitrio. Sin embargo, no pudiendo hacer nada por si mismo, en razon de estar continuamente enfermo, los vendió á Julian de la Rovere, quien fué elejido Papa bajo el nombre de Julio II. Entonces á la Roma de Neron sucedió la Atenas de Pericles.

Bajo el pontificado de Leon X, que subsiguió al de Julio III, tomó el cristianismo un carácter pagano, que pasando de las artes á las costumbres, dió á aquella época un aspecto particular. Desaparecieron momentáneamente los crímenes para dar paso á los vicios: pero á vicios seductores; á vicios de buen gusto, como lo eran los que cultivaba Alcibíades y cantaba Catulo. Leon X murió, despues de haber reunido durante su reinado, que duró ocho años, ocho meses y diez y nueve dias, á Miguel Angel, Rafael, Leonardo de Vinci, el Corregio, el Ticiano, Andres del Sarto, el Trate, Julio Romano, Ariosto, Guichardini y Machiavelo.

Julio de Médicis y Pompeyo Colonna pretendian sucederle; y como ambos eran políticos consumados, cortesanos muy versados en los negocios, y ademas hombres de un mérito casi igual y verdadero, ninguno de los dos podia obtener la mayoría; y el cónclave se iba prolongando con bastante fastidio de los cardenales. Sucedió un dia que un cardenal, mas aburrido que todos los demas, propuso que se elijiera en lugar de Médicis ó de Colonna, al hijo de un tejedor, segun unos, ó segun otros de un cervecero de Utrecht, en el cual nadie habia pensado hasta entonces, y que en aquel momento regentaba la monarquía de España, durante la ausencia de Cárlos V. Esta chanza tuvo buen éxito. Todos los cardenales aplaudieron la proposicion de su cólega, y Adriano fué elejido papa por casualidad.

Era este un verdadero flamenco que no entendia ni una sola palabra en italiano. Cuando llegó á Roma y vió las obras maestras de la Grecia, á tanto coste reunidas por Leon X, quiso destruirlas, esclamando: *sunt idola antiquorum*. Su primer cuidado fué enviar el nuncio Francisco Che-

regat á la dieta de Nuremberg, que se hallaba reunida entonces á causa de las turbulencias que motivara Lutero, dándole unas instrucciones que pintan exactamente cuales eran las costumbres de aquella época.

„Confesad ingenuamente, decia, que Dios ha permitido este cisma y esta persecucion en castigo de los pecados de los hombres, y particularmente de los que han cometido los sacerdotes y prelados de la Iglesia; pues sabemos que en la Santa Sede han sucedido cosas abominables.„ Adriano queria que los romanos volviesen á las costumbres severas y patriarcales de la iglesia primitiva, y á este fin llevó la reforma hasta al último estremo. Así que, de cien palafreneros que tenia Leon X, solo conservó doce, para no tener, segun decia, sino dos mas que los cardenales.

Un Papa como Adriano no podia reinar por mucho tiempo; asi es que murió despues de un año de pontificado. Al otro dia de su muerte se encontró la puerta del cuarto de su médico adornada de flores con esta inscripcion: *Al libertador de la patria.*

Julio de Médicis y Pompeyo Colonna vol-

vieron otra vez á sus pretensiones. Las intrigas empezaron de nuevo, y el cónclave se encontró dividido de manera que los cardenales llegaron á creer que tampoco les seria fácil salir del apuro, á no hacerlo como en la eleccion anterior, esto es, eligiendo un tercer competidor. Hasta se trataba ya de nombrar al cardenal Orsini, cuando Julio de Médicis se valió de una estratagema bastante ingeniosa. Le faltaban cinco votos: cinco de sus partidarios propusieron á cinco de los de Colonna si querian apostar diez mil ducados contra cien mil, á que Julio de Médicis no seria elejido. En el primer escrutinio que siguió á la apuesta, Julio de Médicis obtuvo los cinco votos que le faltaban. No habia nada que decir, pues los cardenales no se habian vendido, solo habian apostado.

En consecuencia, el 18 de noviembre de 1523, Julio de Medicis fué proclamado Papa con el nombre de Clemente VII, y en el mismo dia satisfizo generosamente los quinientos mil ducados que sus cinco partidarios habian perdido.

Durante aquel pontificado, y los siete meses en que Roma, conquistada por los

soldados luteranos del condestable de Borbon, veia profanar impiamente las cosas mas sagradas, nació Francisco Cenci.

Era hijo de monseñor Nicolás Cenci, tesorero apostólico en el pontificado de Pio V. Como este venerable prelado se habia ocupado mas de la administracion espiritual, que de la temporal de su reino, al parecer Nicolás Cenci se aprovechó de este desprendimiento de las cosas mundanas, para recojer una renta limpia de ciento sesenta mil piastras, (cerca de ocho millones quinientos mil reales de nuestra moneda;) y Francisco Cenci, su hijo único, heredó esta fortuna colosal.

El cisma de Lutero habia ocupado tanto á los Papas mientras Cenci era jóven, que no les habia quedado mucho tiempo para pensar en otra cosa. De aquí fué que Francisco Cenci, que habia nacido con inclinaciones perversas y que se veia dueño de una fortuna que le permitia comprar la impunidad, se abandonó á cuantos escesos le arrastraba su temperamento fogoso y apasionado. Tres veces se libró de la cárcel á donde le habian conducido sus amores ilícitos, mediante doscientas mil piastras, (cerca de

diez y nueve millones de reales; sin embargo debe tenerse en cuenta que en aquella época los papas necesitaban mucho dinero.

En el reinado de Gregorio XIII fué principalmente cuando empezó Francisco Cenci á llamar la atencion.

Verdad es que este pontificado se prestara maravillosamente al vuelo de una nombradía tal como á la que parecia aspirar aquel estraño D. Juan. Todo era permitido en Roma, en tiempo del Boloñés Buoncompagni, á cualquiera que pudiese comprar á la vez asesinos y jueces. Tan comunes eran el robo y el asesinato, que los tribunales apenas se ocupaban de semejantes bagatelas, á menos de apreender el culpable en el acto; pero Dios recompensó al buen Gregorio XIII por su indulgencia, puesto que tuvo el gusto de ver la jornada de S. Bartolomé.

Francisco Cenci era ya en la época de que hablamos un hombre de unos cuarenta y cuatro á cuarenta y cinco años; de estatura, de cinco piés y cuatro pulgadas, poco mas ó menos; de buena presencia, y muy robusto aunque parecia algo flaco. Tenia el cabello canoso, ojos grandes y espresi-

vos, no obstante que el párpado superior los ofuscaba; nariz larga, labios delgados, y una sonrisa graciosísima; si bien aquella sonrisa cambiaba fácilmente de espresion, siendo muy terrible cuando su vista distinguia un enemigo: por poco conmovido ó irritado que entónces estuviese, le acometia cierto temblor convulsivo, que le duraba aun despues de pasada la causa que lo produjera. Era diestro en todos los ejercicios gimnásticos, sobre todo en la equitacion, de modo que de una sola jornada iba de Roma á Nápoles, á pesar de las cuarenta y una leguas de distancia que se cuentan, atravesando los bosques de S. Germano y los pantanos de Pontino, sin hacer caso de los malhechores, aun cuando fuera solo, y muchas veces sin mas armas que su espada ó el puñal. Si su caballo caia reventado de cansancio, compraba otro; sino se lo querian vender, lo arrebataba á la fuerza; y si le resistian, heria y siempre por la punta, nunca por el pomo de su espada. Por lo demas, como era ya tan conocido en todos los estados pontificios, nadie se oponia á su voluntad, pues sabian que era tan generoso como arrebatado;

teniendo que ceder al temor, los que no cedian al interés. Era impío, sacrílego y ateo; y si alguna vez entraba en una iglesia, era solo para blasfemar de Dios. Decíase que le gustaban muchísimo las aventuras arriesgadas y que no habia crímen que no cometiese con tal que presumiera disfrutar de una sola sensacion nueva.

A la edad de cuarenta y cinco años casó con una muger muy rica, cuyo nombre no se encuentra en las crónicas, y de cuya matrimonio tuvo siete hijos, á saber: cinco niños y dos niñas. Luego, de segundas nupcias, con Lucrecia Petroni, que esceptuando su tez de estremada blancura, era el tipo perfecto de una hermosa romana. Este segundo matrimonio fué estéril.

Como si todos los sentimientos naturales al hombre estuvieran prohibidos á Francisco Cenci, aborrecia de tal suerte á sus hijos, que ni siquiera se tomaba la molestia de ocultar el ódio que les profesaba. Dijo un dia al arquitecto á quien hacia construir en el parque de su magnífico palacio, situado cerca del Tiber, una iglesia dedicada á santo Tomás, al mandarle levantar el plano

de un sepulcro: *aquí espero verlos á todos*. Mas adelante el arquitecto confesó varias veces, que de tal manera le asustó la carcajada con que Cenci acompañara estas palabras, que á no haberle tenido tanta cuenta trabajar por él se hubiera negado á continuar las obras de un padre tan desnaturalizado.

Apenas vió á sus hijos en disposicion de poderse gobernar por sí mismos, envió á los tres mayores, Santiago, Cristobal y Roque, á la universidad de Salamanca en España, creyendo sin duda, que con alejarlos de sí bastaba para verse libre de ellos para siempre; puesto que apenas hubieron marchado cuando ya no pensó mas en ellos, ni aun para enviarles con que subsistir. Así fué que tras algunos meses de llanto y de miseria, aquellos tres desgraciados jóvenes tuvieron que dejar á Salamanca, y atravesar mendigando, á pié y descalzos, toda la Francia y la Italia para llegar á Roma, donde encontraron á su padre, mas severo, mas feroz y mas desnaturalizado que nunca.

Sucedia esto en los primeros años del reinado de Clemente VIII, reinado célebre

por su justicia. Los tres jóvenes resolvieron acudir al Papa, para conseguir una pequeña pension sobre las inmensas riquezas de su padre. Al efecto pasaron á Frascati, donde residia entonces el Padre Santo, mientras se construia la hermosa ciudad de Aldobrandini, y le refirieron el motivo que allí los traia. Reconociendo el Papa el derecho que les asistia, obligó á Francisco á que asignara á cada uno de sus hijos una pension de dos mil escudos. En vano procuró Francisco eludir la sentencia por cuantos medios estaban á su alcance: recibió órdenes tan terminantes que se vió precisado á obedecer.

En aquella época fué encarcelado por tercera vez á causa de sus ilícitos amores. Entonces sus tres hijos representaron nuevamente al Papa suplicándole que ya que su padre deshonraba su nombre, descargase sobre él todo el rigor de la ley. El Papa, calificando de odioso semejante paso, los despidió ignominiosamente de su presencia. En cuanto á Francisco se salvó tambien aquella vez, como lo habia hecho las dos anteriores; á peso de oro.

Facilmente se concibe que la accion de

los hijos de Francisco no convertiria en amor el odio que les tenia; pero como ellos estaban fuera los alcances de su cólera, porque eran independientes desde que obtuvieran la pension, recayó toda su rabia sobre las desgraciadas niñas, cuya situacion muy en breve llegó á ser tan insoportable, que la mayor, aunque vijilada continuamente, pudo remitir al Papa un memorial en que, despues de contarle los malos tratamientos que esperimentaba, le suplicaba que la casase, ó la hiciese entrar en un convento. Compadeciéndose de ella Clemente VIII, obligó á Francisco Cenci á darle una dote de sesenta mil escudos, y la casó con Cárlos Gabriel, descendiente de una noble familia de Gubbio. Es inesplicable la cólera de Francisco al ver que le arrebataban una víctima.

Al mismo tiempo la muerte puso en libertad á otras dos: Roque y Cristobal Cenci fueron asesinados con un año de intervalo, el uno por un tocinero, cuyo nombre se ignora, y el otro por Pablo Corso de Masa. Esto mitigó algun tanto el dolor de Francisco, cuya avaricia persiguió á sus hijos aun despues de muertos, previniendo á

los sacerdotes que él no daria ni un ochavo para los gastos de la iglesia. Así pues fueron conducidos á la sepultura que les habia preparado en vida, en el ataud de los mendigos; y cuando los vió allí tendidos, dijo que se tenia por muy dichoso de verse libre de aquellas dos malditas criaturas; pero que su dicha no seria completa hasta que los cinco hijos que aun le quedaban estuvieran depositados junto á los dos primeros; y que cuando muriese el último, iluminaria su palacio en señal de alegria, pegándole fuego.

Sin embargo, Francisco tomó desde luego todas las precauciones para que la hija que le quedaba, Beatriz Cenci, no siguiese el ejemplo de su hermana. Contaba ésta entonces de doce á trece años, y era hermosa é inocente como un ángel: sus largos cabellos castaños, (circunstancia tan rara en Italia que Rafael la apropió á todas sus imágenes, suponiéndola divina) dejaban ver una frente encantadora, separándose y ondeando en graciosos bucles que caian sobre sus hombros.

Sus ojos de un azul celeste tenian la mas sublime espresion. Era de estatura me-

diana, pero bien proporcionada; y en los cortos intervalos en que su carácter natural podia abrirse paso el través de sus lágrimas, aparecia vivo, alegre y sensible, aunque dotado de entereza.

Habíale encerrado Francisco en un aposento retirado de su palacio para estar mas seguro de ella, y del cual solo él guardaba la llave. Allí iba cada dia aquel estraño é inflexible carcelero á visitarla y á llevarle la comida. Fuera siempre para ella de una dureza implacable, hasta la edad de trece años, en que por fin rayaba; pero bien pronto, no sin grande admiracion de la pobre Beatriz, suavizó el tratamiento, porque la niña iba á ser muger, y su hermosura se desarrollaba como una flor. Francisco, á quien ningun crímen debia ser desconocido, habia ya dirijido sobre ella una mirada incestuosa.

No es de estrañar que con la educacion que Beatriz recibiera, apartada de toda sociedad, y privada hasta de la compañía de su madrastra, estuviese tan ignorante del bien como del mal. Era pues mas fácil seducirla que á cualquiera otra, y sin embargo, Francisco, se valió para aquella

accion tan diabólica de todos los resortes imaginables. Sucedió durante algun tiempo, que todas las noches despertaba á Beatriz una música deliciosa que le parecia celestial. Cuando se lo referia á su padre, la dejaba éste en su error, añadiendo, que si era sumisa y obediente, por un favor particular de Dios, no solo oiria sino que veria.

En efecto, cierta noche, en que recostada en su cama escuchaba la jóven aquella encantadora armonía, ábrense súbitamente las puertas de su cuarto, y desde la obscuridad que en él reinaba, fijáronse sus miradas en unos aposentos soberbiamente iluminados y de donde se exhalaban aromas cuales los respiramos en los sueños; jóvenes de ambos sexos medio desnudos, como los que habia visto en los cuadros de Guido y de Rafael, se paseaban por aquellos aposentos y parecian entregados á la alegría y al placer. Eran éstos los favoritos y las cortesanas de Francisco, quien renovaba cada noche las orgias de Alejandro en las bodas de Lucrecio, y los escesos de Tiberio en Caprea. Una hora despues la puerta se cerró y la seductora vision de-

sapareció, dejando á Beatriz llena de turbacion y de embeleso.

La misma aparicion se renovó en la noche siguiente; pero esta vez Francisco Cenci entró en el cuarto de su hija y la convidó á tomar parte en el festin. Francisco estaba desnudo, y Beatriz, sin saber porque, conoció que haria mal en acceder á los ruegos de su padre; respondiole, pues, que no viendo entre todas aquellas mugeres á Lucrecia Petroni, su madastra, no se atrevia á abandonar su lecho, y presentarse de aquel modo entre jentes estrañas. Francisco la rogó y la amenazó, pero todo fué inútil: Beatriz se envolvió en sus sábanas, y rehusó tenazmente obedecerle.

Al otro dia se acostó vestida. La puerta se abrió á la hora acostumbrada y volvió á presentarse el mismo espectáculo nocturno; pero esta vez Lucrecia Petroni estaba entre las mujeres que atravesaban por delante la puerta de Beatriz: la violencia la habia obligado á aquel acto de humillacion, y Beatriz estaba demasiado apartada para poder distinguir su rubor y sus lágrimas. Enseñándole entonces Francisco á su madas-

tra, á quien en vano habia buscado el dia anterior, ya nada tenia que replicar: dejóse conducir entre confusa y avergonzada á la orgia.

Allí vió Beatriz cosas infames que ignoraba!.....

Por mucho tiempo resistió sin embargo: una voz interior la decia que todo aquello era abominable; pero Francisco que poseia la tenaz perseverancia de un demonio, juntaba á aquellas escenas que creia propias para dispertar los sentidos, las mas horribles blasfemias con el fin de estraviar su razon. Deciale que los mas grandes hombres que la Iglesia venera, habian nacido del comercio del padre con la hija; y Beatriz cometió un crimen, ignorando todavía lo que era un pecado.

Entónces ya no tuvo límites la brutalidad de Francisco, obligando á Lucrecia y á Beatriz á que dividieran su lecho con él, amenazando con la muerte á su muger, si con una sola palabra revelaba á su hija lo odioso de semejante comunidad. En este estado permanecieron las cosas por espacio de tres años.

Aconteció que Francisco tuvo que em-

prender un viage, viéndose por lo tanto en la necesidad de dejar á las mugeres solas y libres. Lo primero que hizo Lucrecia fué revelar á Beatriz toda la infamia que se encerraba en aquel modo de vivir; y de comun acuerdo hicieron un memorial al Papa, esponiéndole los ultrajes y golpes que habian recibido; pero Francisco Cenci habia tomado muy bien sus medidas antes de partir, comprando á cuantos rodeaban al Pontifice: los que no lo estaban deseaban venderse. Así pues la súplica no llegó á manos de su Santidad, y aquellas dos infelices, acordándose de que Clemente VIII habia arrojado de su presencia á sus hermanos, Santiago, Cristobal y Roque, se creyeron comprendidas en la misma proscripcion y de consiguiente abandonadas.

Entretanto, aprovechándose Santiago de la ausencia de su padre, fué á visitarlas acompañado de un abad amigo suyo, llamado Guerra; era éste un jóven de unos 25 á 26 años, hijo de una de las familias mas nobles de Roma, de carácter ardiente, emprendedor y animoso, y á quien todas las mugeres citaban por su gallardía. Reunia, en efecto, á sus no-

bles facciones romanas, unos ojos azules de seductora amabilidad, largos cabellos rubios, y una barba y cejas de color castaño. Añádase á esto una esquisita instruccion, una elocuencia natural llena de atractivos, y una voz melodiosa, y se tendrá una idea de monseñor el abad Guerra.

Apenas vió éste á Beatriz quedó perdidamente enamorado de ella, y la niña por su parte no tardó en simpatizar con el hermoso prelado. Aun no se habia verificado el concilio de Trento, y de consiguiente los sacerdotes podian casarse. Convinieron en que á la vuelta de Francisco el abad Guerra pediria la mano de Beatriz á su padre; y las mugeres, dichosas con la ausencia de su tirano, pasaban entretanto sus dias pensando en un porvenir mas risueño.

Volvió finalmente Francisco, despues de tres ó cuatro meses de ausencia, durante los cuales todo el mundo ignoró lo que habia hecho. Desde la primera noche quiso volver á continuar con su hija sus incestuosos caprichos; pero Beatriz no era ya la misma: la niña tímida y sumisa se habia convertido en una jóven ultrajada; y

supo resistirse no menos á los ruegos, que á las amenazas y á los golpes, porque su amor la hacia fuerte y poderosa.

Entónces recayó en su muger toda la cólera de Francisco, acusándola de haberle hecho traicion; la apaleó brutalmente, y Lucrecia Petroni, que era una verdadera loba romana, tan ardiente en el amor como en la venganza, lo sufrió todo sin perdonar nada.

Al cabo de algunos dias, el abad Guerra se presentó en casa de Francisco Cenci para cumplir con lo convenido. El jóven, el rico, el noble y hermoso Guerra, sin embargo de poseer cuantas calidades pueden dar algunas esperanzas, fué brutalmente despedido por Francisco. Pero, lejos de desanimarse con aquella primera repulsa, volvió á la carga por segunda y por tercera vez, ponderando las conveniencias de semejante union; hasta que Francisco respondió á aquel amante obstinado, que mediaba una razon poderosísima para que Beatriz no fuera de él ni de ningun otro hombre. Preguntando Guerra cual era aquella razon, respondió Francisco: *porque es mi querida.*

Palideció Guerra al oir semejante respuesta á pesar de que al principio no lo creyera; pero al observar la sonrisa con que Francisco Cenci acompañaba lo que decia, por muy terrible que fuera semejante declaracion, hubo de darle crédito porque le habian dicho la verdad.

Tres dias estuvo Guerra sin poder acercarse á Beatriz; pero al fin la vió. Quedábale la esperanza de que Beatriz negaria semejante delito, pero lo confesó todo. Ya no hubo desde entónces ninguna esperanza humana para los dos amantes; un abismo insondable los dividia. Separáronse bañados en lágrimas y prometiendo amarse eternamente. Sin embargo las dos mugeres no habian tomado ninguna resolucion criminal, y todo se hubiera quizá pasado de aquel modo oculto, y sin escándalo, á no haber entrado Francisco en el cuarto de su hija, forzándola á cometer un nuevo crimen. Desde entónces se decretó su sentencia y Francisco fué condenado.

Hemos dicho ya que Beatriz estaba dotada de una de aquellas almas capaces así de los mas nobles como de los mas perver-

sos sentimientos. Podia elevarse á lo sublime y bajarse al lodo. Fué á encontrar á su madre y le refiró el nuevo ultraje de que acababa de ser víctima: aquella comunicacion despertó en la otra muger el recuerdo de los malos tratamientos que habia recibido, y escitándose á porfia decidieron ambas la muerte de Francisco.

Guerra fué tambien llamado á aquel consejo de muerte. Tenia tambien el corazon lleno de rabia y solo deseaba vengarse. Encargose de avisar á Santiago Cenci, sin el cual las mugeres no podian hacer nada, puesto que como á primogénito era el gefe de la familia. Santiago Cenci entró facilmente en la conspiracion. Ya se acordará el lector de cuanto su padre le habia hecho sufrir en otro tiempo: despues se habia casado, y el inflexible anciano habia abandonado á la miseria á él, á su muger y á sus hijos. Escogiose el alojamiento del monseñor Guerra para tratar del asunto. Santiago presentó un asesino, llamado Marzio, y monseñor Guerra otro, llamado Olimpio.

Ambos tenian sus razones para cometer aquel crimen; el uno por su amor y el

otro por su odio. Marzio era criado de Santiago, y habiendo tenido ocasion de ver muchas veces á Beatriz, se habia enamorado de ella; pero con aquel amor silencioso y sin esperanza que devora el alma. Así, pues, aceptó sin condiciones el crímen que le proponian, solo por complacer á Beatriz.

En cuanto á Olimpio aborrecia á Francisco porque éste le habia hecho perder su empleo de alcaide de Rocapetrella, fortaleza situada en el reino de Nápoles, perteneciente al príncipe Colonna. Casi todos los años iba Francisco Cenci, con su familia, á pasar algunos meses en Rocapetrella, porque el príncipe de Colonna, que era muy noble y poderoso, guardaba todos las atenciones imaginables para con su amigo Francisco, en cuyo bolsillo hallaba el dinero de que tenia necesidad bastante á menudo. Prevaliéndose de su influjo Francisco, que creia tener motivos de descontento con Olimpio, quejóse de él al príncipe Colonna, y Olimpio fué despedido.

He aquí lo que la junta determinó despues de varias deliberaciones en que cada uno de los asistentes dió su parecer.

Acercándose el tiempo en que Francisco Cenci solia ir á Rocapetrella, se convino en reunir doce bandidos napolitanos, á quienes Olimpio, valiéndose de sus antiguas relaciones en el pais, encargó de municionar, los cuales ocultos en un bosque que se hallaba al paso, y avisados del momento en que Francisco Cenci se pondria en camino, debian arrebatarle junto con su familia, pedir por él un cuantioso rescate, y enviar sus hijos á Roma para procurarse el dinero; y estos fingiendo no encontrarlo, dejarian transcurrir el tiempo prefijado por los bandidos, los cuales acabarian entonces con Francisco. De esta suerte alejaban toda sospecha de complicidad, y los verdaderos asesinos se escapaban de las pesquisas de la justicia.

Pero la empresa no tuvo un feliz éxito, á pesar de lo bien combinada que estaba. Cuando Francisco salió de Roma, el espía de los conjurados no supo dar con los ladrones; y éstos, que no estaban prevenidos, bajaron demasiado tarde al camino, para poder cumplir su promesa. Francisco habia ya pasado, y en aquel momento entraba sano y salvo en Rocapetrella.

Conociendo los bandidos, despues de haber recorrido inútilmente el camino, que su presa se les habia escapado de las manos, y no queriendo detenerse por mas tiempo en un sitio donde habian permanecido por espacio de una semana, determinaron ir á buscar en otra parte alguna espedicion menos dudosa.

Entretanto Francisco habia tomado posesion del castillo; y para poder tiranizar con mas libertad á Lucrecia y á Beatriz, dispuso que Santiago regresase á Roma con los otros dos hijos que le quedaban. Allí volvió otra vez á sus infames tentativas contra Beatriz, llevándolo á tal estremo, que ésta resolvió consumar por sí misma el crímen que al principio confiara á manos estrañas.

Olimpio y Marzio que nada tenian que temer de la justicia, no habian cesado un momento de divagar por aquellas cercanías. Divisándolos un dia Beatriz desde su ventana, dióles á entender por señas que deseaba hablarles. Como Olimpio habia sido alcaide de aquel castillo, conocia todas sus entradas y salidas; y fácilmente pudo penetrar en él aquella misma noche con su com-

pañero. Beatriz les estaba esperando en una ventana baja, que daba á un patio retirado, y desde allí les entregó unas cartas para monseñor Guerra y para Santiago. Este debia aprobar como la primera vez el asesinato de su padre, porque Beatriz no queria pasar adelante sin su beneplácito; y monseñor Guerra debia enviarle mil piastras, que era la mitad del precio estipulado con Olimpio; pues en cuanto á Marzio, obraba solamente impulsado del amor que profesaba á Beatriz, á quien adoraba cual si fuera una Vírjen. Notolo la jóven, y le regaló una capa magnífica de grana, bordada y galoneada de oro, diciéndole que la llevase por su afecto. Las dos mugeres se obligaron á pagar lo restante de la suma estipulada con Olimpio, cuando la muerte del anciano las hubiese hecho dueñas de su inmensa fortuna.

Partieron ambos cómplices mientras las prisioneras quedaban esperando con ansiedad su vuelta, que fué en el mismo dia que habian prometido. Traian las mil piastras de monseñor Guerra, y el consentimiento de Santiago. No oponiéndose ya nada á la ejecucion del terrible proyecto, se señaló

para el dia ocho de setiembre, dia de la Natividad de la Vírgen; pero Lucrecia, que al mismo tiempo era muy devota, al advertir esta circunstancia, no quiso cometer un doble pecado, y se difirió la ejecucion hasta el nueve.

En su consecuencia el dia 9 de setiembre de 1598, estando cenando las dos mugeres, echaron un narcótico en el vaso del anciano con tanto disimulo que éste no reparó en ello á pesar de lo difícil que era engañarle; de cuyas resultas quedó bien pronto sumergido en un profundo sueño.

Marzio y Olimpio habian sido introducidos el dia anterior en el castillo, donde estuvieron ocultos noche y dia, pues ya se acordará el lector de que á no ser por los escrúpulos religiosos de Lucrecia Petroni se hubiera consumado el asesinato aquel dia. A media noche fué Beatriz á sacarlos de su escondite y los llevó al aposento de su padre, cuya puerta les abrió ella misma: entraron los asesinos y las dos mugeres quedaron aguardando el éxito en el aposento inmediato.

A poco rato conocieron que nada se

habia hecho, y vieron volver á sus cómplices pálidos, desfigurados, y meneando la cabeza.

—¿Que hay? ¿que os detiene? esclamó Beatriz.

—Perdonad, respondieron los asesinos, es una cobardía matar á un pobre anciano que está durmiendo. Sus canas nos han causado lástima.

Entonces levantando Beatriz su cabeza con orgullo, con voz destemplada y trémula, empezó á apostrofarlos diciendo:

—¡Os preciais de valientes y no teneis ánimo para matar á un anciano dormido! Que seria si estuviese despierto! Y nos venís ahora con esto despues de habernos robado el dinero! ¡Pues bien, yo mataré á mi padre, ya que vuestra cobardía me obliga á ello! pero no le sobrevivireis mucho tiempo.

Aborchornáronse los asesinos al oir estas palabras; y manifestando con un gesto que cumplirian su promesa, entraron en el cuarto acompañados de las dos mugeres. Un rayo de la luna penetraba á la sazon por la ventana que estaba entreabierta é iluminaba el rostro tranquilo del anciano, cu-

yos blancos cabellos habian hecho retroceder á los asesinos.

Pero esta vez ya no tuvieron compasion. El uno iba armado de dos grandes clavos, como los que sin duda servirian para la pasion de Cristo, y el otro de un martillo. Colocando el primero uno de los clavos verticalmente sobre el ojo del anciano, hirió el otro con el martillo y el clavo se hundió en la cabeza. Del mismo modo le clavaron el otro en la garganta; por manera que aquella pobre alma cargada de tantos crímenes durante su vida, salió violentamente, y á pesar suyo, del cuerpo que se revolcaba por el pavimiento en donde habia caido.

Fiel á su palabra la jóven, puso entonces en manos de los asesinos un gran bolsillo que contenia lo restante de la suma convenida, y los despidió.

En cuanto se vieron solas las dos mugeres, arrancaron los clavos de las heridas, y envolviendo el cadáver en una sábana, lo llevaron arrastrando por los aposentos hasta una azotea, desde donde pensaban arrojarlo en un jardin abandonado. Contaban hacer creer de aquel

modo que el anciano habia muerto al ir por la noche á un gabinete situado al estremo de la galería. Cuando llegaron al dintel de la puerta del último aposento, les faltaron las fuerzas, y mientras Lucrecia se detenia un instante para descansar, divisó á los cómplices que todavía no se habian retirado y que estaban repartiéndose el dinero. Llamoles en su ayuda, y entonces transportaron el cuerpo á la azotea, y le arrojaron por el paraje que indicaron Beatriz y Lucrecia, sobre un sauce entre cuyas ramas se detuvo. Todo sucedió como lo habian previsto Beatriz y su madastra; y cuando á la mañana siguiente se encontró el cadáver suspendido en las ramas del sauce, todo el mundo creyó que habiéndole faltado tierra á Francisco en la azotea, al ir á poner el pié donde no habia parapeto, se habia caido y quedado muerto. Nadie reparó en las heridas hechas por los clavos entre los mil rasguños de que estaba cubierto el cuerpo. Por otra parte al comunicar á las mugeres la catástrofe, salieron lanzando agudos gritos y llorando amargamente, por manera que si alguien hubie-

se podido concebir la menor sospecha, aquel dolor representado con tanta verdad la hubiera desvanecido en el acto. Nadie sospechó, pues escepto la lavandera del castillo, á quien Beatriz dió á lavar la sábana en que envolvieran á su padre, diciéndole que aquellas grandes manchas de sangre eran de una pérdida que habia tenido aquella misma noche. La lavandera fingió creerlo, y por entonces no habló ni una palabra de esta circunstancia, de suerte que, despues de ejecutadas las exequias, volvieron las dos mugeres libremente á Roma, donde se prometian disfrutar por fin de una existencia mas tranquila.

Con todo, mientras que vivian sin inquietud, aunque tal vez no sin remordimientos, la justicia de Dios empezaba á obrar. Habiendo sabido la corte de Nápoles la muerte repentina é inesperada de Francisco Cenci, concibió algunas sospechas de que aquella muerte no habia sido natural. En su consecuencia dispuso que un comisionado especial pasase á Petrella para hacer exhumar el cadáver, y buscar en él las huellas del asesinato, caso de haberlo habi-

do. Tan luego como llegó aquel comisionado todos los habitantes del castillo fueron conducidos presos á Nápoles. Pero no se halló el menor indicio, escepto la declaracion de la lavandera, quien dijo que Beatriz le habia dado á lavar una sábana manchada de sangre; indicio que no dejaba de ser terrible puesto, que habiéndosele preguntado si realmente y en conciencia creia que aquella sangre proviniese de la causa que Beatriz habia indicado, contestó negativamente, atendido á que las manchas eran de un color mas vivo que lo natural.

No obstante de haberse enviado esta declaracion á la corte de Roma, no se creyó suficiente para proceder al arresto de la familia Cenci. Pasáronse todavía algunos meses sin que ésta fuese molestada, durante los cuales falleció el mas jóven de los hermanos. De cinco no quedaban ya mas que dos, á saber: Santiago, que era el primogénito y Bernardo el penúltimo. Con mucha facilidad hubieran podido salvarse durante este tiempo, huyendo á Venecia ó á Florencia; pero ni aun siquiera se les ocurrió esta idea, quedándose en Roma á esperar los acontecimientos.

Mientras tanto monseñor Guerra supo que se habia visto á Marzio y Olimpio divagando por los alrededores del castillo en los dias que precedieran á la muerte de Francisco, y que la policia de Nápoles habia dado órden de arrestarlos.

Monseñor Guerra, como hombre prudente, llamó á otros dos matones que se encargasen de asesinar á Marzio y á Olimpio. El que se encargó de Olimpio encontróle en Termi y le dió de puñaladas, cumpliendo honradamente su palabra. El que debia despachar á Marzio, llegó, por desgracia, demasiado tarde á Nápoles, pues hacia ya dos dias que el asesino estaba en poder de la justicia.

Puesto á cuestion de tormento Marzio lo confesó todo.

La declaracion fué enviada á Roma, á donde debia él seguirla de cerca para carearlo con los que en aquélla acusaba. Santiago, Bernardo, Lucrecia y Beatriz fueron arrestados, teniendo al principio por cárcel, el palacio de su padre, con una fuerte guardia de celadores; pero como los indicios iban agravándose mas y mas cada dia, se tuvo por conveniente tras-

ladarlos al castillo de Corte Sabella. Allí hubo el careo con Marzio; pero ellos negaron obstinadamente, no solo su complicidad en el crímen, sino tambien que conociesen al asesino. Beatriz, particularmente, mostró la mayor serenidad, siendo la primera que pidió ser careada con Marzio; y afirmó con tanta calma y tal dignidad que el acusador mentia, que viéndola éste mas bella que nunca, resolvió salvarla muriendo, puesto que no podia vivir para ella. Dijo, pues, que cuanto habia declarado hasta entonces era una impostura, y que pedia perdon de ello á Dios y á Beatriz: desde entonces ni las amenazas, ni el tormento pudieron arrancarle otra palabra, y murió con la boca cerrada, en medio de los tormentos.

Ya se creian salvados los Cenci; pero Dios lo habia dispuesto de otro modo. El asesino que matara á Olimpio, fué, mientras esto sucedia, arrestado por otro delito; y como nada le importase ocultar un delito con preferencia á otro, confesó que Monseñor Guerra le habia encargado le desembarazase de algunas inquietudes que tenia respecto de un asesino llamado Olim-

pio. Por fortuna monseñor Guerra supo cuanto pasaba con tiempo, y como hombre de valor, no se dejó intimidar ni abatir, como lo hubiera hecho otro en su lugar.

Cuando recibió esta noticia hallábase cabalmente en su casa el carbonero que le proveia de carbon. Llamándole á su gabinete, empezó por darle una considerable suma de dinero para comprar su silencio, pagándole ademas á peso de oro los viejos y sucios harapos de que iba vestido; luego cortó su hermosa caballera rubia, y que tanto estimaba, tiñose la barba y el rostro, compró dos jumentos, los cargó de carbon, y empezó á recorrer las calles de Roma cojeando y gritando, con la boca llena de pan negro y de cebolla: *quien compra carbon.* Y mientras que todos los celadores se ocupaban en buscarle por dentro y fuera de la ciudad, salió de ella, y topando con una cuadrilla de arrieros, se mezcló con ellos y llegó á Nápoles, donde se embarcó; de suerte que nunca mas se supo de él. Sin embargo algunos suponen, aunque sin afirmarlo, que se fué á Francia, en donde sentó plaza y sir-

vió en un regimiento suizo que Enrique IV tenia á sus órdenes.

La confesion del asesino y la desaparicion de monseñor Guerra no dejaban duda alguna de la culpabilidad de los Cenci; fueron pues trasladados del castillo á la cárcel, y puestos á cuestion de tormento: los dos hermanos no tuvieron bastantes fuerzas para resistir, y confesaron que eran delincuentes. Lucrecia Petroni, sobre todo, á causa de su gordura, no pudo soportar el tormento de la cuerda; y apenas la levantaron del suelo cuando pidió que la bajasen y confesó cuanto sabia.

En cuanto á Beatriz se sostuvo impasible; ni las promesas, ni las amenazas, ni el tormento, nada pudieron sobre aquella organizacion robusta y viva; todo lo sobrellevó con un valor admirable, y el juez Ulises Moscati, á pesar de su celebridad, no le pudo ni arrancar una sola palabra que ella no estuviera en ánimo de decir. Este juez refiriólo todo á Clemente VIII, no atreviéndose á tomar sobre si responsabilidad alguna en un negocio de tanta importancia. Receloso el Papa de que seducido el juez por la belleza de la delin-

cuente hubiese usado de escesiva blandura en la aplicacion de la tortura, quitó la causa de sus manos y la encargó á otro juez muy conocido por su inflexibilidad.

Volviendo éste á empezar todo el proceso relativo á Beatriz, examinó todos los interrogatorios, y observando que solo habian aplicado á Beatriz la tortura ordinaria, mandó que fuese puesta á tormento ordinario y estraordinario. Este era, como hemos dicho ya, el tormento de la cuerda, uno de los mas terribles que el hombre, tan injenioso en tormentos, haya podido inventar.

Pero como estas cuatro palabras, *tormento de la cuerda*, no presentan á nuestros lectores una idea bien clara del género de suplicio que indican, vamos á entrar en algunos pormenores sobre este asunto. Despues daremos el proceso verbal copiado de los autos que existen en el Vaticano.

Empleábanse en Roma varias especies de tormentos: los mas usados eran el de la cuña, el del fuego, el de la vigilia, y el de la garrucha.

El de la cuña, el mas sencillo de todos,

se aplicaba solamente á los niños y á los ancianos, y consistia en introducir entre la carne y las uñas del paciente pedacitos de caña.

El del fuego, que frecuentemente empleaban antes de haber inventado el de la vigilia, se aplicaba acercando los piés del delincuente á un gran brasero.

El de la vigilia, cuyo inventor fué Marsilio, consistia en hacer sentar el acusado sobre un caballete de cinco pies de altura y que formaba un ángulo agudo. El paciente estaba desnudo con los brazos atados por la espalda al caballete; dos hombres sentados á sus lados, y que se relevaban cada cinco horas, impedian que se durmiese cada vez que el sueño le cerraba los ojos. Marsilio dice que no ha visto jamas un hombre que resistiese á semejante tormento; pero aquí hay un poco de jactancia. Farinasi afirma solamente que de cien acusados puestos á esta clase de tormento, no hubo mas que cinco que dejaran de confesar. No deja de ser un resultado bastante satisfactorio para el inventor.

En fin, el de la garrucha, el mas usual, era de tres especies, á sa-

ber: tormento leve, tormento grave, y tormento gravísimo.

El primer grado, ó el tormento leve, consistia en el terror que infundian al reo con amenazas, llevándole al lugar de la tortura, donde despues de haberle desnudado, le ataban á la cuerda como si fueran á aplicárselo. Prescindiendo del terror que inspiraban estos preparativos, ya se concibe el dolor que les causaria la compresion de las muñecas; de modo que este primer grado de tormento bastaba muchas veces para hacer confesar el delito á las mugeres ó á los hombres de poco ánimo.

El segundo grado, ó el tormento grave, consistia, desnudado ya el paciente y atado por las muñecas, en pasar la cuerda por una garrucha clavada en el techo, cuyo cabo se sujetaba á un torno, por medio del cual se abria ó bajaba al reo, ya paulatinamente ya de golpe, al arbitrio del juez. Terminada esta operacion se le mantenia suspendido, sin tocar á tierra por espacio de un *Pater noster*, de un *Ave Maria*, ó de un *Miserere*; si insistia negando, se duplicaba la suspension. Este segundo grado de tormento y último de la cuestion

ordinaria, se aplicaba cuando el delito era probable y no probado.

El tercer grado, ó la tortura gravísima, y con el cual empezaba el tormento estraordinario, consistia en tener suspendido al reo por las muñecas durante uno, dos ó tres cuartos de hora, y á veces hasta una hora. Luego le bamboleaba el verdugo á manera de badajo de campana, ó bien le dejaba caer desde el techo parándole de improviso á poca distancia del suelo. Si el reo se resistia á este tormento, cosa casi inaudita porque sajaba las muñecas hasta el hueso y dislocaba los miembros, se le ponian pesas en los piés, que redoblando la gravedad aumentaba el tormento. Esta última clase de tortura únicamente se aplicaba cuando el crímen no tan solo era probado, sino atroz, habiendo sido perpetrado en una persona sagrada, como un padre, un cardenal, un príncipe ó un sabio.

Hemos visto que Beatriz fué condenada al tormento ordinario y estraordinario. Sabemos ya en que consistia este tormento, veamos ahora lo que dice el escribano.

«Y como durante el interrogatorio no

quisiese ella confesar, dispusimos que dos alguaciles la trasladasen de la cárcel al lugar del tormento, donde esperaba el verdugo; y allí, despues de raparle éste la cabeza, la hizo sentar, la desnudó, la descalzó, le ató las manos á la espalda, se las sujetó á una cuerda que bajaba de una garrucha clavada en la parte mas elevada del aposento, y cuyo estremo opuesto se fijaba á un torno que daba vueltas al impulso de dos hombres.

«Y antes de mandar que tirasen de la cuerda la interrogamos nuevamente sobre el susodicho parricidio, pero á pesar de las confesiones de su hermano y de su madrastra, que firmadas le fueron presentadas por segunda vez, negó resueltamente diciendo: *haced de mi lo que gusteis, he dicho la verdad; que aun cuando me desmembráreis no diria yo lo contrario.* Por lo cual la hicimos suspender con las manos atadas á la susodicha cuerda hasta la altura de cerca de dos pies; y habiéndola tenido de este modo durante el tiempo necesario para rezar un padre nuestro, la interrogamos de nuevo sobre los hechos y circunstancias del susodicho parricidio;

pero nada contestó, esclamando únicamente: *¡me matais! ¡me matais!*

„Entonces dispusimos que la elevasen hasta la altura de cuatro pies, y empezamos á rezar un *Ave María;* pero fingió desmayarse á la mitad de nuestra oracion.„

„Nos, mandamos echarle un cubo de agua en la cabeza, cuya frialdad la hizo volver en sí, esclamando: *¡Dios mio! yo muero; ¡me matais! ¡Dios mio!* Pero sin querer contestar ni decir otra cosa.

„Nos, hicimos elevarla mas y rezamos un *miserere*, durante el cual, en vez de orar con nosotros, estremecióse y esclamó: *¡Dios mio! Dios mio!*

„E interrogada de nuevo sobre el referido parricidio, insistió en su negativa, diciendo: soy inocente; y al instante se desmayó.

„Nos mandamos echarle agua por segunda vez: volviendo en sí, abrió los ojos y esclamó: *¡Oh malditos verdugos! ¡me matais, me matais!* Pero sin querer decir nada mas.

„Visto lo cual, y que ella persistia siempre en la negativa, mandamos al verdugo que pasase adelante.

„Entonces la elevó éste hasta la altura

de diez pies, donde la conjuramos que nos dijese la verdad; pero bien sea que hubiese perdido el uso de la palabra, ó bien que no quisiese hablar, solo nos indicó con un movimiento de cabeza, que no podia ó no queria contestar.

„Visto lo cual hicimos seña al verdugo de soltar la cuerda, que cayó de golpe desde la altura de diez piés á la de dos; y del sacudimiento se le descoyuntaron los brazos. Lanzó un grito agudo y quedó sin sentidos.

„Echándole otra vez agua en el rostro, volvió en si, esclamando: *infames asesinos, vosotros me matais; pero aunque me arranqueis los brazos no diré nada mas.*

„Por lo cual nos dispusimos que se le atase á los pies una pesa de cincuenta libras: pero en aquel momento abriéndose la puerta se oyeron voces de: *basta, basta; no la hagais padecer mas....*„

Aquellas voces eran las de los hermanos Santiago y Bernardo Cenci, y de Lucrecia Petroni. Viendo la obstinacion de Beatriz, habian ordenado los jueces el careo de los acusados, que hacia cinco meses que no se habian visto.

Adelantáronse hácia el lugar del tormento; y viendo á Beatriz suspendida con los brazos descoyuntados y bañada en la sangre que manaba de sus muñecas:

—Se ha cometido el pecado, le dijo Santiago; tiempo es ya de hacer penitencia para salvar el alma; vale mas sufrir la muerte con resignacion que dejarse torturar tan cruelmente.

Entonces meneando ella la cabeza como para respirar:

—Ya que quereis morir, dijo Beatriz, sea enhorabuena.„

Luego, volviéndose á los alguaciles:

—Desatadme, añadió, y leedme el interrogatorio, que yo diré la verdad.

Habiéndose mandado bajar y desatar á Beatriz, fué curada por un cirujano del modo acostumbrado, y se le leyó el interrogatorio: conforme lo habia prometido, lo confesó todo.

Concluida la confesion la pusieron en la misma cárcel de sus hermanos; pero al siguiente dia Santiago y Bernardo fueron trasladados á los calabozos de Tordinona.

Causó tal horror al Papa la lectura de

los pormenores del crímen confesado, que mandó que los delincuentes fuesen arrastrados por las calles de Roma, atados á la cola de indómitos caballos; pero tan terrible sentencia conmovió de tal suerte á todo el mundo, que muchos personajes, entre ellos varios cardenales y príncipes, fueron á postrarse humildemente á los pies del santo Padre, suplicándole con empeño que se dignase revocar la sentencia, ó que á lo menos permitiese á los condenados presentar sus defensas.

—¿Dieron ellos tiempo á su desgraciado padre, respondió Clemente VIII, para presentar la suya, cuando le asesinaron tan desapiadada y cobardemente?

Sin embargo, vencido de tantas súplicas les concedió tres dias.

En el acto los mas célebres abogados de Roma tomaron á su cargo aquella ruidosa causa, y recogiendo datos, se presentaron el dia aplazado para la lectura de la causa, y de las defensas que debia hacerse ante Su Santidad.

El primero que habló, fué Nicolas de los Angeles; y tal fué la elocuencia de sus palabras en su exordio, que conmovido el

auditorio, dió fácilmente á comprender el interés que tomaba por los delincuentes. Asustado el Papa de semejante efecto, le mandó callar.

—¡Qué! dijo con indignacion; ¿habrá entre la nobleza personas que puedan matar á su padre y entre los abogados hombres que las defiendan? Nunca lo creyéramos, ni hubiéramos llegado á imaginarlo!

Callaron todos á tan terrible amonestacion del Papa, escepto Farinacci, quien pensando en la sagrada mision de que estaba encargado, replicó respetuosamente, pero con entereza.

—Santísimo padre, nosotros no hemos venido aquí á defender criminales, sino á salvar inocentes; porque si podemos probar que algunos de los acusados solo han obrado en lejítima defensa, creo que serán escusables á los ojos de vuestra Santidad; porque del mismo modo que hay casos previstos en que el padre puede matar al hijo, los hay en que el hijo puede matar al padre; asi pues, hablaremos si vuestra Santidad nos lo permite.

Entonces Clemente VIII se mostró tan

pacífico, como antes se habia manifestado arrebatado, y escuchó la defensa de Farinacci, la cual se fundaba principalmente en que Francisco Cenci habia dejado de ser padre desde el dia en que violára á su hija. Presentó como prueba de aquella violencia el memorial enviado por Beatriz á su Santidad, y en el que le suplicaba, como habia hecho su hermana, la sacase de la casa paterna y la pusiese en un convento. Desgraciadamente, como dijimos, aquel memorial habia desaparecido, y á pesar de las escrupulosas investigaciones que se hicieron en la secretaría, no se pudo hallar de él indicio alguno.

Pidió el papa todos los escritos y despidió á los abogados, quienes se retiraron inmediatamente, escepto Altieri, quien, habiéndose quedado el último, se arrodilló á los pies del papa, diciéndole: Santísimo padre, yo no podia menos de presentarme en esta causa, siendo como soy el abogado de los pobres; pero os pido humildemente perdon de ello.

Levantóle el papa con bondad y le dijo: —Idos; no nos admiramos de que vos protejais y defendais á los Cenci;

pero si lo estrañamos de los demas.

Y como el papa hubiese tomado á pechos aquella causa, no quiso dormir en toda la noche, que la pasó estudiándola con el cardenal de S. Marcelo, hombre muy inteligente y esperimentado en la materia; hizo en seguida un resúmen que comunicó á los abogados, quienes quedaron satisfechos de él, esperando que perdonaria la vida á los delincuentes; pues resultaba de los informes tomados, que si los hijos se habian rebelado contra su padre, habia éste dado motivo á ello con sus agravios y ultrajes, siendo éstos de tal naturaleza respecto á Beatriz, que habia sido compelida en algun modo á cometer tan enorme delito, por la tiranía, la maldad y la brutalidad de su padre. El papa, dominado entonces por un sentimiento de clemencia, mandó conducir de nuevo á los acusados al calabozo, y aun permitió que se les dejase entrever la esperanza de conservar la vida.

Respiraba ya Roma, y confiaba ya tanto como aquella infeliz familia, alegrándose como si aquella gracia particular fuese un favor público, cuando las buenas

intenciones del papa se desvanecieron á la presencia de un nuevo crímen. Pablo de Santa-Cruz, hijo de la marquesa de este nombre, acababa de asesinar atrozmente á su madre, de sesenta años de edad, dándole de quince á veinte puñaladas, solo porque no le prometia nombrarle su único heredero. El asesino habia desaparecido.

Clemente VIII se asustó, viéndose delante de aquellos dos crímenes casi iguales; sin embargo, tuvo aquel dia que ir á Monte Cavallo, donde debia la mañana siguiente consagrar á un cardenal, como titular de la Iglesia de Santa María de los Angeles; pero al dia siguiente, viernes, 10 de setiembre de 1599, mandó llamar á eso de las ocho de la mañana, á monseñor Taverna, que era gobernador de Roma, y le dijo.

—Monseñor, os entregamos la causa de los Cenci para que hagais justicia, y eso lo mas pronto posible.

Se despidió monseñor Taverna de su Santidad, y vuelto á palacio, convocó á todos los jueces del crímen, en cuya reunion se decretó la sentencia de muerte de los Cenci.

Pronto se difundió la noticia de la irrevocable condena; y como aquella desgraciada familia inspirase un interés, que iba siempre en aumento, muchos cardenales no cesaron de hacer diligencias, ya á caballo, ya en carroza, para conseguir á lo menos, que las mujeres sufriesen el castigo secretamente y en la cárcel, y que se perdonára á Bernardino, niño de quince años, comprendido tambien en la sentencia á pesar de no haber tenido la menor parte en el crimen. El que se mostró mas infatigable en esta causa fué el cardenal Sforza; sin embargo, no pudo alcanzar de su Santidad ni una esperanza vaga. Solo Farinacci, despues de largas instancias, pudo obtener del papa, el sábado por la mañana, la gracia de Bernardino, dispertando en él un escrúpulo de conciencia.

Las congregaciones de los *Confortieri* se hallaban ya reunidas en las cárceles de Corte Savella y Tordinona desde el dia anterior; no obstante, como los preparativos del terrible drama que iba á representarse en el puente de S. Angelo habian ocupado toda la noche, eran ya las cinco

de la mañana cuando el escribano entró en el calabozo de Beatriz y de Lucrecia Petroni, para leerles la sentencia.

Dormian entrambas muy ajenas de cuanto habia pasado en aquellos tres dias, y el escribano las dispertó para decirles que juzgadas por los hombres, era necesario que se preparasen para comparecer ante Dios.

Aquel golpe anonadó al principio á Beatriz: no encontraba palabras para quejarse, y se levantó de su cama, desnuda y vacilante, como si estuviera aletargada; sin embargo, pronto recobró el uso de la palabra, desahogándose en gritos y alaridos. Lucrecia escuchó la sentencia con mas presencia de espiritu y constancia, y empezó á vestirse para ir á la capilla, exortando á Beatriz á la resignacion; mas ésta, como una loca, corria de una parte á otra, torciéndose los brazos, dando cabezadas contra la pared, y esclamando continuamente: *¡morir! ¡y he de morir tan de repente, en un cadalso! en una picota! ¡Dios mio! ¡Dios mio!* Aquella crisis fué en aumento hasta terminar en un paroxismo terrible, despues del cual dor-

lleciendo el cuerpo, recobró el alma su energía. Desde este momento fué un ángel de humildad y un modelo de constancia.

Sus primeras palabras fueron para pedir un escribano que le recibiese su testamento. Fuele otorgado lo que pedia, y cuando llegó aquel ministro de la ley, al despedirse ella para siempre del mundo, le dictó sus últimas disposiciones con mucha calma y serenidad. Acababa el testamento pidiendo que su cuerpo fuese depositado en la iglesia de S. Pedro en Montorio, que se divisaba desde el palacio de su padre, y á la que tenia una devocion particular. Dejó quinientos escudos á las monjas jesuitas, y mandó que su dote, que ascendia á quince mil escudos, se distribuyera entre cincuenta doncellas pobres. Eligió para lugar de su sepultura el pié del altar mayor, en el cual estaba colocado el hermoso cuadro de la Transfiguracion que tantas veces habia admirado durante su vida.

Edificada Lucrecia con aquel ejemplo, dictó á su vez sus últimas disposiciones, disponiendo que su cuerpo fuese llevado

á la iglesia de S. Jorje en Velabria, con 532 escudos de limosnas, haciendo otros varios legados piadosos. Luego ambas mugeres unieron sus almas para rogar á Dios, y arrodillándose se pusieron á rezar los salmos, las letanías y la oracion de los agonizantes.

Permanecieron en este estado hasta las ocho de la noche, en cuya hora pidieron un confesor, oyeron misa y comulgaron. Convertidas á mas dulces sentimientos, por aquellos santos preparativos, hizo Beatriz observar á su madastra, que seria muy irregular presentarse con aquel traje de fiesta para ir al cadalso, y mandó traer dos vestidos, uno para Lucrecia y otro para ella, encargando que fuesen, como los que usan las monjas, cerrados hasta el cuello, con pliegues y con mangas anchas y largas. El de Lucrecia era de tela negra de algodon y de tafetan el de Beatriz. Habia mandado hacer ademas un turbante para cubrirse la cabeza. Lleváronles los vestidos con algunas cuerdas para ceñírselas, y haciéndolos colocar cerca de sí en una silla, prosiguieron orando.

Llegado el momento de la ejecucion, las avisaron que se acercaba su última hora. Beatriz que permanecia aun arrodillada, se levantó con aire tranquilo y casi risueño, y dijo: *Madre mia se acerca la hora del suplicio; tiempo es ya de que nos preparemos, y de que nos prestemos el último servicio, ayudándonos á vestir mutuamente cual soliamos.* Pusiéronse entonces los vestidos que les habian traido, ciñéronselos con una cuerda, cubriose Beatriz la cabeza con el turbante, y esperaron en esta disposicion su último momento.

En este intervalo, Jaime y Bernardo habian oido igualmente su sentencia y esperaban tambien la hora de su muerte. A eso de las ocho de la mañana, llegó á la cárcel de Tordinona la congregacion florentina de los hermanos de la caridad, y se detuvo en el umbral con el santo Crucifijo, esperando á los infelices jóvenes. Poco faltó para que sucediera entonces una desgracia. Como todas las ventanas de la cárcel estaban atestadas de gente para ver salir á los reos, alguno empujó, sin quererlo, una maceta de flo-

res llena de tierra que habia en una de ellas, la cual cayó tan cerca de uno de los cofrades que iban delante del crucifijo con hachas, que apagó la llama con el viento que moviera en su caida.

Abriéronse en aquel instante las puertas, y apareció Santiago en el umbral: allí se arrodilló y adoró con gran devocion el santo crucifijo. Llevaba un ancho manto negro, que le cubria enteramente, y debajo el cual llevaba el pecho enteramente desnudo, porque el verdugo debia atenaceárselo durante el camino con tenazas ardiendo, y que se calentaban en un braserillo colgado en la misma carreta. Subió al carruaje, donde el verdugo le colocó de manera que pudiese él obrar con mayor comodidad. Salió á su vez Bernardo, y en el mismo instante el fiscal de Roma pronunció en alta voz estas palabras:

—„Bernardo Cenci: en nombre de nuestro bienaventurado Redentor, nuestro santo padre el Papa os concede la vida; sentenciandóos tan solo á que acompañeis á los vuestros al cadalso y hasta la muerte, y recomendandóos especialmente que no os

olvideis de orar por aquellos con quienes debiais morir.„

A tan inesperada nueva se alzó en la multitud un murmullo de alegría, y los penitentes quitaron al momento una laminita que Bernardo llevaba delante de los ojos, y que le habian puesto para ocultarle la vista del cadalso, á causa de su tierna edad.

El verdugo, que habia colocado ya á Santiago, bajó para ir á buscar á Bernardo, y despues de haberse hecho enseñar el perdon, le quitó las manillas, le hizo subir á la misma carreta de su hermano, y le cubrió con una magnífica capa bordada de oro; porque como el pobre niño, debia haber sido decapitado, llevaba el cuello y las espaldas desnudas. No dejó de admirar á muchos el ver tan rico manto en poder de un verdugo; pero se dijo que era el mismo que Beatriz habia dado á Marzio para obligarle á asesinar á su padre, y que el ejecutor lo habia heredado despues de ajusticiado el asesino. La vista de tanta gente reunida hizo tal impresion en Bernardo, que se desmayó.

Empezaron los cánticos y la procesion se puso en marcha, dirijiéndose hácia la cár-

cel de Corte Savella. Al llegar el crucifijo frente de la puerta, se detuvieron para esperar á las mujeres, que no tardaron en salir, y que arrodillándose en el umbral, adoraron tambien al crucifijo. En seguida el acompañamiento volvió á ponerse en marcha.

Las dos mujeres iban detras de la última fila de penitentes, la una despues de la otra, á pié y tapadas hasta la cintura, con la sola diferencia de que Lucrecia, como viuda, llevaba un velo negro y chinelas del mismo color, de talon alto con lazos de cinta, segun la moda de aquel tiempo, al paso que Beatriz, como soltera, llevaba un bonete de seda igual á la sobrevesta, con una felpa bordada de plata que le caia sobre las espaldas y cubria su sotanilla de color violado, chinelas blancas de altos talones, adornadas con borlillas de oro y franjas de color de cereza; por lo demas, las dos iban con los brazos libres aunque sujetados á una cuerda floja, que les permitia llevar un crucifijo en una mano y un pañuelo en la otra.

En la noche del sábado habian construido en la plaza del puente de S. Angelo un

*

espacioso cadalso sobre el cual se veían preparados la tabla y el tajo: encima de éste, y entre dos travesaños, colgaba una ancha cuchilla que por medio de cierto resorte, caia con todo su peso sobre el tajo, deslizándose por entre dos ranuras.

La procesion se dirigió hácia el puente. Lucrecia, como mas débil, lloraba amargamente, al contrario de Beatriz, que caminaba con semblante sereno y animoso. Al llegar á la plaza del puente de S. Angelo, hicieron entrar á las mugeres en una capilla, á donde condujeron en seguida á Santiago y á Bernardo. Allí estuvieron reunidos los cuatro por un momento; luego fueron á buscar primero á Santiago y á Bernardo para llevarlos al cadalso; sin embargo de que aquél debia morir el último, y éste estaba perdonado. Llegados á la plataforma, Bernardo se desmayó por segunda vez, y al acudir el verdugo para socorrerle, creyendo algunos que iba á ajusticiarle, se pusieron á gritar: — „está perdonado!„ Pero pronto se sosegaron al ver que el verdugo le hacia sentar al lado del tajo; al otro lado del cual se puso Santiago de rodillas.

Volvió á bajar el verdugo y se dirigió á la capilla á buscar á Lucrecia, que debia morir la primera. Al llegar al pié del cadalso, le ató las manos á la espalda, le rasgó la parte superior del corsé para dejar sus hombros en descubierto, y le movió á hacer su reconciliacion invitándola á que besase las llagas del crucifijo. Despues de lo cual la condujo á la escalera, que subió con no poca dificultad á causa de su gordura, y al llegar á la plataforma le arrancó el velo que le cubria la cabeza. Mucho se ruborizó Lucrecia de que la viesen en aquel estado, con el seno descubierto, y al mirar el tajo le dió un temblor convulsivo que hizo estremecer á todo el concurso.

—„Dios mio, dijo entonces anegada en lágrimas y en alta voz, tened misericordia de mí; y vosotros, hermanos mios, rogad por mi alma.„

Pronunciadas estas palabras, y no sabiendo como colocarse, se dirigió al primer verdugo, llamado Alejandro, preguntándole lo que debia hacer. Este le respondió que subiera sobre la tabla y se tendiera encima, lo cual ejecutó con mucho trabajo y llena de vergüenza; entonces no

pudiendo colocar el cuello sobre el tajo, á causa de tener el seno muy abultado, fué necesario añadirle un pedazo de madera para elevarlo. Esperaba entretanto la infeliz, padeciendo mas por la vergüenza que sentia que por el temor de la muerte: acomodose en fin lo mejor que pudo, tocó el verdugo el resorte, y la cabeza, separada del tronco, rodó, dando tres ó cuatro saltos por el cadalso; cojióla aquél, la enseñó al pueblo, y envolviéndola enseguida en un tafetan negro, la colocó junto al cuerpo en un ataud al pié del cadalso.

Mientras que el verdugo volvia á colocar cada cosa en su lugar para ejecutar á Beatriz, se hundieron varias graderías sobrecargadas de gente, muriendo muchas personas, y quedando no pocas heridas y estropeadas.

Arreglada la máquina, y lavadas las manchas de sangre, volvió el verdugo á la capilla en busca de Beatriz, la que viendo el lio de cuerdas que aquél llevaba en la mano: „Quiera Dios, esclamó, que ates este cuerpo para la corrupcion y desates mi alma para la inmortalidad.„ Y volvien-

do á levantarse, salió á la plaza, adoró devotamente al crucifijo, y dejando sus chinelas al pié del cadalso, subió con lijereza la escalera; y como ya se habia enterado con anticipacion, se tendió en un momento sobre la tabla y colocó la cabeza en el tajo con la mayor prontitud posible, para que no la vieran sus espaldas desnudas. Pero á pesar de las precauciones que habia tomado para que la cosa se hiciese pronto, le fué preciso esperar, porque conociendo el Papa su carácter arrebatado, y temiendo que, entre la absolucion y la muerte, no cometiese algun pecado, habia dado órden para que en el momento en que Beatriz estuviera en el cadalso, dieran la señal disparando un cañonazo en el castillo de S. Angelo.

Aquella detonacion inesperada sorprendió á todo el concurso, que estaba bien lejos de preverla, y hasta la misma Beatriz se incorporó. El Papa, que estaba orando en Monte Cavallo, dió en el mismo instante la absolucion á la rea *in articulo mortis*. Cinco minutos transcurrieron aun, durante los cuales estuvo esperando Beatriz con el cuello atravesado en el tajo, hasta

que pareciéndole al verdugo que estaria ya dada la absolucion, tocó el resorte y cayó la cuchilla. Entonces se vió una estraño fenómeno: mientras que la cabeza daba saltos por un lado, el cuerpo retrocedió como andando hácia atrás. Al instante cogió el verdugo la cabeza, y la enseñó al pueblo; luego la cubrió cual lo hiciera con la otra, é iba poner el cuerpo de Beatriz junto al de su madastra, cuando los hermanos de la caridad se lo quitaron de las manos; y al ir á colocarlo uno de ellos en el ataud, se le deslizó, cayendo desde el cadalso al suelo; y como al caer se salió el tronco de los vestidos, se llenó de polvo y de sangre, por manera que fué preciso gastar mucho tiempo en lavarlo. A este espectáculo le dió por tercera vez á Bernardino un desmayo tan fuerte que fué necesario darle cordial para que volviera en sí.

Llególe por fin su turno á Santiago: habia visto morir á su madre y hermana, y sus vestidos estaban manchados con la sangre de entrambas. Llegóse á él el verdugo y al quitarle la capa, vióse todo su pecho lacerado por las tenazas ar-

dientes; y levantándose de aquel modo medio desnudo, volviose hácia su hermano y le dijo:

„Si te he comprometido y culpado en mi interrogatorio, Bernardo, no he dicho la verdad; y aunque he desmentido ya aquella declaracion, vuelvo á repetir, en el momento de comparecer ante Dios, que eres inocente y que es tan injusta como atroz la sentencia que te ha condenado á tan horrible espectáculo.„

Entonces mandole el verdugo arrodillar, y le sujetó las piernas á uno de los maderos que se levantaba sobre el cadalso; y vendándole los ojos le aplastó la cabeza de una mazada, descuartizándole en seguida á la vista de todo el mundo.

Terminada aquella carnicería, se retiró el acompañamiento, llevándose consigo á Bernardo, á quien sangraron é hicieron guardar cama á causa de una ardiente fiebre que le habia acometido.

Colocaron los cadáveres de las dos mujeres en dos ataudes bajo la efijie de S. Pablo, á la entrada del puente con cuatro blandones de cera blanca que ardieron hasta las cuatro de la tarde. Despues los trans-

portaron junto con los restos de Santiago, á la iglesia de S. Juan Bautista; y finalmente, á las nueve de la noche, llevaron al convento de S. Pedro en Montorio el cuerpo de Beatriz, cubierto de flores, y en el mismo traje con que habia sido ajusticiada, acompañada de los agonizantes y de todos los franciscanos de Roma; y cumpliendo con su última voluntad, fué enterrada al pié del altar mayor de dicho convento.

En la misma noche transportaron á Lucrecia á la iglesia de S. Jorge en Velabria, conforme lo habia dispuesto.

Puede decirse que todo Roma presenció aquella sangrienta escena, y que los coches y caballos, los carros y las gentes de pié, estaban, por decirlo así, unos sobre otros; desgraciadamente hizo tanto calor aquel dia, que muchas personas, á causa de haber permanecido al sol por espacio de tres horas que duró la ejecucion, se desmayaron; otras volvieron á casa con una fuerte calentura; y muchas de ellas murieron aquella misma noche.

El martes siguiente, dia 14 de setiembre, con motivo de la fiesta de la Santa-

Cruz, la cofradía de S. Marcelo sacó de la cárcel, con consentimiento del papa, al pobre Bernardo Cenci, imponiéndole la multa de dos mil quinientos escudos romanos, pagaderos en el transcurso de un año á la compañia de la Santísima Trinidad del Puente-Sixto, como puede verse aun en el dia consignado en sus archivos.

Ahora bien, si despues de haber visitado el sepulcro, se quiere formar de la persona que en él descansa una idea mas exacta de la que echa de sí una narracion, visítese la galería Barberini, en donde, entre otras obras maestras hallareis el retrato de Beatriz por Guido, que, segun unos, fué hecho en la noche que precedió á la ejecucion, y, segun otros, en el momento de marchar al suplicio. Es una cabeza delicada, cubierta con un turbante de cuyos lados se desprenden sus brillantes cabellos rubios envueltos en los pliegues de un hermoso ropaje; unos ojos negros en los cuales cree uno distinguir todavía las huellas de sus lágrimas apenas enjutas; con una nariz per-

fecta y una boca de niño: pero no se puede juzgar por el retrato de su blanquísima tez, por haberse enrojecido la pintura, y haberse vuelto las carnes de color de arcilla: la persona allí representada parece tener de unos veinte á veinte y dos años.

No lejos de aquel retrato está el de Lucrecia Petroni, que á juzgar por la magnitud de la cabeza, se vé que pertenece á un cuerpo mas bien pequeño que grande: es el tipo de la matrona romana en toda su altivez, con su tez colorada, sus hermosos perfiles, su nariz perpendicular, sus cejas negras, y su mirada soberbia y voluptuosa á un mismo tiempo. En sus mejillas redondas y carnosas se encuentran aquellos hoyuelos encantadores de que habla el cronista, y que hacian que despues de muerta pareciese aun sonreirse. Añádase á esto una boca admirable y los rizados cabellos que le caen á lo largo de las sienes, y se tendrá una idea perfeta de su retrato.

Nos vemos obligados á presentar aquí los retratos de Santiago y Bernardo tal como los hemos leido en el manuscrito de don-

de hemos sacado los pormenores de esta sangrienta historia, por no haber quedado de ellos dibujo ni pintura alguna.

Helos aquí tales como los describe el autor que fué testigo ocular de la trajedia en que tanto figuraron.

Santiago, pequeño de estatura, tenia la barba y el pelo negro, y era de unos veinte y seis años de edad, bien formado y muy robusto.

Por lo tocante á Bernardino, que podia tener de unos catorce á quince años, era el vivo retrato de su hermana, y tan parecido, que muchos, al presentarse en el cadalso con su larga cabellera y su rostro de mujer, creyeron á primera vista que era la misma Beatriz.

Dios los tenga en su santa gloria!!!

FIN.

NOTA.

Los casos en que segun las leyes romanas puede un padre matar á su hijo, son trece, á saber:

1.° Cuando un hijo levanta la mano contra su padre.

2.° Cuando el hijo hace una injuria atroz á su padre.

3.° Cuando el hijo acusa á su padre de un crímen capital, á escepcion del crímen de lesa magestad ó de traicion contra la patria.

4.° Cuando el hijo se asocia á gentes de mal vivir.

5.° Cuando el hijo pone asechanzas á la vida de su padre.

6.° Cuando el hijo comete incesto con la muger en segundas nupcias ó con la concubina de su padre.

7.° Cuando el hijo rehusa afianzar á su padre preso por deudas.

8.° Cuando el hijo impide ó violenta á su padre á testar.

9.° Cuando el hijo se asocia contra la voluntad de su padre á gladiatores ó comediantes.

10.° Cuando la hija, despues de haber reusado casarse, se entrega á una vida licenciosa.

11.° Cuando los hijos se deniegan á prestar los socorros necesarios á su padre enfermo.

12.° Cuando los hijos descuidan rescatar á sus padres cautivos de los infieles.

13.° Cuando el hijo abjura la religion católica.

ADVERTENCIA.

A los Cenci seguirá la inmediata publicacion de los crímenes siguientes:

La Marquesa de Brinvilliers, envenenadora de toda su familia.

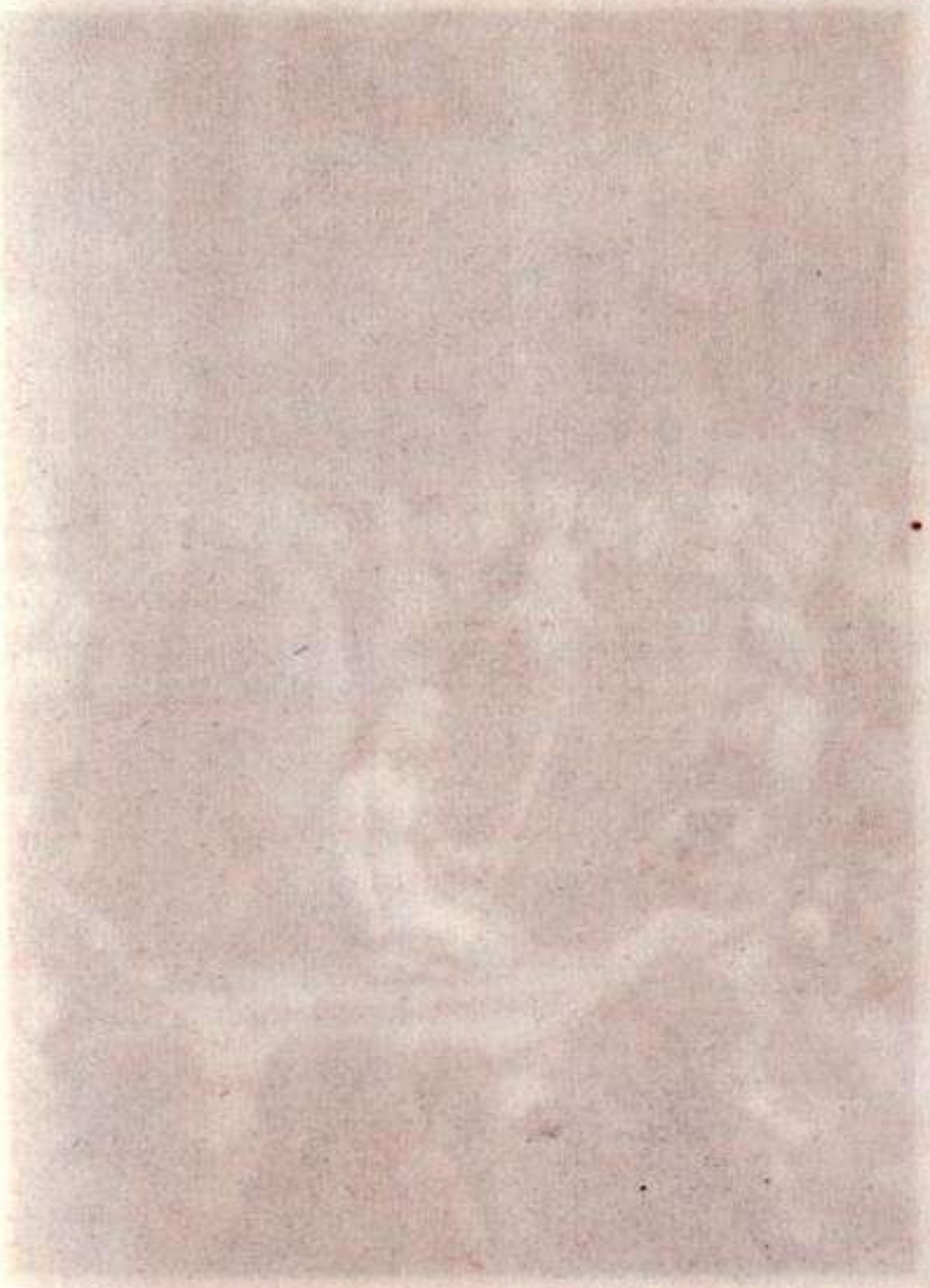
Karl Ludovico Sand, matador del liberticida Kotzebué.

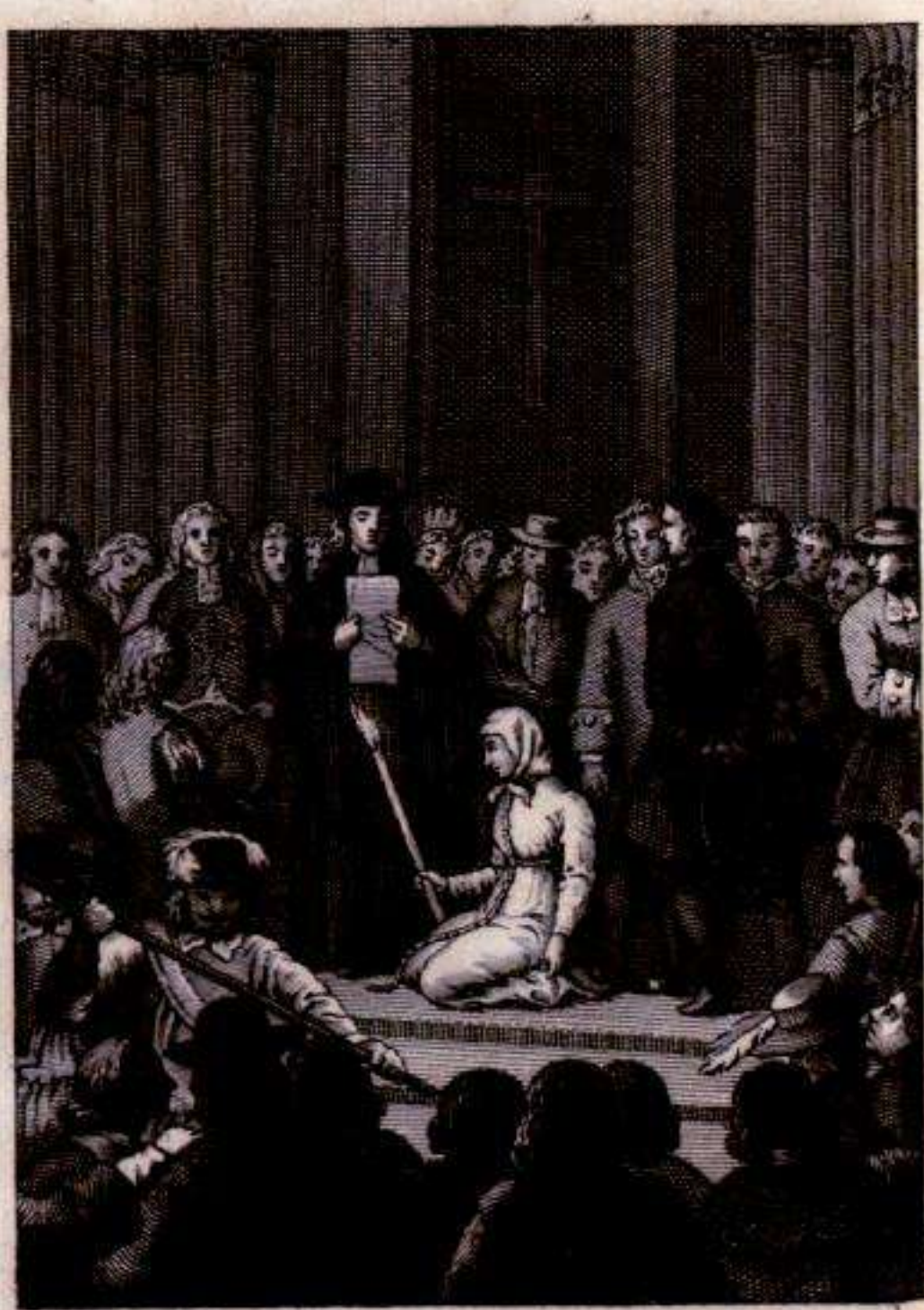
El mártir Grandier, condenado á la hoguera por haber hechizado un convento de monjas.

CRIMENES CÉLEBRES.

Es propiedad de la casa de A. PONS Y COMP.ª

Imprenta de JOSÉ TAULÓ.





La Marquesa de Brinvilliers haciendo pública retractacion de sus crimenes en el atrio de la iglesia de Nuestra Señora de Paris

CRÍMENES CELEBRES

POR

ALEJANDRO DUMAS.

LA MARQUESA DE BRINVILLIERS.

BARCELONA.

LIBRERÍA DE A. PONS Y COMP.ª EDITORES.

1840.

LA MARQUESA DE BRINVILLIERS.

1676.

En una hermosa tarde de otoño, á fines del año 1665, se habia agolpado un gentío considerable en la parte del puente nuevo que da á la calle Delfina.—El objeto que se hallaba en el centro de aquella reunion y que llamaba la atencion pública, era un coche enteramente cerrado y cuya portezuela se empeñaba en abrir un celador, mientras que de los cuatro alguaciles que formaban su comitiva, dos detenian los caballos al mismo tiempo que los otros dos sujetaban al cochero, quien no habia contestado de otro modo á las intimaciones que se le habian hecho, que probando de poner los caballos al galope. Rato hacia que duraba aquella especie de lucha, cuando

abriéndose de repente, y con violencia, una de las portezuelas, salta del coche un oficial jóven, con uniforme de capitan de caballería, y vuelve á cerrar acto continuo la portezuela; pero no con tanta presteza que los que estaban mas cerca no hubiesen tenido tiempo de distinguir en el fondo del coche á una muger envuelta en un manto, y cubierta con un velo, quien segun las precauciones que habia tomado para ocultar su rostro, parecia tener sumo interés en no ser conocida.

—Caballero, dijo el jóven dirijiéndose al celador con tono altivo é imperioso, como presumo que, á menos de que os equivoqueis, es solo conmigo con quien teneis que ver, ruegoos me enseñeis la órden que sin duda tendreis para detener el coche en que yo iba; y ahora que ya no estoy dentro os requiero deis órden á vuestras gentes para que le dejen proseguir su camino.

—Ante todo, respondió el celador, sin intimidarse por aquel tono de importancia, y haciendo seña á los alguaciles de no soltar al cochero ni á los caballos; tened la bondad de contestar á mis preguntas.

Ya escucho, respondió el jóven esforzándose visiblemente para aparentar serenidad.

—¿Sois vos el caballero Gaudin de Santa Cruz?

—El mismo.

—¿Capitan del regimiento de Tracy?

—Si, señor.

—Entonces quedais preso en nombre del rey.

—En virtud de que órden?

—En virtud de esta órden de arresto.

Pasó el caballero una rápida ojeada sobre aquel papel que le presentaban, y reconociendo la firma del gefe de seguridad pública, ya no se ocupó sino de la muger que habia quedado dentro del carruaje. Insistiendo, pues, en su primera demanda:

—Está bien, caballero, dijo al celador, pero en esta órden solo de mi nombre se hace mérito, y os lo repito, no os autoriza para esponer á la curiosidad pública, como lo haceis, á la persona que yo acompañaba cuando me habeis detenido. Vuelvo á rogaros pues, deis órden á vuestros dependientes para que dejen proseguir libremente su camino al coche, y luego quedo á vuestra disposicion.

Es de inferir que aquella peticion pareciera muy justa al dependiente de seguridad pública, cuando inmediatamente indicó por señas á sus gentes que dejaran partir al cochero y á los caballos. Y como si éstos no aguardaran mas que la señal para marchar, atravesaron la muchedumbre, que se apartó para dar paso, llevándose precipitadamente la señora por la cual tanto interés acababa de manifestar el detenido.

Este, como lo habia prometido, no hizo la menor resistencia; siguió á su conductor durante algunos instantes por entre el gentío, cuya atencion llamaba ya él solo, y al llegar á una esquina del malecon del Relox, á cierta señal del celador, se acercó un coche simon que estaba allí oculto. Subió Santa-Cruz en él, con la misma altivez y desden que habia manifestado durante la escena que acabamos de describir, colocóse á su lado el celador, dos dependientes subieron á la trasera, y los otros dos, en virtud seguramente de órden que antes recibieran, se retiraron, diciendo al cochero: „ A la Bastilla! „

Permítannos ahora nuestros lectores que

les hagamos entrar en mayor conocimiento del personaje que primero presentamos en la escena de esta historia.

El caballero Gaudin de Santa-Cruz, de orígen desconocido, era, segun decian unos, hijo bastardo de un gran señor; otros por el contrario, afirmaban que era hijo de padres pobres y que no pudiendo soportar la humildad de su nacimiento, preferia una brillante deshonra, aparentando lo que no era en realidad. Todo lo que se sabia de positivo, era que nació en Montoban; y en cuanto á su estado social, que era capitan del regimiento de Tracy.

En la época en que empieza esta historia, esto es, á fines del año de 1665, Santa-Cruz contaba de unos 28 á 30 años; era un jóven de muy buena figura, de fisonomia atractiva y llena de espresion, compañero alegre, de broma y valiente capitan, cuyo placer consistia en el placer de los demas; y tenia un carácter tan voluble que así tomaba parte en un proyecto piadoso como en una francachela; fácil en enamorarse, celoso hasta el estremo aun de muger de mala nota con tal que ésta le hubiese caido en gracia; pródigo como un

príncipe, sin que renta alguna sostuviera aquella prodigalidad; en fin, sensible á la injuria como todos los que colocados en una posicion escepcional, se figuran que todo el mundo tiene intencion de ofenderles aludiendo á su orígen.

Veamos ahora la série de circunstancias que habian conducido á Santa-Cruz hasta al punto en que lo hemos encontrado al principio.

En el año de 1660, hallándose Santa-Cruz en el ejército, contrajo relaciones con el marqués de Brinvilliers, coronel del regimiento de Normandía. Ambos de la misma edad, de una misma carrera, con prendas y defectos casi comunes, bien pronto un sencillo conocimiento se trocó en una sincera amistad; por manera que al dejar el ejército el marqués de Brinvilliers, no solo presentó á Santa-Cruz á su esposa, sino que le hospedó en su misma casa.

Una amistad tan indiscretamente contraida no podia menos de producir los resultados de siempre. La marquesa de Brinvillers rayaba entonces en los 28 años, y hacia nueve años, esto es, en 1651 que

se habia casado con el marqués, dueño de una renta de treinta mil libras, y al que le llevó en dote doscientas mil libras, sin contar con lo que debia heredar. Llamábase María Magdalena y tenia dos hermanos y una hermana: su padre, el caballero de Dreux d' Aubrey, era lugarteniente civil del Chatelet de Paris.

Hallábase entonces la marquesa en el apogeo de su hermosura: aunque de estatura algo baja, era muy bien proporcionada; en su fisonomia se veian reunidas todas las gracias; y sus facciones eran tanto mas regulares cuanto ninguna sensacion interior era capaz de alterarlas: hubiérase dicho que eran las de una estátua que por un poder mágico recibieran momentáneamente la vida. Pero, lo que al parecer se reputára por la imágen de la tranquilidad de un alma pura, no era mas que una máscara, máscara con que encubria sus remordimientos.

Santa-Cruz y la marquesa simpatizaron desde el instante que se vieron y poco tardaron en ser amantes. En cuanto al marqués, ora estuviese dotado de aquella filosofía conyugal que constituia el buen

gusto de aquella época, ora los placeres á que se entregaba sin reserva no le dejasen el tiempo suficiente para advertir lo que pasaba casi á su vista, lo cierto es que sus celos no perturbaron en lo mas mínimo aquella intimidad, continuando en el despilfarro que habia ya cercenado considerablemente su fortnna; y el desarreglo de sus negocios llegó á tal estremo, que la marquesa que ya no le amaba, y que en el delirio de un amor nuevo deseaba tener mas libertad, pidió y alcanzó su divorcio. Desde luego abandonó la casa conyugal, y no guardando ya ningun miramiento, no reparaba en presentarse en público y en todas partes con Santa-Cruz.

Autorizado por otra parte aquel trato con el ejemplo de los mas elevados personajes, ninguna impresion causaba esto en el marqués de Brinvilliers, quien prosiguió arruinándose alegremente, sin cuidarse de lo que hacia su muger. No sucedió otro tanto con Mr. Dreux d' Aubray, quién conservaba todavía los escrúpulos de la nobleza del foro: escandalizado de los desórdenes de su hija, y temeroso de

que no manchasen la reputacion de la familia, obtuvo una órden para arrestar á Santa-Cruz en culquiera parte donde le encontrase el portador. Hemos visto ya como se verificó el arresto de Santa-Cruz cuando iba en el coche de la marquesa de Brinvilliers, á quien sin duda habrán ya reconocido nuestros lectores en la muger que con tanto cuidado se ocultaba.

Fácil es de suponer, conociendo el carácter de Santa-Cruz, la violencia que se haría á sí mismo para no dejarse arrebatar de su cólera cuando se vió arrestado de aquel modo, en medio de la calle: y si bien no pronunció ni una sola palabra en todo el tránsito, fácil era conocer que no tardaria en estallar la terrible borrasca que se agitaba en su interior; sin embargo conservó aquella impasibilidad que habia mostrado hasta entonces, no solo cuando vió abrir y cerrar las fatales puertas, que semejantes á las del infierno obligaban muchas veces á los que engullian, á que dejasen toda esperanza en el umbral, sino tambien al responder á las preguntas de estilo que le dirigió el Gobernador. No se le alteró la voz y firmó con mano segura el libro de regis-

tro que le presentaron. En seguida despues de haber tomado las órdenes del Gobernador, lo llamó un carcelero, el cual despues de dar varios rodeos por aquellos frios y húmedos corredores, donde la luz penetraba algunas veces, pero nunca el aire, abrió la puerta de un aposento en donde apenas habia entrado Santa-Cruz cuando oyó se cerraba otra vez detras de él.

Volvióse Santa-Cruz al ruido de los cerrojos y vió que le habia dejado el carcelero sin mas luz que la de la luna, cuyos rayos deslizándose por entre las barras de hierro de una reja situada á ocho ú diez pies de altura, iba á dar en un catre, dejando lo demas de la estancia en la mas completa oscuridad. El prisionero se detuvo un momento en pié á escuchar, y cuando oyó que los pasos de su guia se perdian á lo lejos, seguro en fin de estar solo, y habiendo llegado ya á aquel grado de cólera en que es preciso que el corazon se desahogue ó se rompa, se echó sobre la cama dando rujidos mas propios de una fiera que de una criatura humana, maldiciendo de los hombres que encerrándole en un calabozo, le privaban de la libertad:

maldiciendo de Dios que lo permitia, é invocando en su auxilio un poder sobrenatural, cualquiera que fuese, para que le trajera la venganza y la libertad.

En el mismo instante entró con lentitud en el círculo de amarillenta luz que penetraba por la ventana, un hombre macilento, pálido, de larga cabellera y vestido de negro, como si aquellas palabras le hubiesen sacado del seno de la tierra, y se acercó al pié de la cama en que Santa-Cruz estaba echado. A pesar del valor natural del preso, aquella aparicion respondia tan perfectamente á sus palabras, que, en aquella época en que todavía se creia en los misterios de encantos y de magia, ya no dudó un solo instante de que el enemigo del género humano, que rodea sin cesar al hombre, le habia oido y acudido á su voz. Se incorporó pues, en la cama, buscando maquinalmente el puño de su espada en el sitio en que la tenia dos horas antes, erizándosele los cabellos y bañándosele el rostro en sudor frio á cada paso que aquel sér misterioso y fantástico daba hácia él. Por fin, la vision se detuvo, y el fantasma y el preso permanecieron por un instante

mirándose uno á otro, hasta que el sér misterioso tomó la palabra el primero con voz sombría.

—Jóven, le dijo, acabas de pedir al infierno el medio de vengarte de los hombres que te han proscrito y de poder luchar con Dios que te abandona; yo poseo ese medio y vengo á ofrecértelo. ¿Tienes valor para aceptarlo?

—Pero ante todas cosas, preguntó Santa Cruz, ¿quién eres tú?

—¿Para que necesitas saber quien soy, replicó el desconocido, despues que vengo á tu llamamiento y te traigo lo que pides?

—No importa, respondió Santa-Cruz, creyendo siempre que trataba con un sér sobrenatural; siempre es bueno saber con quien se trata cuando se hacen semejantes pactos.

—Pues bien, supuesto que lo quieres, respondió el estranjero, soy el italiano Elixi.

Santa-Cruz se estremeció de nuevo, porque pasaba de una vision infernal á una terrible realidad. En efecto, el nombre que acababa de oir era entonces horriblemente

célebre, no solo en toda la Francia sino tambien en toda la Italia. Exili, despues de haber sido desterrado de Roma por sospechas de numerosos envenenamientos que no se habian podido probar, habia pasado á Paris, en donde no tardó, como en su pais natal, en llamar la atencion de la autoridad; pero sucedió en Paris como en Roma, que no pudieron probarse los delitos del discípulo de Renés y de la Trofana. Con todo, en defecto de pruebas, habia una conviccion moral bastante fuerte para que sin vacilarse se decretase su arresto. Una carta-órden del rey fué espedida contra él, y Exili habia sido arrestado y conducido á la Bastilla. Seis meses hacia que se hallaba en ella cuando Santa-Cruz, á su vez, fué conducido allí. Y como á la sazon se hallasen en la Bastilla muchos presos, el gobernador habia dispuesto alojar el nuevo huésped en el cuarto del otro, reuniendo así á Exili con Santa-Cruz, bien ageno de pensar que juntaba dos demonios. Ahora nuestros lectores ya comprenden lo demás. El carcelero habia dejado á oscuras en el cuarto á Santa-Cruz, y por consiguiente no habia podido éste distinguir á

su comensal; y desahogando entonces su cólera con imprecaciones y blasfemias, habia revelado á Exilí el ódio de que se hallaba poseido. Aprovechó éste la ocasion de hacerse con un discípulo poderoso y adicto, que al salir ó le hiciese abrir las puertas, ó le vengase cuando menos, si tuviese que quedar perpetuamente encerrado.

Poco tiempo duró la antipatía que Santa Cruz sintiera en el primer momento hácia su compañero de prision; muy en breve halló aquel hábil maestro un discípulo digno de él. Santa-Cruz, con su estraño carácter, compuesto de bien y de mal, conjunto de defectos y de buenas calidades, mezcla de vicios y virtudes, habia llegado á aquel punto supremo de su vida en que los unos debian ceder á los otros. Si en aquel instante le hubiese inspirado un ángel, quizá le hubiera conducido á Dios; pero tropezó con un demonio, y éste le condujo á Satanás.

No se crea que Exili fuese un envenenador vulgar, era si, un grande profesor en el arte de los venenos, como lo habian sido los Médicis y los Borgia. El homicidio era

para él un arte que habia sometido á reglas fijas y positivas, de suerte que habia llegado á un punto tal en que no era ya el interés lo que le movia, sino un deseo irresistible de hacer esperimentos. Dios se ha reservado la creacion para su poder divino, y ha abandonado la destruccion al poder humano: de ahí es que el hombre cree hacerse igual á Dios destruyendo. Tal era el orgullo de Exili, sombrío y pálido alquimista de la nada, que dejando á los otros el cuidado de buscar el secreto de la vida, habia encontrado el de la muerte.

Santa-Cruz vaciló por algun tiempo; pero por fin cedió á los sarcasmos de su compañero; quien acusando á los franceses de proceder de buena fé hasta en sus crímenes, le hizo ver como casi siempre se envolvian en su propia venganza y sucumbian con su enemigo, mientras que hubieran podido sobrevivirle y gozarse en su esterminio. En vez de aquel aparato que muchas veces acarrea al asesino una muerte mucho mas cruel que la que él causa, le enseñó la astucia florentina, con su boca risueña y su implacable veneno. Le nombró aquellos polvos y licores de los cuales unos

sordamente consumen con tanta lenta languidez que el enfermo muere despues de una larga dolencia; y otras obran con tal rapidez y violencia que matan como el rayo, sin dejar tiempo de arrojar un solo *ah!* á los que hieren. Santa-Cruz fué aficionándose poco á poco á este juego terrible que pone las vidas de todos entre las manos de uno solo. Principió por tomar parte en los esperimentos de Exili; luego á su vez ya era bastante hábil para practicarlos por sí mismo; y cuando al cabo de un año salió de la Bastilla, el discípulo habia casi alcanzado la destreza del maestro.

Santa-Cruz volvió por fin á entrar en la sociedad que le habia desterrado por un momento, armado con un funesto secreto, con el cual podia devolverle todo el mal que de ella habia recibido. A poco tiempo salió tambien Exili, no se sabe porque medios, y fué á encontrar á Santa-Cruz, quien le alquiló un cuarto en nombre de su mayordomo Martin de Brenille, cuyo cuarto estaba situado en la callejuela sin salida de los mercaderes de caballos de la plaza Maubert, y pertenecia á una tal señora Brunet.

Se ignora si durante la permanencia de

Santa-Cruz en la Bastilla, tuvo ocasion la marquesa de Brinvilliers de verle; pero no cabe duda en que tan pronto como el preso se vió libre, los dos amantes aparecieron mas enamorados que nunca. Sin embargo, la esperiencia les habia enseñado lo que tenian que temer, y asi resolvieron ensayar desde luego la ciencia que Santa-Cruz habia aprendido, y M. de Aubray fué la primera víctima escogida por su propia hija. De este modo al paso que se desembarazaba de un rígido censor de sus placeres, restauraba con la herencia de su padre la fortuna que su marido habia casi totalmente disipado.

Pero antes de descargar tamaño golpe, era preciso asegurarse de que seria decisivo, y la marquesa creyó conveniente ensayar antes los venenos de Santa-Cruz con otro que no fuese su padre. Al intento, un dia que su camarera Francisca Rousél, entraba en su cuarto despues del desayuno, le dió una tajada de jamon y dulce de grosellas para que almorzase. No recelando nada la muchacha, comió lo que su señora le habia dado, y casi al mismo tiempo se sintió indispuesta *espe-*

rimentando fuertes dolores en el estómago, y sintiéndose como si le hubiesen pinchado el corazon con alfileres. A pesar de esto no murió, y la marquesa vió que el veneno debia adquirir mayor grado de intensidad: de consiguiente lo devolvió á Santa-Cruz, quien le llevó otro al cabo de algunos dias.

La ocasion de emplearlo habia llegado. M. d' Aubray, cansado de las fatigas de su destino, se proponia ir á pasar el tiempo de las vacaciones en su quinta de Offemont. La marquesa de Brinvilliers se ofreció á acompañarle. M. d' Aubray, creyendo rotas enteramente sus relaciones con Santa-Cruz, acepta con satisfaccion.

Cabalmente Offemont se hallaba en un paraje retirado cual convenia para ejecutar semejante crímen. Situado en medio del bosque de l' Aign, tres ó cuatro leguas distante de Compiegne, el veneno podria haber hecho progresos bastante rápidos, para que cuando llegasen los socorros fuesen ya inútiles.

M. d' Aubray partió con su hija y un solo criado. Nunca la marquesa habia manifestado hácia su padre el sumo cuidado

y las atenciones delicadas que le prodigó durante este viaje. Por su parte M. d' Aubray, semejante á Jesus, la queria mas despues de este arrepentimiento que si nunca hubiese pecado.

Entónces fué cuando la marquesa se armó de aquella terrible impasibilidad de que ya hemos hablado; no apartándose ni un instante de su padre, durmiendo en un cuarto contiguo al suyo, comiendo con él, abrumándole con su esmero, sus caricias y agasajos, hasta el punto de no querer que nadie mas que ella le sirviese; fuele preciso en medio de sus infames proyectos, presentar un rostro risueño, franco y abierto, en el que el ojo mas suspicaz no pudiese leer mas que ternura y amor ó respeto. Con esta máscara presentó una noche un caldo envenenado á M. d' Aubray. Tomólo éste de sus manos, y ella vió acercárselo á la boca, siguió al veneno con los ojos hasta su pecho, y ningun gesto hizo patente en aquel rostro de bronce, la terrible ansiedad que debia oprimirle el corazon. Y luego, cuando M. d' Aubray hubo tomado toda la bebida, recibió sin temblar la taza en el plato que

le presentaba, retirándose á su cuarto para aguardar y escuchar.

El brevaje hizo pronto su efecto: la marquesa oyó que su padre se quejaba, que pasaba de las quejas á los jemidos, y que, en fin, no pudiendo ya resistir á los dolores que esperimentaba, llamaba á su hija á voz en grito. La marquesa entró entonces.

Pero esta vez, se veia impresa en su fisonomía la mas viva inquietud; de modo que M. d' Aubray se vió precisado á tranquilizarla sobre su propio estado, y no creyendo él mismo que esto fuese mas que una leve indisposicion, no quiso que se incomodase al médico. Por fin, le dieron unos vómitos tan terribles, seguidos de tan insoportables dolores de estómago, que cedió á las instancias de su hija, y mandó llamar al médico. Llegó éste á las ocho de la mañana; pero todo cuanto podia ilustrar las investigaciones de la ciencia habia ya desaparecido; el doctor no vió en la relacion de M. d' Aubray mas que los síntomas de una indigestion, le recetó como si lo fuese, y se volvió á Compiegne.

En todo aquel dia la marquesa no se apartó un momento del enfermo, y por la noche se hizo armar una cama en el mismo cuarto, y declaró que le velaria ella sola: así pudo observar todos los progresos del mal, y seguir con la vista la lucha que la muerte y la vida sostenian en el pecho de su padre.

El doctor volvió al dia siguiente: M. d' Aubray estaba peor: los vómitos habian cesado; pero los dolores de estómago eran mas agudos y un insólito ardor le abrasaba las entrañas; el doctor ordenó por consiguiente un tratamiento que exigia la vuelta del enfermo á Paris. Pero se hallaba éste tan débil que quiso hacerse conducir simplemente á Compiegne; mas la marquesa insistió de tal modo sobre la necesidad que habia de una asistencia mas completa é inteligente de la que podia recibir fuera de su casa, que M. d' Aubray se decidió á volver á ella.

Hizo el camino echado en su carruage, y con la cabeza apoyada en los hombros de su hija; y ni un momento durante el viaje desmintió la marquesa las apariencias, siempre quedó la misma: en fin M. d' Au-

bray llegó á Paris. Todo habia ido como la marquesa deseaba : se habia trocado el teatro de la escena y el médico que habia visto los síntomas no veria la agonia; y, al estudiar los progresos del mal, ningun ojo podria descubrir sus causas. El hilo de la investigacion estaba roto por mitad, y las dos partes se hallaban ahora demasiado separadas para que ningun acaso pudiese volverlas á anudar.

A pesar de los mas solícitos cuidados, M. d' Aubray continuaba empeorando; la marquesa, fiel á su mision, no le dejó ni un instante : en fin, al cabo de cuatro dias de agonía, espiró en los brazos de su hija, bendiciendo á la que le habia asesinado.

El dolor de la marquesa estalló entonces con sentimientos tan vivos y con tan profundos sollozos, que el de sus hermanos pareció frio en comparacion del suyo. Por lo demas, como nadie sospechaba el crimen no se procedió á la autopsia, y la tumba se cerró sin que la menor sospecha recayera sobre ella.

No obstante la marquesa no habia llegado mas que á la mitad de su propósito: es verdad que habia conseguido un grado

mayor de libertad en sus amores ; pero el legado de su padre no le habia sido tan ventajoso como esperaba , pues la mayor parte de los bienes y el empleo habian recaido en su hermano primogénito , y en su segundo hermano , que era consejero del parlamento , asi que la posicion de la marquesa mejoró solo medianamente en cuanto á su fortuna.

Por lo que toca á Santa-Cruz , se daba una vida holgada y alegre , aunque á nadie constase su fortuna ; tenia un mayordomo llamado Martin , tres lacayos llamados Jorge , Lapierre , y Lachaussee , y ademas de su carroza y tren , tenia mozos para llevar su silla de mano en sus escursiones nocturnas. Por lo demas, como era jóven y buen mozo, nadie se curaba de inquirir de donde le venia aquel lujo. Por una costumbre de aquella época , nunca faltaba nada á los caballeros bien parecidos , y se decia entonces de Santa-Cruz que habia encontrado la piedra filosofal.

Entre las muchísimas relaciones que tenia , habia trabado amistad con varios personajes , que lo eran ya por su nobleza, ya por su fortuna : entre estos últimos se

contaba á un tal Reich de Penautier, recaudador general del clero y tesorero de los estados del Languedoc. Este, como hombre millonario, era de aquellos hombres que todo lo consiguen, y que con su dinero parece que dictan leyes á las cosas que solo las reciben de Dios.

En efecto, Reich de Penautier se habia asociado en intereses y negocios con un cierto Alibert, su primer dependiente, quien murió de repente de una apoplegía. Penautier tiene noticia de esta apoplegía mucho antes que su familia; los papeles que establecen la sociedad desaparecen sin saber como, y la esposa é hijo de Alibert quedan arruinados.

El señor de la Magdalena, cuñado de Alibert, concibe algunas sospechas aunque vagas sobre aquella muerte, y quiere cerciorarse de la verdad: de consiguiente empieza á hacer investigaciones; pero á lo mejor muere súbitamente.

Solo en un punto parecia que la fortuna habia abandonado á su favorito. Penautier tenia grandes deseos de suceder al señor de Mennevillette, recaudador del clero; este empleo valia unas sesenta

mil libras, y sabiendo que Mr. de Mennevillette queria desprenderse de él en favor de su primer dependiente, Pedro Hannyvel, señor de Saint-Laurent, habia dado todos los pasos necesarios para comprarlo, en menoscabo de éste último; mas el Señor de Saint-Laurent, apoyado perfectamente por los SS. del clero, habia obtenido grátis la futura del titular; cosa que nunca se habia hecho. Penautier le habia entonces ofrecido cuarenta mil escudos para que le dejase entrar por mitad en aquel empleo; pero Saint-Laurent se escusó. Sus relaciones sin embargo no se habian interrumpido y continuaban visitándose. Por lo demas, Penautier pasaba por un hombre tan afortunado, que no se dudaba que un dia ú otro conseguiria por un medio cualquiera aquel empleo que tanto habia deseado.

Los que ninguna fé tenian en los misterios de la alquimia, decian que Santa-Cruz hacia negocios con Penautier.

Durante este tiempo habia concluido el luto de la marquesa, y sus relaciones con Santa-Cruz habian vuelto á adquirir su antigua publicidad; los SS. d' Aubray,

hicieron advertir esto á la señora de Brinvilliers por una hermana menor que tenia en un convento de las Carmelitas, y la marquesa conoció que M. d'Aubray, al morir, habia encargado á sus hermanos que vigilasen sobre su conducta.

De este modo el primer crimen de la marquesa venia á ser casi inútil, y en vano habia querido desembarazarse de las reconvenciones de su padre y heredar su fortuna; pues esta fortuna habia llegádo á ella tan disminuida con la parte que tocara á sus hermanos mayores, que apenas bastó para pagar sus deudas; y las reconvenciones se reproducian en boca de sus hermanos, uno de los cuales podia, por su calidad de lugarteniente civil, separarla de su amante por segunda vez.

Era preciso precaver estos casos: Lachaussee dejó el servicio de Santa-Cruz, y tres meses despues entró, por mediacion de la marquesa, al servicio del consejero del parlamento, quien vivia con su hermano el lugarteniente civil.

Esta vez no podia emplearse un veneno tan activo como el que habia servido para M. d'Aubray; porque estas muertes tan

prontamente repetidas en una misma familia, hubieran podido infundir sospechas. Se empezaron de nuevo los esperimentos, no ya en animales, porque las diferencias anatómicas que existen entre las diversas organizaciones pudieran frustrar los efectos de la ciencia, sino que, como la vez primera, se ensayó en individuos humanos, esto es, *in anima vili.*

La marquesa gozaba la opinion de una muger relijiosa y bienhechora; pocas veces acudia á ella la miseria sin ser socorrida: mas todavía; se asociaba á las santas jóvenes que se dedicaban al servicio de los enfermos, y recorria de vez en cuando los hospitales á donde enviaba vino y medicamentos: no causó por lo tanto ninguna estrañeza el verla, como de costumbre, presentarse al Hotel-Dieu; esta vez trajo bizcochos y dulces para las convalecientes, dádivas que como siempre fueron recibidas con agradecimiento. Al cabo de un mes volvió al hospital, y preguntó por algunos enfermos, por cuya salud manifestaba tener el mayor interés. Desde su visita habian tenido una recaida, y la enfermedad, cambiando de carácter, ha-

bia adquirido mayor gravedad. Era una languidez mortal, que les llevaba á la muerte, deteriorándolos de una manera estraña. Ella interrogó á los médicos, que nada pudieron decirle: esta enfermedad les era desconocida y dejaba burlados todos los recursos del arte.

Quince dias despues volvió allí; algunos de los enfermos habian muerto, otros estaban vivos todavía, pero en una agonía desesperada: eran unos esqueletos animados que no tenian otra existencia que la voz, la vista, y el aliento.

Pasados dos meses todos habian muerto, y la medicina habia quedado tan á ciegas en la autopsia del cadáver como lo habia sido en el tratamiento del moribundo.

El éxito de estos ensayos inspiraba confianza, así fué que Lachaussee recibió órden de llevar á efecto las instrucciones que tenia.

Un dia en que el lugarteniente civil habia llamado con la campanilla, Lachaussee, quien, como ya se ha dicho, estaba al servicio del consejero, entró para ver lo que se ofrecia; y le halló trabajando con

su secretario, llamado Cousté; M. d'Aubray queria un vaso de agua con vino, y un momento despues volvió á entrar Lachaussee con el vaso que le habian pedido.

El lugarteniente civil llevó el vaso á sus labios, mas al primer sorbo lo rechazó esclamando: — ¿Qué me has dado miserable? Creo que quieres envenenarme. — Y luego alargando el vaso á su secretario: —Mirad esto, Cousté, le dijo, que hay aquí dentro?

El secretario tomó algunas gotas del licor con una cuchara de tomar café, y acercándoselas á su boca y nariz, observó que tenia el olor y amargor del vitriolo. Entonces Lachaussee se dirigió al secretario, diciendo que ya se figuraba en que consistia; que un ayuda de cámara del consejero habia tomado medicina aquella mañana, y que distraidamente sin duda habria empleado el vaso de que se sirviera su compañero; y tomando el vaso de las manos del secretario, lo acercó á sus labios y fingió probarlo á su vez: „ En efecto, dijo, no es otra cosa, harto lo reconozco;„ y arrojó el licor á la chimenea.

Como la cantidad de brevaje que el lu-

garteniente habia sorbido no era lo bastante para que pudiera causarle la menor indisposicion, no tardó en olvidar este suceso, y se borró enteramente la sospecha que por instinto habia asomado en su imaginacion. En cuanto á Santa-Cruz y la marquesa, vieron que el golpe habia fallido, y con riesgo de envolver en su venganza á muchas personas, resolvieron emplear otro medio.

Tres meses transcurrieron sin que se presentase ninguna otra ocasion favorable; pero al fin, en los primeros dias del mes de abril de 1670, el lugarteniente civil se llevó á su hermano el consejero á su posesion de Villequoij, en Beauce, para pasar las fiestas de Pascua, y Lachaussee siguió á su amo despues de haber recibido nuevas instrucciones en el momento de su partida.

Al dia signiente de haberse instalado en el campo, se sirvió en la comida una empanada de pichones: siete personas que comieron de ella se sintieron indispuestos despues de comer; y otras tres que no la habian probado no esperimentaron ninguna desazon.

Los que mas habian sufrido por la accion

de la sustancia venenosa eran: el lugarteniente civil, el consejero, y el capitan de la ronda. El lugarteniente civil, sea que hubiese comido mayor cantidad, sea que el ensayo que ya habia hecho del veneno le hubiese predispuesto á recibir su impresion, fué el primero que se vió atacado de terribles vómitos; dos horas despues, sintió el consejero los mismos síntomas; y el caballero de la ronda y las demas personas padecieron durante algunos dias, unos dolores de estómago espantosos; pero su estado no presentó por de pronto el mismo carácter de gravedad cual el de ambos hermanos.

Esta vez los socorros de la medicina fueron, como siempre, impotentes. El dia 12 de abril, es decir, cinco dias despues del envenenamiento, el lugarteniente y el consejero volvieron á Paris, tan mudados, que se hubiera dicho que acababan de salir de una larga y cruel enfermedad. La señora de Brinvilliers se hallaba entonces en el campo, y allí permaneció todo el tiempo que duró la indisposicion de sus hermanos.

Los médicos, desde la primera consulta que se tuvo para el lugarteniente civil,

no dieron ya ninguna esperanza. Los síntomas eran los mismos que los de la enfermedad que habia hecho sucumbir á M. d'Aubray padre, y se creyó que esta enfermedad desconocida era hereditaria: y el enfermo quedó deshauciado.

En efecto, su posicion iba siempre de mal en peor: sentia una insuperable aversion á toda especie de comida, y sus vómitos eran continuos. En los tres últimos dias de su vida se quejaba de que en el pecho se sentia como un horno ardiendo; y en efecto, parecia que la llama interior que le devoraba le salia por los ojos, única parte de su cuerpo que todavía daba señales de vida cuando lo restante era ya cadáver. En fin, el dia 17 de junio de 1670, espiró despues de setenta y dos dias que habia tomado el veneno.

Las sospechas empezaron ya á despuntar; el lugarteniente fué abierto, y se hizo un proceso verbal de la autopsia. M. Bachot, médico de cabecera de ambos hermanos, ejecutó la operacion en presencia de los SS. Dupré y Durant, cirujanos, y de Gavart, boticario, quienes encontraron el estómago y el duódeno negros

y casi hecho pedazos, y el hígado gangrenado y quemado. Reconocieron que estos accidentes manifestaban la accion de un veneno; pero como la presencia de ciertos humores da lugar algunas veces á los mismos fenómenos, no se atrevieron á aseverar que la muerte del lugarteniente no fuese natural, y le enterraron sin que se hiciese ninguna investigacion ulterior.

El Señor Bachot habia reclamado que se hiciese la autopsia del cadáver, con tanto mas motivo, cuanto que era el médico del hermano consejero, quien al parecer, era víctima de la misma enfermedad, y el doctor esperaba sacar armas de la misma muerte para defender la vida. Estaba el consejero con una ardiente calentura, y sufria agitaciones de espíritu y de cuerpo, cuya virulencia era estremada y continua: no encontraba ninguna posicion en la que pudiese permanecer cinco minutos. La cama era para él un suplicio; y sin embargo en el momento que la abandonaba, volvia á pedirla para cambiar á lo menos de dolores. En fin, al cabo de tres meses espiró. Tenia el estómago, el duódeno y el hígado en el mismo estado de desorga-

nizacion que habian presentado los de su hermano, y ademas el cuerpo estaba quemado esteriormente; *lo cual era*, dijeron los médicos, *una señal inequívoca del veneno; aunque*, añadieron, *que una cacoquimia podia producir los mismos efectos.* En cuanto á Lachaussee tan lejos estuvo de que nadie sospechase de él, que el consejero, agradecido al esmero con que le habia cuidado en su última enfermedad, le dejó en su testamento un legado de cien escudos: por otro lado Santa-Cruz y la marquesa le dieron mil francos.

Tanta destruccion en una misma casa no solo afligia el corazon, sino que sobresaltaba el espíritu; porque, como la muerte borra indistintamente los seres del libro de la vida, era muy de estrañar su perseverancia en destruir los miembros de una misma familia. Con todo, las miradas se perdieron, las investigaciones se estraviaron, y nadie dió con los verdaderos delincuentes; la marquesa se vistió de luto por sus hermanos, Santa-Cruz continuó derrochando, y todo fué como de costumbre.

Mientras esto pasaba, Santa-Cruz habia

trabado conocimiento y entrado en relaciones con el señor de Saint-Laurent, aquél cuyo empleo habia solicitado Penautier sin poderlo obtener. Aunque en este intervalo Penautier habia heredado al señor *Lesecg*, su suegro, que habia muerto cuando menos se esperaba, dejándole el segundo empleo de la bolsa del Languedoc y unos bienes inmensos, no habia por esto cesado de aspirar á la plaza de recaudador del clero. La casualidad le favoreció tambien en esta circunstancia: el señor de Saint-Laurent, despues de algunos dias de haber tomado á su servicio un nuevo criado que le mandó Santa-Cruz, llamado Jorge, se puso malo, y su enfermedad presentó muy pronto el mismo carácter de gravedad que se habia notado en la de los SS. d'Aubray padre é hijos: con la diferencia de que fué mas aguda, porque no duró mas que veinte y cuatro horas. El señor de Saint-Laurent murió en fin, como ellos, sufriendo los mas crueles dolores. Aquel mismo dia fué á verle un oficial de la corte, á quien refirieron todas las circunstancias de la muerte de su amigo; y oida la relacion de

los síntomas y de los accidentes, dijo en presencia de los criados al notario Sainfray, que era preciso abrir el cadáver. Una hora despues habia desaparecido Jorge, sin decir nada á nadie ni pedir su salario. Las sospechas se agravaron, mas tampoco por esta vez pudieron comprobarse. La autopsia presentó unos fenómenos generales y que no eran precisamente peculiares al veneno; solo los intestinos, á los cuales la mortal bebida no habia tenido tiempo de quemar, como habia sucedido con los SS. d'Aubray, estaban salpicados de puntos rojizos, semejantes á picadas de pulga.

En junio de 1669 consiguió Penautier el empleo del señor de Saint-Laurent.

La viuda, empero, habia concebido algunas sospechas que se convirtieron casi en conviccion con la huida de Jorje. Cierta casualidad vino á aumentar su plerplexidad. Un abate, que habia sido amigo del difunto, y que estaba enterado de la desaparicion de Jorje, encontró á éste algunos dias despues en la calle de los Masones, cerca de la Sorbona: iban ambos por una misma acera, y un carro

de heno que pasaba por la calle, les impide de improviso el paso; Jorje levanta la cabeza, divisa el abate, le reconoce como á un amigo de su antiguo amo, se desliza por debajo el carro, pasa al otro lado, y con riesgo de ser aplastado, se salva de la vista de un hombre cuyo solo aspecto le recuerda su crímen y le hace temer el castigo.

La señora de Saint-Laurent puso una demanda contra Jorje; pero por mas diligencias que se practicaron no pudo darse con semejante hombre.

El rumor de tantas muertes estrañas y repentinas se difundia entre tanto por Paris, que empezaba ya á alarmarse. Santa-Cruz, siempre elegante y festivo, oyó estos rumores en los salones que frecuentaba y se sobresaltó. Es verdad que ninguna sospecha recaia sobre él, sin embargo, era prudente tomar precauciones: propúsose, pues, elevarse á una posicion que le pusiese fuera del alcance de este temor. En palacio iba á quedar vacante un empleo, que para obtenerlo debian gastarse cien mil escudos: Santa-Cruz no tenia, como hemos dicho, ningun re-

curso aparente, y con todo no tardó en susurrarse que iba á comprar aquel destino.

Para tratar de este negocio con Penautier, se dirigió á Belleguise, quien no dejó de encontrar alguna dificultad de parte de Penautier. La suma era exorbitante, y Penautier, que para nada necesitaba ya á Santa-Cruz, pues habia adquirido cuantas herencias ambicionara, trató de hacerle renunciar á su proyecto.

He aquí lo que entonces escribió Santa-Cruz á Belleguise.

«¿Es posible, querido, que me vea precisado á dirigiros nuevas amonestaciones para un negocio tan seguro, tan importante y tan grande como sabeis que es el que traigo entre manos, y que puede darnos á entrambos el sosiego para toda la vida? En cuanto á mí, yo creo que el diablo lo enreda, ó que vos no quereis poneros á la razon. Pidoos, pues, amigo mio, que seais razonable; dad mil vueltas á mi proposicion, tomadla por el peor sesgo, y siempre encontrareis que, en el pié en que para vuestra seguridad trato de establecer las cosas, me quedais todavía deudor, ya que todos nuestros intereses, se

consolidan en esta conyuntura. En fin, querido, ayudadme os suplico; y estad seguro de una perfecta gratitud y de que jamas habreis hecho en el mundo una cosa que tan agradable pueda seros á vos mismo y á mí. Harto lo sabeis, pues que os hablo con mas franqueza que no lo he hecho con mi propio hermano. Si podeis pues venir esta tarde me hallaréis en casa ó cerca de ella, en el paraje consabido; ó bien os aguardaré mañana por la mañana ó iré á buscaros segun sea vuestra respuesta.„

Santa-Cruz tenia su habitacion en la calle de Bernardinos, y el paraje en que debia aguardar á Belleguise era aquel cuarto que habia alquilado en casa la viuda de Brunet, en la callejuela sin salida de la plaza Monbert.

En este cuarto y en casa el boticario Glazer era donde Santa-Cruz hacia sus esperimentos; pero por una justa compensacion, aquella manipulacion de venenos era fatal á los mismos que los preparaban. El boticario enfermó y murió; unos vómitos terribles atacaron á Martin y le pusieron hasta á la agonía; y el mismo Santa-Cruz que se hallaba indispuesto, sin co-

nocer la causa, no pudiendo apenas salir por su grande debilidad, se hizo traer un hornillo de casa Glazer para continuar sus esperimentos, no obstante su enfermedad.

Santa-Cruz lo hizo así porque estaba buscando un veneno tan sútil cuya sola emanacion pudiese causar la muerte. Habia oido hablar de aquella servilleta envenenada con la cual el jóven Delfin, hermano mayor de Cárlos VII, se habia enjugado en el juego de la pelota, cuyo solo contacto le habia dado la muerte; y tradiciones casi vivas todavía, le habrian contado la historia de los guantes de Juana de Albret: estos secretos se habian perdido y Santa-Cruz esperaba volverlos á encontrar.

En aquella época fué cuando sucedió uno de aquellos estraños acontecimientos que parecen mas bien un castigo del cielo que un accidente casual. En el momento en que Santa-Cruz, inclinado sobre su hornillo, contemplaba como aquella fatal preparacion llegaba al mas alto grado de intensidad, la mascarilla de vidrio con que se cubria el rostro para resguardarse de las mortíferas exalaciones que se desprendian

del licor en fusion, se le desnuda de repente, y Santa-Cruz cae herido como de un rayo.

Su muger, viendo que habia llegado la hora de cenar y que todavía no habia salido del gabinete donde estaba encerrado, llamó á la puerta y nadie respondió; y como ya sabia que su marido se ocupaba en unos trabajos sombríos y misteriosos, temió no le hubiese sucedido alguna desgracia. Llamó á los criados, que derribaron la puerta, y encontrose á Santa-Cruz tendido al lado del hornillo y junto á él la mascarilla de vidrio hecha pedazos.

Las circunstancias de esta muerte estraña y repentina no podian ocultarse al público; los criados habian visto el cadáver, y podian hablar. El comisario Picard fué requerido para que pusiese los sellos y la viuda de Santa-Cruz solo pudo esconder el hornillo y los restos de la mascarilla.

Bien pronto se esparció por todo Paris el rumor de este suceso. Santa-Cruz era muy conocido, y la noticia de que iba á comprar un empleo en la corte habia estendido aun mas la reputacion de su nombre. Lachaussee fué uno de los primeros que

tuvieron noticia de la muerte de su señor; y habiendo sabido que habian sellado la puerta de su gabinete, se apresuró á presentar un acto de oposicion concebido en estos términos.

«Oposicion de Lachaussee, manifestando que hacia siete años se hallaba al servicio del difunto, á quien habia entregado, hacia dos años para que se los guardara, cien doblones de oro y cien escudos de plata, que deben estar en un saquito de tela detras de la ventana del gabinete, y en el cual hay un billete que justifica pertenecerle dicha cantidad, con un traspaso de una suma de trescientas libras del difunto consejero M. d'Aubray, cuyo traspaso habia éste hecho á favor de Laserre; y tres cartas de pago de su maestro de aprendizaje de cien libras cada una, cuyas cantidades y papeles reclama.»

Se respondió á Lachaussee que esperase el dia en que se quitarian los sellos, y que si todo estaba como él decia, se le entregaria cuanto fuese suyo.

No fué solo á Lachaussee á quien hizo sensacion la muerte de Santa-Cruz: la marquesa á quien eran familiares los secretos de

aquel fatal gabinete, tan luego como supo lo acaecido, corrió á casa del comisario; y aunque eran las diez de la noche, dijo que tenia que hablarle sobre un asunto urgente; pero el primer escribiente, llamado Pedro Frater, le respondió que su amo estaba en la cama; la marquesa insistió entonces, suplicándole que le dispertaran, y reclamando una arquilla que le importaba muchísimo tener en su poder antes que nadie la abriese. En vista de esto el escribiente subió al cuarto del señor Picard; pero luego volvió á bajar manifestando que lo que la marquesa pedia era imposible en aquel momento, porque el comisario dormia. Viendo la señora de Brinvilliers que sus instancias eran inútiles, se retiró diciendo que el dia siguiente mandaria un hombre á buscar la arquilla. En efecto, presentóse el hombre muy de mañana, ofreciendo de parte de la marquesa, cincuenta luises al comisario si queria entregarle la arquilla; éste contestó que la arquilla estaba embargada, que se abriria cuando se quitarian los sellos, y que si los objetos que reclamaba la marquesa eran efectivamente suyos, le serian fielmente devueltos.

Aterrada quedó la marquesa con esta respuesta. No habia tiempo que perder; desde la calle Neuve-Saint-Paul, donde tenia su casa en la ciudad, se fué corriendo á su casa de campo en Picpus, y aquella misma noche salió en posta para Lieja, en donde llegó dos dias despues, y se retiró á un convento.

El dia 31 de julio de 1672 se habian puesto los sellos en casa de Santa-Cruz, y no se quitaron hasta el 8 de agosto próximo. Al ir á empezar el procedimiento, se presentó un procurador con plenos poderes de la marquesa, é hizo insertar en el proceso verbal la declaracion siguiente:

„Se ha presentado Alejandro Delamarre, procurador de la señora de Brinvilliers, quien ha declarado que si en la arquilla reclamada por su mandataria, se encuentra un vale firmado por ella de la cantidad de treinta mil libras, es un documento que se le arrancó por sorpresa, y contra el cual, en caso de que su firma sea verdadera, se reserva instaurar una instancia para hacerlo declarar nulo.„

Cumplida esta formalidad, se procedió á la abertura del gabinete de Santa-Cruz,

cuya llave fué presentada al comisario Picard por un carmelita llamado fray Victorin. El comisario abrió la puerta; las partes interesadas, los oficiales y la viuda, entraron con él, y se empezó poniendo aparte los papeles corrientes, á fin de repasarlos por órden unos despues de otros. Mientras se estaban ocupando en estos pormenores, cayó un pequeño rollo de papel, en el que habia escritas estas dos palabras: *mi confesion.* Todos los que se hallaban presentes, que no tenian ningun motivo para pensar que Santa-Cruz fuese un malvado, decidieron entonces que aquel papel no debia leerse. Consultose al efecto al sustituto del procurador general, y *la confesion* de Santa-Cruz fué quemada.

Cumplido este acto de conciencia, se procedió al inventario. Uno de los primeros objetos que se presentaron á la vista de los ministros de justicia, fué la arquilla reclamada por la señora de Brinvilliers. Sus instancias habian de tal suerte despertado la curiosidad, que se empezó por ella; todos se agolparon para saber lo que contenia, y se procedió á la abertura. De

jaremos ahora que hable el proceso verbal; nada es mas poderoso y terrible en semejantes casos que el mismo documento oficial.

„En el gabinete de Santa-Cruz se ha encontrado una pequeña arquilla de un pie cuadrado, al abrir la cual se ha presentado medio pliego de papel titulado *mi testamento*, que estaba escrito de una sola cara y contenia estas palabras:

„Suplico encarecidamente á aquellos ó aquellas en cuyas manos caiga esta arquilla, que me hagan el favor de entregarla en manos propias de la señora marquesa de Brinvilliers, que habita en la calle Neuve-Saint-Paul, en atencion á que todo cuanto contiene incumbe y pertenece á ella sola, y que por otra parte no hay nada que pueda ser útil á nadie mas, escepto á dicha señora; y caso de que ella muriese antes que yo, suplico se queme con todo cuanto contiene sin abrirla ni tocar cosa alguna. Y á fin de que nadie pueda alegar ignorancia, juro por el Dios que adoro y por todo lo que hay de mas sagrado, que cuanto aquí digo es la pura verdad. Si á pesar de esto hay quien contra-

venga á mis justas y razonables intenciones, lo cargo en este mundo y en el otro sobre su conciencia para descargo de la mia, protestando que esta es mi última voluntad.

„Hecho en Paris hoy 25 de mayo de 1672. Firmado: de Santa-Cruz.„

„Y mas abajo hay escritas estas palabras:

„Un solo paquete vá dirigido á M. Penautier, á quien deberá entregarse.„

Ya se deja ver que semejante preludio no haria mas que aumentar el interés de aquella escena: un murmullo de curiosidad se dejó oir; pero restablecido ya el silencio, continuó el inventario de este modo:

„Se ha encontrado un paquete cerrado con ocho sellos grandes de diferentes armas, y sobre el cual estaba escrito: „Papeles que deben quemarse en caso de muerte, y que no tienen ninguna relacion con nadie. Ruego encarecidamente á aquellos en cuyas manos caigan estos papeles, que los quemen sin abrir el paquete, y aun les hago de ello un cargo de conciencia.„ En este paquete se han encontrado dos porciones de sublimado.

*

„ *Item*, otro paquete cerrado con seis sellos de diferentes armas, que tenia una inscripcion semejante, y en el cual se ha encontrado mas sublimado, hasta el peso de media libra.

„ *Item*, otro paquete cerrado con seis sellos de varias armas que tenia igual inscripcion, y en el cual se han encontrado tres paquetes que contenian, el uno media onza de sublimado, el otro dos onzas y un cuarto de vitriolo romano, y el tercero vitriolo calcinado y preparado.

„ En la arquilla se ha encontrado un grande frasco cuadrado, de un cuartillo de capacidad, lleno de agua clara, la cual habiendo sido examinada por el médico M. Moreau, ha dicho éste que no podia determinar su calidad hasta que se hiciese el análisis.

„ *Item*, otro frasco de un medio sextario de agua clara, en cuyo fondo hay un sedimento blanquecino. Moreau ha dicho de éste lo mismo que del precedente.

„ Un bote de loza, que contenia dos ó tres dracmas de opio preparado.

„ *Item*, Un papel doblado que conte-

nia dos dracmas de sublimado corrosivo en polvo.

„Mas, una cajita en la cual se ha encontrado una especie de piedra llamada piedra infernal.

„Mas, un papel que contenia una onza de opio.

„Un pedazo de régula de antimonio del peso de tres onzas.

„Mas, un paquete de polvos con este sobrescrito: „Para detener el flujo de sangre en las mugeres.„ Moreau ha dicho que estos polvos eran la flor y el capullo del membrillo seco.

„*Item*, se ha encontrado un paquete cerrado con seis sellos, en el cual estaba escrito: „Papeles para quemar en caso de muerte.„ En el cual se han encontrado treinta y cuatro cartas, que se ha dicho eran escritas por la señora de Brinvilliers.

„*Item*, otro paquete cerrado con seis sellos, en el que habia una inscripcion como la susodicha, y que contenia veinte y siete pedazos de papel, en cada uno de los cuales estaba escrito. „Varios secretos curiosos.„

„*Item*, otro paquete, que contenia

tambien seis sellos, y en el que estaba escrito un sobre como los antedichos, en el cual se han encontrado setenta y cinco libras dirigidas á diferentes personas. „

Ademas de estos objetos, se encontraron en la arquilla dos obligaciones, una de la marquesa de Brinvilliers y otra de Penautier, la primera de treinta mil francos, y la segunda de diez mil; aquélla correspondia á la época de la muerte de M. d' Aubray, padre, y ésta á la del señor de Saint-Laurent. La diferencia de estas cantidades hace ver que Santa-Cruz habia establecido una tarifa, y que el parricidio era mas caro que el asesinato.

Pero Santa-Cruz al morir, legaba sus venenos á su querida y á su amigo; no siendo bastantes los crímenes pasados, queria ser cómplice hasta de los futuros.

Lo primero que hicieron los ministros de justicia, fué someter al análisis aquellas diversas substancias, y hacer con ellas esperimentos en diferentes animales. He aquí la relacion de Guy Simon, farmacéutico, que fué el encargado de aquel exámen y de aquellas pruebas.

„ Este artificioso veneno burla todas las

investigaciones; se disfraza de tal suerte que no puede reconocerse; es tan sútil que engaña el arte, y tan penetrante que frustra la sabiduría de los médicos. En este veneno los esperimentos son falsos, las reglas defectuosas y ridículos los aforismos.

„Los esperimentos mas seguros y mas comunes se hacen con los animales, ó por medio de los elementos.

„En el agua, el peso del veneno ordinario lo precipita al fondo; aquélla queda superior, éste obedece, desciende y va á ocupar la parte inferior.

„La prueba del fuego no es menos segura: el fuego evapora, disipa, consume todo lo que es inocente y puro, y solo deja una materia acre y picante que resiste á su impresion.

„Mas sensibles son todavía los efectos que el veneno produce en los animales: lleva su malignidad á todas las partes en donde se distribuye, é inficiona todo lo que toca; quema y tuesta todas las entrañas con un fuego estraño y violento.

„He sometido el veneno de Santa-Cruz á todas las pruebas, y se burla de todos

los esperimentos: este veneno sobrenada en el agua, queda superior, y es él quien supedita á este elemento; escapa á la accion del fuego, en el cual no deja mas que una materia dulce é inocente; en los animales se esconde con tal arte y destreza, que no se le puede descubrir; todas las partes del animal quedan sanas y vivas: y al mismo tiempo que difunde por sus venas un manantial de muerte, este veneno artificioso deja subsistente la imágen y las señales de la vida.

„Se han practicado toda suerte de ensayos: el primero vertiendo algunas gotas de un licor que se ha encontrado en uno de los frascos en aceite de tártaro y en agua marina, y nada se ha precipitado en el fondo de las vasijas en que se ha vertido el licor; el segundo, introduciendo el mismo licor en una vasija con arena, y no se ha encontrado en el fondo de este vaso ninguna materia árida, ni acre á la lengua, y casi nada de sal fija; el tercero en un pavipollo, un pichon, un perro, y otros animales, los cuales habiendo muerto algun tiempo despues, han sido abiertos al dia siguiente, y no se ha encontra-

do mas que un poco de sangre cuajada en el ventrículo del corazon.

„Habiendo hecho otra prueba con unos polvos blancos que se dieron á un gato en una asadura de carnero, estuvo media hora vomitando, y, habiéndolo encontrado muerto el dia siguiente, lo abrieron sin que se le encontrase ninguna parte alterada por el veneno.

„Habiendo hecho un segundo ensayo de los mismos polvos en un pichon, murió poco tiempo despues, fué abierto y no se encontró nada de particular, escepto un poco de agua roja en el estómago. „

Estos ensayos, al mismo tiempo que probaron que Santa-Cruz era un químico profundo, hicieron creer que no se dedicaba á este arte gratuitamente: aquellas muertes repentinas é inesperadas se presentaron á la memoria de todo el mundo, y aquellas obligaciones de la marquesa y de Penautier, parecian ser el precio de la sangre; y como la una estaba ausente y el otro era demasiado rico y poderoso para que se atreviesen á arrestarlo sin pruebas, se acordaron de la oposicion de Lachaussee.

Se decia en aquella oposicion que La-

chaussee estaba al servicio de Santa-Cruz siete años habia, por consiguiente Lachaussee no miraba como una interrupcion de este servicio el tiempo que habia pasado en casa de los señores d' Aubray. El saco que contenia los mil doblones y las tres obligaciones de cien libras fué hallado efectivamente en el lugar indicado; de consiguiente, Lachaussee tenia un perfecto conocimiento de las localidades de aquel gabinete: si conocia el gabinete, debia conocer la arquilla; si conocia la arquilla, no podia ser inocente.

Estos indicios bastaron para que la señora Mangot de Villarceaux, viuda del lugar teniente M. d' Aubray, hijo, pidiese demanda contra él: en cuya virtud se decretó la captura de Lachaussee que fué arrestado, encontrándole en el acto del arresto un veneno que traia consigo.

La causa se llevó al Chatelet (*): Lachaussee negó obstinadamente; y los jueces, no creyendo tener bastantes pruebas contra él, le condenaron al tormento preparatorio. La señora Mangot de Villarceaux apeló de

(*) Se llamaba así cierto tribunal civil de Paris. (Nota del traductor).

esta sentencia, que probablemente habria salvado al culpable, si hubiese tenido la fuerza de resistir á los tormentos sin confesar nada; y una sentencia de la Tournelle, fechada del 4 de marzo de 1673, declaró en virtud de aquella apelacion, que *Juan Amelin, llamado Lachaussee, estaba convicto de haber envenenado al lugarteniente civil y al consejero; en reparacion de lo cual se le condenaba á ser desconyuntado vivo y á espirar en la rueda, despues de haberle aplicado al tormento ordinario y estraordinario, para que diese á conocer sus cómplices.*

En el mismo auto se condenaba por contumacia á la marquesa de Brinvilliers á ser decapitada.

Lachaussee sufrió el tormento de los borceguies, que consistia en colocar cada pierna del reo entre dos planchas, aproximando luego ambas piernas por medio de una argolla de hierro, y en introducir unas cuñas entre las planchas del medio: en el tormento ordinario se ponian cuatro cuñas, y ocho en el tormento estraordinario.

A la tercera cuña, dijo Lachaussee que estaba pronto á declarar: en conse-

cuencia se suspendió el tormento y se le transportó con un colchon á la capilla; y allí, como estaba muy débil y apenas podia hablar, pidió media hora de tiempo para repararse: he aquí el estracto del mismo proceso verbal del tormento y ejecucion de muerte.

„Lachaussee, quitado del tormento y tendido en el colchon, ha hecho pedir al señor relator, cosa de media hora despues que se habia retirado, que hiciese el favor de volver. Dijo que era culpable; que Santa-Cruz le habia dicho que de la marquesa de Brinvilliers recibiera los tosigos para envenenar á sus hermanos; que él los envenenó con agua y con caldo, poniendo agua rojiza en el vaso del lugarteniente, en Paris, y agua clara en la empanada de Villegnoy; que Santa-Cruz le habia prometido cien doblones y que le tendria siempre á su lado; que él iba á darle cuenta del resultado de los venenos; que Santa-Cruz le habia entregado dichas aguas muy á menudo; que Santa-Cruz le habia dicho que la señora de Brinvilliers nada sabia de los otros envenenamientos que habia hecho; pero que él

cree que lo sabia, porque ella le hablaba siempre de sus venenos, y queria obligarle á huir dándole dos escudos para que se fuese: que le habia pedido donde estaba la arquilla y lo que contenia, que si Santa-Cruz hubiese podido colocar alguno de los suyos en casa la señora d' Aubray, esposa del lugarteniente civil, tambien la habria hecho envenenar; finalmente; que Santa-Cruz odiaba sobremanera á la señorita d'Aubray.»

Esta declaracion, que no dejaba duda alguna, dió lugar al decreto siguiente, que estractamos de los registros del Parlamento.

«Visto por el tribunal el proceso verbal del tormento y ejecucion de muerte del 24 del presente mes de marzo de 1673, que contiene las declaraciones y confesiones de Juan Amelin, por otro nombre Lachaussee, el tribunal ordena que los nombrados Bellequise, Martin, Poitevin, Polivier, el padre Veron y la muger del peluquero llamado Quesdon, sean citados y emplazados para que comparezcan ante el ministro relator del presente auto, para ser oidos é interrogados sobre los casos que resultan del proceso; mandamos ademas

que se ejecute el auto de captura contra el llamado Lapierre, y la órden de emplazamiento contra Penautier para ser oido. Dado en el Parlamento, á 27 de marzo de 1673.„

En virtud de este decreto fueron interrogados Penautier, Martin y Belleguise, en los dias 21, 22 y 24 de abril.

El 26 de julio Penautier quedó exonerado de su emplazamiento, mandándose que se procediese con mas ámplio informe contra Belleguise, y se espidió un decreto de captura contra Martin.

Lachaussee habia sido enrodado en la Greve (*) el 24 de marzo.

En cuanto á Exili, causa principal de todo el daño, habia desaparecido como Menphistopheles despues de la muerte de Fausto, y nadie supo mas de él.

A fines de aquel año, Martin fué puesto en libertad por falta de cargos suficientes.

Entre tanto la marquesa de Brinvilliers permanecia siempre en Lieja, y aun-

(*) Así se llama en Paris la plaza pública donde se ejecutan los suplicios. (*Nota del traductor.*)

que retirada á un convento, no habia por esto renunciado á uno de los puntos mas mundanos de la vida: pronto se habia consolado de la muerte de Santa-Cruz, á quien sin embargo habia amado hasta el estremo de quererse matar por él, dándole por sucesor á un tal Therria, del cual no nos ha sido dable encontrar mas indicios que su nombre, frecuentemente repetido en este proceso.

Todos los cargos de la acusacion habian pues, como se ha visto, recaido sobre ella: y así se resolvió perseguirla en el retiro donde creia estar segura. Esta mision, era de suyo muy dificil y delicada, y Desgrais, uno de los mas hábiles oficiales de la gendarmeria, se ofreció á realizarla. Era éste un buen mozo, de unos treinta y seis á treinta y ocho años, que en nada se parecia á un dependiente de policía, que llevaba con igual soltura todos los trajes, y en cuyos disfraces recorria todos los grados de la escala social, desde el de mendigo hasta el de gran personaje. Era el hombre que se necesitaba, y por lo tanto fué aceptado.

Partió hácia Lieja, con una buena escolta de muchos alguaciles y provisto de una carta

del rey dirijida al consejo de los Sesenta que gobernaba la ciudad, por la cual Luis XIV reclamaba la delincuente para hacerla castigar. El consejo, despues de haber examinado los autos, que Desgrais habia tenido la precaucion de llevar consigo, autorizó la prision de la marquesa.

Esto ya era mucho, pero no era lo bastante: la marquesa, como ya se ha dicho, habia buscado un asilo en un convento, donde Desgrais no se atrevia á prenderla á la fuerza, por dos razones: la primera, porque podia ser prevenida con tiempo, y esconderse en alguno de aquellos retiros claustrales, cuyo secreto poseen solo las superioras; la segunda, porque, en una ciudad tan religiosa como la de Lieja, el estrépito que causaria sin duda semejante acontecimiento, podria ser mirado como una profanacion y producir algun tumulto popular, á favor del cual pudiera suceder que se le escapase la marquesa.

Desgrais pasó revista de su equipage, y creyendo que un vestido de abate era el mas á propósito para ponerle á cubierto de toda sospecha, se presentó á las puertas del convento como un compatricio que

llegaba de Roma, y que no habia querido pasar por Lieja, sin ponerse á los pies de una muger tan célebre por su belleza y por sus desgracias, cual lo era la marquesa. Desgrais poseia todos los modales de un segundon de buena familia, siendo adulador como un cortesano y emprendedor como un mosquetero. En su primera visita estuvo tan amable, ya con sus agudezas, ya con sus majaderías, que obtuvo mas fácilmente de lo que esperaba el permiso de repetirla.

No retardó Desgrais la segunda visita, puesto que se presentó al siguiente dia. Tanto zelo lisonjeaba infinito á la marquesa, así es que la acogida que recibió Desgrais fué aun mejor que la de la víspera. La marquesa, como muger de talento y de categoría, que se hallaba privada hacia casi un año de toda comunicacion con las gentes de tono, encontraba en Desgrais sus costumbres parisienses. Por desgracia el hechicero abate tenia que irse de Lieja dentro de pocos dias; por lo cual se hizo mas solícito, y pidió y obtuvo para el dia siguiente otra visita que tenia todos los visos de una cita.

Desgrais fué puntual: la marquesa le aguardaba con impaciencia; pero, por una reunion de circunstancias que el mismo Desgrais habia sin duda preparado, tuvieron que interrumpir dos ó tres veces su plática amorosa, en el momento mismo en que, haciéndose mas íntima, mas importunaban los testigos. Desgrais se quejó de aquella incomodidad, que por otra parte comprometia á la marquesa, y aun á él mismo, que tenia que guardar ciertos miramientos al traje que llevaba. Por lo tanto suplicó á la marquesa le concediera una cita fuera de la ciudad, en cierto paraje del paseo muy poco concurrido, y en el cual no era de temer que nadie les conociese ni les siguiese. La marquesa no se escusó mas que el tiempo necesario para dar mas precio al favor que concedia, y la cita quedó convenida para aquella misma noche.

Llegó ésta por fin; entrambos la esperaban con igual impaciencia, pero con diferentes esperanzas: la marquesa encontró en el lugar convenido á Desgrais, quien le ofreció el brazo; y tan luego como tuvo su mano entre las suyas, á una señal

acudieron los alguaciles; el amante, quitándose la máscara, dió á conocer á Desgrais, y la marquesa quedó presa.

Desgrais dejó á la marquesa de Brinvilliers entre las manos de los alguaciles, y corrió hácia al convento; y solo entonces fué cuando exhibió la órden de los Sesenta, con la cual se hizo abrir el cuarto de la marquesa. Entró en él, y se apoderó de una arquilla que encontró debajo la cama, y la selló; en seguida volvió donde habia dejado la marquesa y dió la órden de marchar.

Cuando la marquesa vió la arquilla en manos de Desgrais, quedó petrificada; pero recobrándose, reclamó un papel que estaba encerrado en ella, y que contenia su confesion. Desgrais se lo negó, y al volverse para hacer adelantar el carruaje, la marquesa probó de ahogarse tragando un alfiler; pero uno de los corchetes, llamado Claudio Rolla, advirtió su intencion, y consiguió quitarle el alfiler de la boca. Desgrais mandó que se redoblase la vigilancia.

Se detuvieron para cenar, y un alguacil, llamado Antonio Barbrier, asistia á la

cena para cuidar de que no se pusiese sobre la mesa ningun cuchillo ni tenedor, ni otro instrumento con el cual pudiese la marquesa matarse ó herirse. La señora de Brinvilliers llevó su vaso á la boca haciendo como que queria beber, y rompió un pedazo entre sus dientes; reparándolo el alguacil, la obligó á echarlo otra vez en el plato. Díjole ella entonces que si queria salvarla, le haria su fortuna, y él le pidió lo que tenia que hacer para eso; la marquesa le propuso que degollase á Desgrais; pero él se escusó, diciéndole que para cualquiera otra cosa que no fuese esto estaba á su disposicion. En vista de lo cual, le pidió pluma y papel, y escribió esta carta.

« Querido Theria: me encuentro entre las manos de Desgrais, quien me conduce á Paris por el camino de Lieja. Apresuraos á libertarme de él. »

Antonio Barbrier tomó la carta y prometió remitirla á su destino; pero en vez de verificarlo, la puso en manos de Desgrais.

Al dia siguiente, pensando la marquesa que esta carta no apremiaba lo bastante, escribió otra al mismo Theria, diciéndole que

la escolta solo constaba de ocho hombres, que fácilmente podian ser derrotados por cuatro ó cinco hombres decididos, y que contaba con él para este golpe de mano.

En fin, recelosa al ver que no tenia respuesta, y que sus cartas no producian efecto, espidió á Theria tercera misiva. En ésta, le pedia por Dios que, sino se sentia con bastante ánimo para atacar la escolta y libertarla de ella, matase á lo menos dos de los cuatro caballos que la conducian, y aprovechase el momento de confusion que debia producir aquel accidente, para apoderarse de la arquilla y arrojarla al fuego; sino, decia ella, estoy perdida.

Aunque Theria no habia recibido ninguna de aquellas tres cartas que sucesivamente habian sido entregadas á Desgrais, no por eso dejó de hallarse, de motu propio, en Maestrich, por donde tenia que pasar la marquesa. Allí probó de sobornar á los alguaciles, ofreciéndoles hasta diez mil libras; pero los alguaciles fueron incorruptibles.

La comitiva encontró en Rocroy al señor consejero Palluau, á quien habia enviado el Parlamento para que se entregase

de la marquesa, y para interrogarla cuando menos lo esperase, no dejándola así tiempo para meditar sus respuestas. Desgrais le enteró de todo cuanto habia pasado, y le recomendó con eficacia la famosa arquilla, objeto de tantos recelos, y de tan vivas súplicas. El Señor de Palluau la abrió, y encontró en ella, entre otras cosas, un papel titulado: *Mi confesion.*

Esta confesion era una prueba singular de la necesidad que tienen los delincuentes de deponer sus crímenes en el seno de los hombres ó en la misericordia de Dios. Ya se ha visto que Santa-Cruz habia tambien escrito una confesion que fué quemada, y ahora la marquesa comete á su vez la misma imprudencia. Por lo demas, esta confesion, que contenia siete artículos, y que empezaba con estas palabras: *Me confieso á Dios, y á vos padre mio,* era una declaracion completa de todos los crímenes que habia cometido.

En el primer artículo se acusaba de haber sido incendiaria.

En el segundo, de haber perdido la virginidad á la edad de siete años.

En el tercero, de haber envenenado á su padre.

En el cuarto, de haber envenenado á sus dos hermanos.

En el quinto, de haber intentado envenenar á su hermana, religiosa del convento de las Carmelitas.

Los otros dos artículos estaban consagrados á la narracion de desórdenes estraños y monstruosos. Esta muger, que participaba á la vez de las calidades de Locusta y de Mesalina, sobrepujaba todo lo que la antigüedad nos presenta en este género.

El señor Palluau, fuerte con el conocimiento de este importante documento, dió principio desde luego al interrogatorio que trasladaremos textualmente, teniéndonos por afortunados siempre que podamos sustituir documentos oficiales á nuestra propia relacion.

Habiéndole preguntado porque se habia escapado á Lieja.

—Ha dicho que habia tenido que irse de Francia para arreglar unos asuntos que tenia pendientes con su cuñada.

Preguntándole si tenia conocimiento de los papeles que la arquilla contenia.

—Ha dicho que en su arquilla hay varios papeles de familia, y entre ellos, una confesion general que queria hacer; pero que, cuando la escribió, estaba desesperada; que no sabia lo que habia puesto en ella; porque en aquel momento, viéndose en un pais estranjero, sin ningun socorro de su familia, y reducida á pedir prestado un escudo, tenia el espíritu enagenado y no sabia lo que se hacia.

Habiéndole preguntado, conforme al primer artículo de su confesion, cual era la casa que habia incendiado.

—Ha dicho que no lo habia hecho, y que cuando escribió semejante cosa, no estaba en sí.

Interrogada sobre los otros seis artículos de su confesion.

—Ha dicho que no sabia de que le hablaban y que no se acordaba de tal cosa.

Habiéndole interrogado si habia envenenado á su padre y á sus hermanos.

—Ha dicho que ignora todo esto.

Interrogada si era Lachaussee quien envenenó à sus hermanos.

—Ha dicho que no lo sabia.

Interrogada si sabia que su hermana no

podia vivir mucho tiempo porque habia sido envenenada.

—Ha dicho que lo habia previsto, porque su hermana estaba sujeta á las mismas desazones que sus hermanos; que no se acuerda del tiempo en que escribió su confesion; y confiesa haber salido de Francia por consejo de sus parientes.

Interrogada porqué le habian dado sus parientes aquel consejo.

—Ha dicho que era á causa del asunto de sus hermanos; y confiesa haber visto á Santa-Cruz desde su salida de la Bastilla.

Interrogada si era Santa-Cruz quien la habia incitado á deshacerse de su padre.

—Ha dicho que no se acordaba, como tampoco de si Santa-Cruz le habia dado polvos ú otras drogas, ni si Santa-Cruz le habia dicho que sabia el medio de hacerla rica.

Se le han manifestado ocho cartas, y requerida que declarase á quien las escribia.

— Ha dicho, que no lo tenia presente.

Interrogada porque habia firmado un vale de treinta mil libras á favor de Santa-Cruz.

—Ha dicho que para tener esta cantidad á salvo de sus acreedores y poder disponer de ella siempre que la necesitase; que al efecto poseia un recibo de Santa-Cruz, que habia perdido en su viage, y que su marido nada sabia de este vale.

Interrogada si habia firmado el vale antes ó despues de la muerte de sus hermanos.

—Ha dicho que no lo tenia presente, y que esto importaba muy poco.

Interrogada si conocia á un boticario llamado Glazer.

—Ha dicho que habia estado tres veces en su casa á causa de sus fluxiones.

Interrogada porque habia escrito á Theria que se apoderase de la arquilla.

—Ha dicho que no sabia lo que querian decir.

Interrogada porque escribiendo á Theria, le decia que estaba perdida si no se apoderaba de la arquilla y del proceso.

—Ha dicho que no se acordaba.

Interrogada si durante su viage á Offemont habia advertido los primeros síntomas de la enfermedad de su padre.

—Ha dicho que en su viage á Offemont

en 1666 no habia reparado que su padre estuviera enfermo, ni á la ida ni á la vuelta.

Interrogada si habia tenido algun comercio con Penautier.

—Ha dicho que no habia tenido mas comercio con Penautier que el de treinta mil libras que éste le debia.

Interrogada como y cuando Penautier le era deudor de estas treinta mil libras.

—Ha dicho que su marido y ella habian prestado diez mil escudos á Penautier, que éste les habia devuelto aquella cantidad, y que despues del reembolso no habian tenido mas relaciones con él.

La marquesa se atrincheraba, como se vé, en un sistema completo de denegacion; transportada á Paris y continuado su nombre en el registro de los presos de la Conserjeria, perseveró en el mismo sistema; pero poco se tardó en añadir nuevos cargos á los ya terribles que la abrumaban.

El alguacil Cluet declaró:

Que viendo que Lachaussee servia de lacayo al consejero d' Aubray, y que habiéndole visto tambien al servicio de Santa-Cruz, dijo á la señora de Brinvilliers que si el lugarteniente civil supiera que La-

chaussee habia servido á Santa-Cruz, era seguro que no lo hubiese admitido; y que entonces dicha señora de Brinvilliers esclamó:

—No se lo digais, por Dios, á mis hermanos, porque le harian apalear, y vale mas que lo que ha de ganar otro lo gane él. — Por consiguiente, que nada dijo á los dichos SS. d' Aubray, aunque veia como Lachaussee iba todos los dias á casa de Santa-Cruz y á casa de la susodicha señora de Brinvilliers, quien alhagaba á Santa-Cruz para obtener su arquilla, y para que la devolviese su billete de dos ó tres mil doblones otramente ella le hubiese hecho dar de puñaladas; que habia dicho que por el mundo entero no quisiera que se viese lo que la arquilla contenia, pues eran cosas de suma importancia y que solo á ella interesaban. El testigo añadió que despues de haber sido abierta la arquilla habia ido á decir á la espresada señora que el comisario Picard habia dicho á Lachaussee que se habian encontrado cosas estraordinarias; que entonces la Sra. de Brinvilliers, poniéndose colorada, varió de conversacion. El la preguntó si era cómplice, á lo

cual respondió:—¿Yo, y porqué? Y luego añadió, como si hablase para sí:—Es preciso que Lachaussee marche á Picardía.—Dice tambien el declarante que desde mucho tiempo iba ella detras de Santa-Cruz para conseguir la arquilla, y que á haberlo conseguido le hubiera hecho asesinar. Añade ademas el testigo, que habiendo dicho á Briancourt que Lachaussee estaba preso y que sin duda diria cuanto sabia, Briancourt habia respondido, aludiendo á la señora de Brinvilliers:—Esa muger está perdida.—Que habiendo dicho la señorita d' Aubray que Briancourt era un bribon, habia éste respondido que la señorita d' Aubray aun no sabia cuanto le debia, pues él habia impedido que envenenasen á ella y á la esposa del lugarteniente civil. Tambien ha oido decir á Briancourt que la Sra. de Brinvilliers decia á menudo que no faltaban medios para deshacerse de las gentes que nos desagradan, y que con un caldo se les podia disparar un pistoletazo.

La muchacha Edma Huet, por otro nombre Briscien, declaró:

Que Santa-Cruz iba todos los dias á

casa de la marquesa de Brinvilliers, y que en una arquilla que pertenecia á aquella señora, habia visto dos cajitas que contenian sublimado en polvo y en pasta, lo cual habia conocido muy bien porque era hija de un boticario. Añade que un dia en que la Sra. de Brinvilliers habia comido en reunion y estaba alegre, le enseñó una cajita, diciéndole: — Con esta caja puede uno vengarse de sus enemigos; es pequeña, pero está rebosando herencias. — Que entónces le habia dejado la caja entre las manos, pero que muy pronto, disipándose aquella alegria, esclamó. — ¡Ay de mí, que te he dicho! no se lo cuentes á nadie. — Que Lambert, capellan de la casa, le habia dicho que él habia llevado las dos cajitas á la Sra. de Brinvilliers, de parte de Santa-Cruz; que Lachaussee iba á menudo á su casa; y que no habiéndole pagado á ella diez doblones que la marquesa de Brinvilliers le estaba debiendo, fué á quejarse á Santa-Cruz y le amenazó que diria lo que habia visto al lugarteniente civil, en vista de lo cual le dieron los diez doblones; que Santa-Cruz y dicha Sra. de Brinvilliers llevaban siempre consigo un

veneno, para hacer uso de él en caso que fueran cojidos.

Lorenzo Perrette, que vivia en casa del boticario Glazer, declaró:

Que habia visto muchas veces en casa de su amo á una señora acompañada de Santa-Cruz; que el lacayo le habia dicho que aquella señora era la marquesa de Brinvilliers; que él apostaría la cabeza de que solo iban á casa Glazer para hacerle confeccionar venenos; que cuando iban allí dejaban su carruaje en el sitio de la feria de San German.

La señorita Maria de Villeray, que estaba al servicio de la susodicha Sra. de Brinvilliers, declaró:

Que despues de la muerte del consejero M. d' Aubray fué á encontrar á la mencionada Sra. de Brinvilliers y le habló en secreto; que Briancourt le habia dicho que la espresada señora daba la muerte á las gentes honradas y que él, tomaba contraveneno todos los dias para que no le emponzoñasen; y que solo á esta precaucion debia sin duda el hallarse todavía con vida, pero que siempre temia que le asesinasen, porque ella le habia

descubierto su secreto tocante al envenenamiento; que se debia avisar á la señorita d' Aubray á quien querian envenenar tambien, siendo de temer igual designio con el ayo de los niños de M. Brinvilliers. Añade Maria de Villeray que dos dias despues de la muerte del consejero, y estando Lachaussee en el cuarto de la Sra. de Brinvilliers, se anunció Cousté, secretario del difunto lugarteniente civil, que ella entonces escondió á Lachaussee al lado de su cama. Lachaussee traia una carta de Santa-Cruz para la marquesa.

Francisco Desgrais, oficial de gendarmes, declaró: que habiendo ido de real órden á Lieja para capturar á la Sra. de Brinvilliers, encontró debajo su cama una arquilla que selló; que dicha Sra. le pidió un papel que estaba en la arquilla, diciendo que contenia su confesion, pero que él se lo reusó; que durante el camino que siguieron juntos para Paris, la Sra. de Brinvilliers le habia dicho que Glazer era quien, en su concepto, confeccionaba los venenos de Santa-Cruz; pues que en una cita que le dió éste en S. Honorato, le enseñó

cuatro botellitas diciendole: — He aquí lo que Glazer me ha enviado; que, como ella le pidiese una, Santa-Cruz le habia respondido que antes quisiera morir que dársela. Añade que el alguacil Antonio Barbier le habia entregado tres cartas que la Sra. de Brinvilliers escribia á Theria.

Que en la primera apremiaba á éste para que sin demora acudiese á libertarla de las manos de los soldados que la escoltaban.

En la segunda le decia que la escolta solo se componia de ocho personas en grupo, que podian ser derrotadas por cinco hombres decididos.

En la tercera, que si no podia ir á sacarla de las manos de los que la conducian, se dirigiese á lo menos al comisario, que matase el caballo de su ayuda de cámara y dos de los cuatro caballos del coche que la conducia; que tomase la arquilla y el proceso, y lo arrojase todo al fuego; que de no hacerlo así estaba perdida sin remedio.

El alguacil Laviolette declaró:

Que en la misma noche de su arresto la Sra. de Brinvilliers habia intentado tra-

garse un largo alfiler; que él se lo impidió, diciéndole que esto era muy ruin; que ya veia que todo cuanto decian de ella era verdad, y que habia envenenado efectivamente á toda su familia: á lo cual contestó que si lo habia hecho, era solo porque la habian mal aconsejado, y que por otra parte no son buenos todos los momentos.

Antonio Barbier, alguacil, declaró:

Que estando la Sra. de Brinvilliers en la mesa, intentó tragarse un pedazo del vaso en que bebia; y que como él se lo impidiese, le dijo ella que si queria salvarla le haria su fortuna; que ella habia escrito varias cartas á Theria; que durante el viaje habia hecho todo lo posible para tragar vidrio, tierra, ó alfileres; que le habia propuesto degollar á Desgrais, y matar al ayuda de cámara del señor comisario; igualmente que se apoderase de la arquilla y la quemase; que habia escrito á Penautier de la Conserjeria, cuya carta le entregó, y que él fingió llevársela.

Finalmente, Francisca Rousel declaró:

Que estando al servicio de la Sra. de Brin-

villiers, cierto dia esta señora le dió á comer dulce de grosellas, de cuyas resultas se sintió indispuesta inmediatamente. Que le dió ademas una rabanada de jamon húmedo, que comió, padeciendo desde entonces crueles dolores en el estómago, que á poco de haberlo comido se sintió como si la hubiesen pinchado el corazon y habia estado tres años de este modo, creyendo que la habian envenenado.

Difícil era continuar en el mismo sistema de absoluta denegacion contra tales pruebas. Con todo, la marquesa de Brinvilliers persistió en sostener que estaba inocente, y M. Nivelle, uno de los mejores abogados de aquella época, consintió en encargarse de su causa.

Con un talento admirable rebatió uno por uno todos los cargos de la acusacion; confesando, empero, los adúlteros amores de la marquesa con Santa-Cruz, negaba que tuviese parte alguna en los asesinatos de los SS. d' Aubray padre é hijos, que él atribuia enteramente á la venganza que Santa-Cruz habia querido hacer en ellos. En cuanto á la confesion, que era el mas

fuerte y, segun él, el único cargo que podia oponerse á la Sra. de Brinvilliers, rechazó la validez de semejante testimonio con hechos sacados de otros casos parecidos, en los cuales el testimonio que los reos emitian contra sí mismos no habia sido admitido en virtud de este axioma de legislacion: *Non auditus perire volens.*

Citó tres ejemplos, y como no dejan de tener interes, los copiamos textualmente de su memoria.

Primer ejemplo.

Domingo Soto, famoso canonista y célebre teólogo, que era confesor de Carlos V, y habia asistido á las primeras conferencias del Concilio de Trento bajo el pontificado de Paulo III, propone la cuestion de un hombre que habia perdido un papel en el cual habia escrito sus pecados. Sucedió que un juez eclesiástico encontró aquel papel, y habiendo querido con este documento informar contra el que lo habia escrito, fué justamente castigado por su superior, en razon á que la confesion es una cosa tan sagrada, que aun la materia que se desti-

na para hacerla, debe quedar sepultada en un eterno silencio.

El siguiente fallo, sacado del *Tratado de los confesores* de Rodrigo Acuño, célebre arzobispo portugués, fué pronunciado en virtud de esta proposicion. Un catalan, natural de la ciudad de Barcelona, condenado á muerte por un homicidio del que estaba confeso y convicto, no quiso confesarse cuando llegó la hora del suplicio. Por mas instancias que le hicieron se resistió con tanta obstinacion sin dar razon alguna de sus repulsas, que todo el mundo se persuadió de que aquella conducta, atribuida á la turbacion de su espíritu, era causada por el temor de la muerte.

Refiriéndose aquella obstinacion á Santo Tomas de Villanueva, arzobispo de Valencia, en cuya capital debia verificarse la ejecucion, el digno prelado tuvo entonces la caridad de ir él mismo para persuadir al reo á que se confesase. Pero quedó muy sorprendido cuando habiendo preguntado al reo que motivos tenia para no querer confesarse, contestó éste porque detestaba á los confesores ya que habia sido

condenado á consecuencia de la denuncia que el suyo habia hecho del homicidio que le revelara en confesion, y del cual nadie tenia conocimiento; pues confesándose habia declarado su delito é indicado el parage donde habia enterrado su víctima, con todos los demas pormenores del crimen, y su confesor reveló luego todas las circunstancias, que no pudo negar, siendo de resultas condenado. Que solo en su última hora habia sabido lo que ignoraba cuando se confesó, es decir, que su confesor era hermano del muerto, y que el deseo de venganza habia inducido á este mal sacerdote á revelar su confesion.

Santo Tomás de Villanueva vió en esta declaracion un incidente de mucha mas importancia que el proceso mismo, en el que solo se trataba de la vida de un particular, al paso que se comprometia el del honor de la Religion, cuyas consecuencias eran infinitamente mas interesantes. Creyó que era preciso informarse de la verdad de esta declaracion: hizo llamar al confesor, y habiéndole convencido de este crimen de revelacion, obligó á los jueces que habian condenado al acusado, á revocar su sen-

tencia absolviéndole; lo cual se efectuó con admiracion y aplausos del público.

En cuanto al confesor, fué condenado á un castigo ejemplar, que Santo Tomás de Villanueva suavizó en consideracion á la pronta confesion que de su crimen habia hecho, y sobre todo á la ocasion que habia dado de patentizar el respeto que los jueces mismos deben tener á las confesiones.

Ejemplo segundo.

En 1579 un tabernero de Tolosa mató solo, y sin saberlo nadie de la casa á un estranjero que habia hospedado en ella, enterrándolo secretamente en la bodega. Este miserable, perseguido por sus remordimientos, confesóse de este asesinato, declarando todas las circunstancias, y aun indicó á su confesor el parage donde habia enterrado el cadáver. Los parientes del difunto, despues de haber practicado todas las pesquisas posibles para saber de él, hicieron publicar por la ciudad que darian una recompensa considerable á la persona que les descubriese su parade-

ro. El confesor, tentado por el cebo de la cantidad prometida, avisó secretamente que no habia mas que buscar en la bodega del tabernero y que allí se encontraria el cadáver. Encontróse, en efecto, en el paraje indicado. El tabernero encarcelado y aplicado al tormento, confesó su crímen; pero despues de esta confesion sostuvo siempre que su confesor era el único que podia haberle vendido.

Entonces el parlamento, indignado del conducto de que se habian valido para descubrir la verdad, declaró inocente al acusado mientras no se presentasen otras pruebas que dejasen de fundarse en la denuncia del confesor.

En cuanto á éste fué condenado á ser ahorcado y arrojado despues al fuego, tanto era lo que el tribunal habia reconocido en su sabiduría la importancia de dejar ileso un sacramento indispensable á la salvacion.

Ejemplo tercero.

Una muger armenia habia inspirado una violenta pasion á un jóven turco; pero la honestidad de la muger opuso por mucho

tiempo un obstáculo insuperable á los deseos del amante. En fin, no guardando ya ningun miramiento, la amenazó que mataria á ella y á su marido sino condescendia con sus deseos. Temerosa ella de esta amenaza, de cuya pronta ejecucion estaba mas que segura, finjió rendirse, y dió al turco una cita en su casa y en un momento en que le dijo que su marido estaria ausente; pero en el instante convenido apareció el marido, y aunque el turco iba armado con un sable y dos pistolas, las cosas se pasaron de tal modo que los esposos tuvieron la fortuna de matar á su enemigo, y lo enterraron en su casa sin que nadie lo supiese.

Algunos dias despues de este suceso, fueron á confesarse con un sacerdote de su comunion, y le revelaron aquella trágica historia con todos sus detalles. Aquel indigno ministro del Señor, creyendo que en un pais sometido á las leyes mahometanas, donde el carácter del sacerdocio y las funciones del confesor son ignorados ó proscritos, no se indagaria el orígen de las revelaciones que él hiciese á la justicia, y que su testimonio tendria el

mismo peso que el de cualquiera otro delator; resolvió, pues, sacar partido de las circunstancias en provecho de su avaricia. Desde entonces visitó frecuentemente al marido y á la muger, haciéndose prestar cada vez sumas considerables, amenazándoles que descubriria su crímen si no le daban cuanto les pedia. En un principio tuvieron que ceder aquellos desgraciados á las exigencias del sacerdote; pero al fin, despojados de todo lo que poseian, se vieron obligados á reusarle la cantidad que les exigia. Fiel el sacerdote á la amenaza que habia hecho, fué al momento á denunciarlos al padre del difunto para sacar mas dinero. Este, que adoraba á su hijo, se presentó al Visir: le dijo que él conocia los asesinos de su hijo por la denuncia del sacerdote con quien se habian confesado, y le pidió justicia; pero esta denuncia no produjo el efecto que esperaba, antes bien el Visir se sintió tan compadecido de los desgraciados armenios, como indignado contra el sacerdote que los habia vendido.

Entonces haciendo pasar al acusador en un aposento que daba al divan, llamó al

Obispo armenio para pedirle que cosa era la confesion, que castigo merecia el sacerdote que la revelase, y cual se imponia á aquéllos cuyos crímenes se hubiesen descubierto por este medio. El Obispo respondió que el secreto de la confesion era inviolable, que la justicia de los cristianos mandaba quemar á cualquiera sacerdote que la revelase, y absolvia á los acusados; porque la confesion que el delincuente hacia al sacerdote era un precepto de religion, so pena de eterna condenacion.

Satisfecho el Visir con esta respuesta, le hizo retirar á otro aposento, y llamó á los acusados para saber de su boca las circunstancias del caso; aquellos infelices echáronse casi muertos á los pies del Visir, y la muger tomando entonces la palabra, hizo presente que solo la necesidad de defender su honor y su vida les habia puesto las armas en las manos y habia dirigido los golpes que derribaran á su comun enemigo; añadió que solo Dios habia sido testigo de su crímen, el cual fuera oculto todavía, á no estar obligados por la ley de este mismo Dios á depositar su

secreto en el seno de uno de sus ministros para obtener su remision; pero que la insaciable avaricia del sacerdote los habia denunciado, despues de haberles reducido á la mayor miseria.

El Visir hizo que pasasen á otro tercer aposento, y mandó llamar al sacerdote denunciador, en cuya presencia hizo que el obispo repitiese lo que antes habia dicho; y luego aplicando una de las penas al delincuente, le condenó á ser quemado vivo en la plaza pública, mientras llegaba el tiempo, añadió, de ser quemado en el infierno, en donde no podia dejar de recibir el castigo de sus perfidias y de sus crímenes.

La sentencia fué ejecutada sin demora.

A pesar del efecto que el abogado se prometia causar con estos tres ejemplos, sea que los jueces los recusasen, sea que prescindiendo de la confesion estimasen suficientes las otras pruebas, lo cierto es que al observar el giro que tomaba el proceso, todo el mundo opinó que la marquesa seria condenada. En efecto, el juéves por la mañana, el dia 16 de julio de 1676, aun antes que se pronunciase la sentencia, vió la marquesa entrar en su prision á

M. Pirot, Dr. de la Sorbona, enviado por el primer presidente. Este digno magistrado, previendo el fallo que iba á pronunciarse, y creyendo que no debia aguardarse la última hora para mandar quien asistiese á una muger tan delincuente, habia llamamado á este digno sacerdote; y aunque éste le observó que en la Conserjería habia dos capellanes destinados para estos casos, añadiendo que él se sentia harto débil para tan penosa tarea, pues no podia ver ni siquiera sangrar á una persona sin sentirse indispuesto, el primer presidente habia insistido tanto, repitiendo que tenia necesidad en esta ocasion de un hombre en quien pudiera depositar toda su confianza, que finalmente aceptó tan triste mision.

En efecto, el mismo primer presidente confesó que, á pesar de lo familiarizado que estaba á ver delincuentes, la Sra. de Brinvilliers estaba dotada de una fortaleza tan estraordinaria que le imponia. La víspera del dia en que llamara á M. Pirot, habia trabajado en este proceso desde la mañana hasta la noche, por el espacio de trece horas, y la acusada habia sido careada con Briancourt, uno de los testigos que mas la

culpaban. En el mismo dia, tuvo lugar otro careo de cinco horas, y ella habia sostenido entrambos careos con tanto respeto hácia los jueces como altivez hácia al testigo, echándole en cara que era un miserable criado, entregado á la embriaguez, y que habiendo sido despedido de su casa por su mala conducta, no podia ser válido su testimonio. No le quedaba pues al primer presidente otra esperanza de doblegar aquella alma inflexible, que valerse de un ministro de la religion; porque no bastaba ajusticiarla en la Greve, era preciso que sus venenos muriesen con ella; de lo contrario ningun alivio conseguia la sociedad con su muerte.

El Dr. Pirot se presentó á la marquesa con una carta de su hermana, que, como hemos dicho, era una religiosa del convento de San Jaime, llamada Maria, quien exortaba en esta carta á la Sra. de Brinvilliers del modo mas tierno y afectuoso á tener confianza en este digno prelado, y á mirarlo no solo como un apoyo, sino tambien como un amigo.

Cuando Mr. Pirot se presentó á la acusada, acababa esta de dejar el banquillo donde

habia permanecido tres horas sin haber confesado nada, y sin inmutarse; por lo cual el primer presidente, despues de haber cumplido con los deberes de juez, le habia hablado como cristiano, manifestándole lo deplorable de su situacion, puesto que se presentaba por última vez ante los hombres, y debia comparecer muy en breve ante Dios; y tales cosas le dijo para enternecerla, que las lágrimas le embargaron la voz, y hasta los jueces mas inflexibles lloraron al escucharle. Apenas la marquesa divisó al Doctor, sospechando que su proceso se encaminaba á la muerte, se adelantó hácia él, diciéndole:

—Con que es el señor quien viene para.....

Interrumpiéndola el padre Chavigny que acompañaba á M. Pirot:

—Señora, le dijo, empezemos por orar.

Arrodilláronse los tres, dirijieron una invocacion al Espíritu-Santo; la marquesa de Brinvilliers pidió entonces á los asistentes otra para la Virgen, y concluida ésta se acercó al Doctor y volviendo á su frase, le dijo:

—Sois vos seguramente, señor, el que

me envia el primer presidente para consolarme; con vos debo pasar los pocos instantes que me quedan de vida. Hace rato que estaba impaciente por veros.

—Señora, respondió el Doctor, vengo á prestaros todos los servicios que caben en lo espiritual; ciertamente hubiera deseado conoceros en ocasion mas favorable.

—Señor, replicó la marquesa sonriéndose, es preciso conformarse á todo.

Y luego, dirigiéndose al padre Chavigny:

—Padre mio, continuó, os quedo sumamente obligada por haberme presentado el señor y por cuantas visitas habeis tenido la bondad de hacerme; os suplico que rogueis á Dios, por mí. En adelante ya no hablaré sino con el señor, pues tengo que tratar con él asuntos que solo se discuten mano á mano. A Dios pues, padre mio, él recompensará los cuidados que habeis tenido la bondad de prestarme.

A estas palabras se retiró el padre, y dejó á la marquesa sola con el Doctor y con los dos hombres y la muger que la habian siempre custodiado.

Pasábase esto en un vasto aposento situado en la torre de Montgommery, y que cogia todo su frente. Habia en el fondo una cama con cortinas de un color pardo para la señora, y otra de correas para la asistenta. Este aposento era el mismo en que habia estado encerrado en otro tiempo, segun decian, el poeta Theófilo, y todavía se veian junto á la puerta unos versos suyos escritos de su puño.

Apenas conocieron los dos hombres y la muger el objeto á que el Doctor habia venido, se retiraron al fondo del aposento, y dejaron á la marquesa en libertad para pedir y recibir los consuelos que le llevaba el hombre de Dios. La marquesa y el Doctor se sentaron entonces enfrente uno de otro. La marquesa, que se creia ya condenada, entabló la conversacion siguiendo aquella idea; pero el Doctor le dijo que no estaba juzgada todavía, que no sabia precisamente cuando se pronunciaria el fallo, y aun menos cual seria; pero la marquesa interrumpiéndole:

—Señor, le dijo, no me da cuidado el porvenir; si no se ha fallado mi sentencia pronto se fallará. Creo recibir esta mañana

la noticia de ello, y no me prometo otra cosa que la muerte; la sola gracia que espero del señor primer presidente es una dilacion entre la sentencia y la ejecucion; porque, en fin, si me ajusticiasen hoy mismo poco tiempo tendria para prepararme; y conozco, señor, que tengo necesidad de ello.

El Doctor, que no esperaba oir estas palabras, se alegró infinito de verla poseida de tan resignados sentimientos. En efecto, ademas de cuanto el primer presidente le habia dicho, el padre Chavigny le habia insinuado el domingo precedente que era probable fuese condenada á la pena capital; y que si debian creerse los rumores que corrian por la ciudad, podia comenzar á recogerse. A estas palabras habia quedado de pronto muy sobrecogida, y le habia dicho asustadísima:

—¿Y qué, padre mio, habré de morir quizá de resultas de este negocio?

Y como él probase sosegarla con algunas palabras de consuelo, ella se levantó al momento, y meneando la cabeza, contestó con aire altivo:

—No, no, padre mio, no hay necesi-

dad de que me tranquiliceis, voy á tomar mi partido ahora mismo, y sabré morir con fortaleza.

Y habiéndole dicho el padre que la muerte no era una cosa á la que pudiese uno disponerse tan pronto ni con tanta facilidad, y que era menester al contrario, prevenirla de lejos, para que no pudiese sorprendernos, le habia respondido que ella no necesitaba mas que un cuarto de hora para confesarse, y un segundo para morir. El Doctor quedó pues agradablemente sorprendido, cuando vió el cambio que del domingo al jueves se habia efectuado en sus sentimientos.

—Si, continuó, despues de un momento de pausa, cuanto mas lo reflexiono, mas me voy convenciendo de que no tendria bastante con un dia para hallarme en estado de presentarme ante el tribunal de Dios, para ser juzgada por él despues de haberlo sido por los hombres.

—Señora, respondió el Doctor, ignoro cual será vuestra sentencia, ni cuando se pronunciará; pero aun cuando fuese una sentencia de muerte y que se diese hoy mismo, me atrevo á responderos que no

será ejecutada hasta mañana. Pero por incierta que sea la sentencia de muerte apruebo mucho que esteis preparada para todo lo que pueda acontecer.

—¡Oh! en cuanto á mi muerte, es harto segura, repuso ella, y no puedo lisonjearme con una esperanza inútil. Sé que debo haceros una confianza absoluta de toda mi vida; pero antes de abriros mi pecho permitidme, padre mio, que os pregunte qué idea os habeis formado de mí y cuál es vuestro parecer acerca de lo que debo ejecutar en el estado en que me encuentro.

—Os habeis adelantado á mi pensamiento, respondió el Doctor y habeis prevenido lo que queria deciros. Antes de entrar en el secreto de vuestra conciencia, ni de establecer la discusion de vuestros asuntos con Dios, me alegro, señora de poderos indicar algunas reglas sobre las cuales podreis regiros. Yo no sé todavía si sois culpable, y suspendo mi juicio sobre todos los crímenes que se os imputan, porque nada puedo saber sino por vuestra confesion. Por lo tanto debo dudar todavía si sois ó no delincuente; pero no puedo ignorar de l

que es os acusa : esta acusacion es pública, y ha llegado á mi noticia ; porque, continuó el Doctor, ya podeis figuraros, señora, que vuestro asunto ha hecho mucho ruido, y que son muy pocas las personas que ignoren algo de él.

— Sí, sí, contestó sonriéndose, ya sé que se habla mucho de mí. y que soy la fábula del pueblo.

— Por consiguiente, replicó el Doctor, el crímen que se os imputa es el de envenenamiento, y debo deciros que si efectivamente lo habeis cometido, como se cree, no podeis esperar perdon delante de Dios, sino declarais á vuestros jueces cual es vuestro veneno, cual su composicion, cual su antídoto, y cuales vuestros cómplices. Es preciso, señora, pasar á cuchillo á todos estos malvados, sin que escape uno solo ; porque si los perdonarais, pudieran continuar sirviéndose de vuestro veneno y entonces fuerais culpable de cuantos asesinatos se cometiesen despues de vuestra muerte, por no haberlos denunciado á los jueces durante vuestra vida; por manera que pudiera decirse que sobrevivís á vos misma, puesto que vuestro crímen os

sobreviviria. Ademas, ya sabeis, señora, que si el pecado acompaña á la muerte, jamás obtiene perdon, y que para conseguir la remision de vuestro crímen, si sois criminal, es preciso que éste muera antes que vos; porque si no lo matais, señora, pensadlo bien, él será quien os mate.

—Si señor, convengo en ello, dijo la marquesa despues de un momento de silencio y de reflexion, y sin confesar por esto que yo sea culpable, os prometo, si lo soy, que pesaré bien vuestras máximas. Con todo, señor, quisiera proponeros una cuestion y atended que su resolucion me es muy necesaria. ¿Hay algun crímen, señor, que no sea irremisible en esta vida? ¿Hay acaso pecados que por su enormedad y por su número infinito no se atreve la iglesia á redimirlos, por manera que, si la justicia de Dios puede contarlos, no puede absolverlos su misericordia? No tomeis á mal señor que empiece por esta pregunta, porque seria inútil que me confesase si no tuviera que esperar.

—Me complazco en creer, señora, respondió el Doctor, contemplando á pesar suyo á la marquesa como espantada, que

vuestra pregunta no pasa de una tesis general que me proponeis, y que ninguna relacion tiene con el estado de vuestra conciencia. Por lo tanto responderé á vuestra cuestion sin aplicarosla de ningun modo. No, señora, no hay pecados por enormes que sean, y por infinito que sea su número que no puedan redimirse en esta vida. Esto es un artículo de fé, y tanto que no moririais católica si de ello dudaseis. Es verdad que algunos doctores han sostenido en otro tiempo lo contrario; pero han sido condenados como herejes. No hay mas pecados irremisibles que la desesperacion y la impenitencia final; pero estos pecados son pecados de muerte y no de vida.

— Señor, respondió la marquesa, Dios me hace la gracia de estar convencida de cuanto me decis, pues creo que puede redimir todos mis pecados, y creo tambien que ha ejercido muchas veces este poder conmigo. Ahora todo mi temor solo consiste en que quiera aplicar su bondad á un sér tan miserable como yo, y á una criatura que tan indigna se ha hecho de las mercedes que le ha concedido.

El Doctor la tranquilizó del mejor modo que pudo y al mismo tiempo que hablaba con ella se puso á examinarla con detencion. « Era una muger, dice, naturalmente intrépida y de grande ánimo, y parecia haber nacido con una imaginacion bastante dulce y muy honrada; con cierto aire de indiferencia para todo, su carácter era vivo y penetrante, concibiendo las cosas con facilidad y espresándolas con precision, en pocas palabras y con exactitud; siempre encontraba un espediente para evadirse de un paso intrincado, y tomaba al instante su partido sobre las cosas mas enredadas; por lo demas, inconstante, sin apego á nada, y de un carácter desigual y poco sostenido, se impacientaba si se le hablaba muchas veces de una misma cosa, y esto fué lo que me obligó, continua el Doctor, á variar de vez en cuando de objeto para no tenerla ocupada mucho tiempo sobre un mismo asunto, al cual volvia, sin embargo, fácilmente dándole un nuevo jiro, y proponiéndolo bajo otro aspecto. Hablaba poco y bastante bien; pero sin estudio ni afectacion; se dominaba perfectamente, y

no decia mas de lo que queria : á juzgarla por su semblante y por su conversacion nadie la habria creido una persona tan malvada como aparecia serlo por la confesion pública de su parricidio. Sorprendente es en verdad , y por lo cual se deben adorar los juicios de Dios cuando abandona el hombre á sí mismo, ver una alma que teniendo en su naturaleza algo de grande, mucha sangre fria en los mas imprevistos accidentes, una firmeza inalterable, y una resolucion capaz de arrostrar la muerte y de sufrirla si necesario hubiese sido , fuera capaz de cometer tan atroces delitos cuales se encuentran en el atentado parricida que confesó ante los jueces. Nada en su rostro se descubria que indicase tanta maldad : tenia el cabello castaño y muy espeso , la cara redonda y bastante regular; ojos azules , benignos y muy hermosos; su piel era de una estraordinaria blancura , y tenia la nariz apolina ; todas sus facciones eran agradables; mas sin embargo , su semblante no era de los mas seductores: ya habia en él algunas arrugas y manifestaba mas años de los que realmente tenia. Desde nuestra primera

conversacion tuve ocasion de pedirle que edad tenia: Señor, me contestó, si viviese hasta el dia de Santa-Magdalena tendria cuarenta y seis años. En este dia vine al mundo y me pusieron el nombre de aquella Santa, bautizándome con el de Maria-Magdalena. Pero aunque este dia dista poco, no viviré hasta aquel dia; es preciso que esto se acabe de hoy á mañana á mas tardar, y me harian una gracia si quisieran diferirlo un dia; gracia que espero contando con la palabra que me habeis dado.—Hubiérase creido, al verla, que tenia cuarenta y ocho años, y á pesar de la dulzura que naturalmente respiraba su semblante, cuando le pasaba algun disgusto por la imaginacion, lo manifestaba con un gesto que daba miedo de mirar, y de vez en cuando la observaba con unas convulsiones que denotaban la indignacion, el desden y el despecho. Se me olvidaba decir que su estatura era muy pequeña y diminuta.

« Esta es poco mas ó menos la descripcion de su cuerpo y de su espíritu, que pude formar en muy poco tiempo, habiéndome puesto á observarla desde luego, pa-

ra arreglar en seguida mi conducta, segun lo que hubiese notado.„

La marquesa, en medio del primer bosquejo de su vida que trazaba á su confesor, se acordó que él no habia dicho misa todavía, y ella misma le avisó de que ya era hora de hacerlo, indicándole la capilla de la Conserjeria, y pidiéndole la dijese por ella y en honor de Nuestra-Señora, á fin de obtener que la Vírgen, á quien ella habia siempre tomado por patrona, y á quien en medio de sus crímenes y de sus escesos habia tenido siempre una devocion particular, intercediera con Dios por ella; y como no podia bajar con el sacerdote, le prometió que asistiria á la misa con el pensamiento.

Serian las diez y media de la mañana cuando el sacerdote la dejó, y en cuatro horas solamente que habian conversado juntos, habia logrado, con la ayuda de su tierna piedad y moral persuasiva, que la marquesa le hiciese ciertas confesiones, que ni las amenazas de los jueces ni el temor del tormento habian podido arrancarla; asi fué que dijo la misa muy santa y devotamente, rogando al Señor sostu-

viese con la misma fortaleza al confesor y á la paciente.

Despues de la misa entró en la Conserjeria, y al tomar un poco de vino, supo por un librero de palacio, llamado Seney, que se encontraba allí por casualidad, que la Señora de Brinvilliers habia sido sentenciada y que debian cortarle el puño. Este rigor del parecer fiscal, que, se mitigó mas adelante en la sentencia, le inspiró un interés mas vivo hácia su penitente y volvió á subir al momento para reunirse con ella.

Tan pronto como vió la marquesa que la puerta se abria, se adelantó hácia él con serenidad, y le preguntó si habia rogado por ella; y cuando el sacerdote se lo hubo asegurado: Padre mio, le dijo, ¿no tendré el consuelo de recibir el viático antes de morir?

—Señora, respondió el Doctor, si sois condenada á muerte morireis seguramente sin recibirlo, y os engañaria si os hiciese esperar esta gracia. En la historia se ha visto morir al Condestable de San-Pablo, sin poder obtener este favor, por mas instancias que hizo para que no le privaran de él. Fué ejecutado en la Greve á la vista

de los campanarios de Nuestra-Señora, é hizo allí su oracion, como vos podreis hacer la vuestra, si os aguarda la misma suerte. No hubo mas, y Dios, en su bondad, permite que esto baste.

—Pero me parece, padre mio, dijo la marquesa, que los SS. de Saint-Mars y de Thou comulgaron antes de morir.

—No lo creo, respondió el Doctor; cuando esto no lo refieren ni las Memorias de Montresor, ni ningun otro de los libros que hablan de su ejecucion.

—¿Y el señor de Montmorency? dijo ella.

—¿Y el señor de Marillac? replicó el Doctor.

Efectivamente, si se habia concedido esta gracia al primero, rehusóse al segundo, y el ejemplo impresionó tanto mas á la marquesa, en cuanto el Sr. de Marillac pertenecia á su propia familia, teniendo ella á mucho honor este parentesco. Sin duda ignoraba que el Sr. de Rohan hubiese comulgado en la misa que dijo de noche el padre Bordaloue para la salvacion de su alma, porque no habló de ello, y se contentó con la respuesta del Doctor suspirando.

—Por otra parte, continuó éste, aunque me citeis, señora, algun ejemplar, no podeis fundaros en él, pues las escepciones no son leyes. Os engañaria si os lisonjease con un privilejio especial; las cosas seguiran el curso ordinario y se procederá con vos como se acostumbra con los demas sentenciados. ¿Que diriais, pues, si hubierais nacido y muerto en el tiempo de Cárlos VI? Entonces los delincuentes morian sin confesion, y hasta despues del reinado de este monarca no cesó tamaño rigor. Por lo demas, señora, no es absolutamente preciso comulgar para salvarse, bien que se puede comulgar espiritualmente leyendo la palabra, que es como el cuerpo que se une á la Iglesia, que es la substancia mística de Jesucristo, y sufriendo con él y para él, esta última comunion del suplicio que sufris, es para vos, señora, la mas perfecta de todas. Si detestais vuestro crimen de todo corazon, si amais á Dios con toda vuestra alma, si teneis fé y caridad, vuestra muerte será un martirio y como un segundo bautismo.

—¡Ay de mi! esclamó la marquesa, segun eso, señor, ya que para salvarme era

preciso la mano del verdugo, que hubiese sido de mi alma á haber muerto en Lieja! Y aun cuando me hubiera escapado y vivido veinte años fuera de Francia, ¡cual hubiese sido mi muerte si para santificarla se necesitaba nada menos que el cadalso! Ahora conozco, señor, todos mis yerros y considero como el último y mayor de todos el descaro con que contesté á los jueces. Pero, á Dios gracias, nada se ha perdido todavia, pues si tengo que sufrir otro interrogatorio, prometo hacer en él una entera confesion de toda mi vida. En cuanto á vos, señor, continuó, os ruego que en mi nombre pidais encarecidamente perdon al primer presidente: ayer, estando yo en el banquillo, me dijo unas cosas tan patéticas que me enternecieron; pero me esforcé á ocultar la conmocion que sentia, creyendo que mientras faltase mi confesion, no habria pruebas bastantes para condenarme. No ha sucedido así y mis jueces se escandalizarian seguramente por la osadía que manifesté en aquella ocasion. Pero confieso mi falta y la repararé. Añadid, os suplico, que léjos de tener resentimiento alguno contra el

primer presidente por la sentencia que debe pronunciar hoy contra de mí, ni de quejarme del promotor-fiscal que la ha pedido, doy humildemente las gracias á entrambos, puesto que mi salvacion dependia de ella.

El Doctor iba á responder para alentarla en este sentido cuando se abrió la puerta: era la una y media y traian la comida. La marquesa, interrumpiéndose, hizo sus preparativos con tanta tranquilidad cual si estuviera haciendo los honores en su casa de campo. Luego hizo que se sentaran á la mesa los dos hombres y la muger que la custodiaban, y volviéndose al Doctor le dijo: Perdonad, señor, si os tratamos sin ceremonia; estas buenas gentes comen siempre conmigo para acompañarme, y lo mismo haremos hoy si lo permitis. Es la última comida, añadió, que debo hacer con ellos. Y dirigiéndose á la muger:—Mi buena señora Rus, dijo, hace tiempo que os estoy incomodando; pero tened un poco de paciencia y pronto dejaré de incomodaros. Mañana seguramente podreis ir ya á Dravet, para lo cual tendreis bastante tiempo; pues que de aquí á siete

ú ocho horas ya no tendreis que ocuparos de mí, porque estaré en manos del Señor, y no os será permitido acercaros donde yo estuviere. Desde aquel instante podreis marcharos para no volver, pues no creo que tengais valor para verme ajusticiar.

Todo esto lo decia ella con voz sosegada, y sin asomo de arrogancia; y luego como de vez en cuando aquellas gentes volviesen el rostro para ocultar sus lágrimas, hacia un ademan de compasion hácia ellas. Viendo entonces que los manjares quedaban sobre la mesa y que nadie comia, convidó al Doctor á que tomase la sopa, pidiéndole que disimulase si el conserje, por haber puesto berzas en ella, habia hecho una sopa comun é indigna de serle ofrecida. En cuanto á ella tomó un caldo y dos huevos pasados por agua, pidiendo á los convidados que la escusasen sino les servia, pues no podia tener á su alcance ningun cuchillo ni tenedor.

A la mitad de la comida suplicó al Doctor le permitiese beber á su salud. El doctor correspondió á esta fineza bebiendo á la suya, de cuya condescendencia que-

dó ella muy satisfecha. — Mañana, dijo, dejando el vaso en la mesa, es vigilia; y aunque será para mí un dia de mucha fatiga, pues tendré que sufrir el tormento y la muerte, no quiero quebrantar los mandamientos de la Iglesia comiendo de carne.

— Señora, respondió el doctor, si necesitaseis un poco de caldo para alentaros, podreis tomarlo sin escrúpulo, porque entonces no lo habreis tomado por delicadeza sino por necesidad, y la ley de la Iglesia no es obligatoria en este caso.

— Si lo necesito y me dais vuestro permiso, replicó la marquesa, lo tomaré; mas no creo que sea necesario. No obstante, hoy á la hora de cenar, bien tomaria un caldo mas sustancioso que el de costumbre, y otro á media noche. Esto, y dos huevos frescos pasados por agua que tomaré despues del tormento, me bastará para pasar el dia de mañana.

« Ciertamente, dice el sacerdote en la relacion de donde sacamos todos estos pormenores, me sobrecojí, estremeciéndome interiormente al ver como ordenaba al

Conserje con tanta sangre fria que el caldo fuese mas sustancioso que el de costumbre, y que le tuviesen preparadas dos tazas para media noche. Acabada la comida, prosigue M. Pirot, le dieron el papel y tinta que habia pedido, y me dijo que antes de hacerme tomar la pluma y suplicarme que escribiese lo que ella me dictase, tenia que escribir una carta.„

Esta carta, que la embarazaba sumamente, decia ella, y despues de la cual estaria mas despejada, era para su marido. En aquel momento manifestó tanta ternura para con él, que el Doctor, considerando cuanto habia pasado, quedó muy sorprendido; y queriendo probarla, la dijo que aquella ternura que demostraba no era recíproca, puesto que su marido la habia abandonado durante todo el proceso; pero interrumpiéndole la marquesa:

—Padre mio, le dijo, es preciso no juzgar las cosas por las apariencias. Brinvilliers ha entrado siempre en mis intereses, y no me ha faltado sino cuando ya nada podia hacer; nuestra correspondencia siguió sin interrupcion durante todo el tiempo que estuve fuera del reino;

y no dudeis que hubiese venido á París tan luego como supo mi prision, si sus negocios le hubiesen permitido hacerlo con seguridad; pero sabed que está abrumado de deudas, y que no puede dejarse ver aquí sin que sus acreedores le hagan prender. No, no: creed que no es insensible á mi desgracia.

Dicho esto se puso á escribir la carta, y cuando la hubo concluido, la presentó al Doctor, diciéndole: Señor, hasta la hora de mi muerte, sois vos el dueño absoluto de mis sentimientos; leed esta carta, y si encontrais algo en ella que deba mudarse, decídmelo.

Hé aquí la carta tal como la escribió:

„Ha llegado el momento en que voy á entregar mi alma á Dios, y he querido antes aseguraros de la amistad que os profeso, y que será toda vuestra hasta el último momento de mi vida. Os pido perdon de todo lo que he hecho contra vos; muero con la muerte ignominiosa que me han reservado mis enemigos. Yo los perdono de todo corazon, y os ruego que los perdoneis tambien. Espero igualmente que me perdonareis la infa-

mia que vá á recaer sobre vuestro apellido; pero pensad que es corto el tiempo que permanecemos en la tierra, y que dentro de poco, tal vez, tendreis que comparecer ante Dios á darle estrecha cuenta de todas vuestras acciones, hasta de las palabras ociosas, cual yo voy á hacerlo ahora. Cuidad de vuestros negocios temporales y de nuestros hijos, dándoles vos mismo el ejemplo; consultad para eso á madama Marillac y á madama Cousté.

Haced rezar por mi alma tantas misas como os sea posible, y estad seguro de que muero enteramente vuestra.

D' Aubray.„

El Doctor, despues de haber leido atentamente esta carta, hizo observar á la marquesa la inoportunidad de una de las frases que contenia: esta frase era la que se referia á sus enemigos.

—Señora, le dijo, no teneis otros enemigos que vuestros crímenes; aquéllos á quienes designais bajo este nombre, son los que aprecian la memoria de vuestro padre y hermanos, y que por lo mismo deberiais estimar.

—Pero, señor, respondió la marquesa, los que han precipitado mi muerte dejan acaso de ser mis enemigos? ¿y no es un sentimiento cristiano perdonarles su persecucion?

—Señora, replicó el Doctor, ellos no son enemigos vuestros. Vos sois el enemigo del género humano, y nadie lo es vuestro; porque no puede pensarse en vuestro crímen sin horror.

—Por eso, padre mio, dijo ella, no conservo ningun resentimiento contra ellos, y quisiera ver en el paraiso á las personas que mas contribuyeron á prenderme y á conducirme aquí.

—¿Qué quereis decir con eso señora? respondió el Doctor. Esto es lo que comunmente suele decirse cuando se desea la muerte á alguién. Esplicaos pues, os lo suplico.

—Dios me libre, padre mio, de entenderlo así, replicó la marquesa. Dios les dé, al contrario, larga prosperidad en esta vida, y dicha y gloria infinitas en la otra. Servíos dictarme, pues, otra carta, y la escribiré como gusteis.

Despues de escrita la nueva carta,

la marquesa ya no quiso pensar en otra cosa mas que en su confesion; al intento rogó al Doctor que tomase la pluma á su vez, porque, le dijo, he cometido tantos pecados y tantos crímenes, que con una simple confesion verbal, no estaria segura de la exactitud de la cuenta.

Entonces se arrodillaron entrambos para implorar al *Espíritu-Santo*; y, despues de haber rezado un *Veni-Creator* y una *Salve-Regina*, levantóse el Doctor y se sentó en frente de una mesa, mientras que la marquesa arrodillada rezaba un *Confiteor* y empezaba su confesion.

El padre Chavigny, que era el que habia acompañado por la mañana al doctor Pirot, se presentó á las nueve de la noche; y aunque esta visita incomodó un tanto á la marquesa, le recibió ésta sin embargo con el semblante risueño.

—Padre mio, le dijo, no creia veros tan tarde; perdonad si os suplico que me dejeis todavía algunos instantes con el Señor.—El padre se retiró.—¿A que ha venido? preguntó entonces la marquesa, volviéndose al Doctor.

—Para que no quedeis sola.

—¡Como! ¿que vais á dejarme? respondió la marquesa con un sentimiento que indicaba hasta terror.

—Haré lo que gusteis, señora, respondió el Doctor; pero si me permitieseis retirarme á mi casa por algunas horas, os lo agradeceria; entre tanto el padre Chavigny os acompañará.

—¡Ah! señor, esclamó ella, con que os vais despues de haberme prometido que no me dejariais hasta el último instante! esta mañana os he visto por la primera vez, y desde luego habeis tomado mas influencia en mi corazon que ninguno de mis antiguos amigos.

—Señora, respondió el Doctor, haré lo que querais. Si os pedia un momento de reposo, era solo para volver á emprender mañana con mas rigor la mision de que estoy encargado, y prestaros un servicio mucho mas eficaz de lo que pudiera en otro caso. Sin tomar algun descanso todo cuanto pueda deciros será lánguido. Vos suponeis que mañana será vuestra muerte; quizá lo acerteis, en cuyo caso mañana ha de ser vuestro gran dia, vuestro dia decisivo, y en el cual vos y yo ten-

dremos necesidad de todas nuestras fuerzas. Hace ya trece á catorce horas que estamos trabajando juntos para vuestra salvacion; mi complexion es bastante débil, y mucho me temo, señora, que si no me concedeis un poco de descanso, me falte mañana la fortaleza necesaria para asistiros hasta el fin.

—Lo que acabais de manifestarme, señor, dijo la marquesa, me convence. En efecto, el dia de mañana será para mí mucho mas importante que el de hoy, y ciertamente no soy razonable; es preciso, pues, que descanseis esta noche. Concluyamos tan solo este articulo y repasemos lo escrito.

Iba á retirarse el Doctor, cuando trajeron la cena, y la marquesa no permitió que se fuera sin tomar alguna friolera; y mientras tanto, dijo ella al Conserje, que enviase por un coche y lo pusiese en su cuenta. En cuanto á ella, tomó un caldo y dos huevos. Un instante despues, volvió á entrar el Conserje, diciendo que el coche estaba pronto; la marquesa se despidió entonces del Doctor, haciéndole prometer que rogaria por ella, y que á las seis del dia siguiente estaria en la Conser-

jeria. El Doctor le dió palabra de que así lo haria.

Al dia siguiente, al entrar en la torre, encontró al Padre Chavigny, que le habia reemplazado durante la noche, junto á la marquesa, arrodillado con ella y rezando una oracion. El sacerdote lloraba; pero la marquesa conservaba siempre su entereza, y le recibió con un semblante igual al que tenia cuando la dejó. El padre Chavigny, tan pronto como vió al Doctor, se retiró. La marquesa se encomendó á sus oraciones, y quiso hacerle prometer que volveria; pero el padre no se comprometió á ello. La marquesa, dirigiéndose entonces al Doctor:—Señor, le dijo, veo que sois puntual y en verdad que no puedo quejarme de vuestra puntualidad; pero, sabe Dios, cuanto tiempo hace que deseaba volveros á ver, y cuanto han tardado hoy á dar las seis!

— Pues aquí me teneis, señora, respondió el Doctor; pero ante todo decidme ¿cómo habeis pasado la noche?

— He escrito tres cartas, respondió la marquesa, que, aunque cortas, me han ocupado mucho tiempo: una para mi herma-

no, otra para la señora de Marillac, y la tercera para M. Cousté. Hubiera deseado enseñaróslas, pero el padre Chavigny ha ofrecido que se encargaria de ellas; y como las ha hallado corrientes, no me he atrevido á hablarle de mi escrúpulo. Despues, continuó la marquesa, hemos hablado un rato, y hemos orado; mas luego sintiéndome cansada, he pedido al padre si me permitiria echarme un poco sobre la cama; y como me dijese que sí, he descansado dos horas largas sin sueño ni inquietud; cuando he dispertado hemos rezado algunas oraciones que concluíamos cuando habeis entrado.

Y bien, señora, dijo el Doctor, si os parece podremos continuarlas; arrodillaos, y recemos el *Veni Sancte Spiritus*.

La marquesa obedeció al momento, y rezó aquella oracion con mucho fervor; luego, acabada la oracion, M. Pirot tomó la pluma y se preparó á continuar escribiendo la confesion; pero: Señor, le dijo ella, permitid que antes de proseguir os esponga una duda que me inquieta. Ayer me infundisteis grandes esperanzas en la misericordia de Dios; sin embargo no ten-

go la presuncion de creer que pueda salvarme sin permanecer antes muchísimo tiempo en el purgatorio; mi crímen es demasiado atroz para que pueda lisonjearme conseguir su perdon sino bajo esta condicion; y aunque sintiese hácia Dios un amor infinitamente mayor del que puedo sentir, no podria aspirar á ser recibida en el Cielo sin pasar por el fuego que debe purificar mis manchas, y sin sufrir las penas merecidas por mis pecados. Pero he oido decir, señor, que la llama de aquel lugar donde las almas no arden sino por un tiempo determinado, es en un todo parecida á la del infierno, en donde los condenados deben arder por toda una eternidad; decidme, pues, os suplico, de que modo puede un alma que entra en el purgatorio en el mismo instante de la separacion de su cuerpo, conocer si el fuego que la devora sin consumirla, acabará algun dia, ya que el tormento que padece en nada se diferencia del de los condenados, y que las llamas que la queman son de la misma calidad que las del infierno. Quisiera, señor, que me esplicaseis esto para no tener dudas en aquel terrible

trance, y saber desde luego si debo esperar ó desesperar.

—Habeis acertado, señora, respondió el Doctor; Dios es demasiado justo para añadir la pena de la duda, á la que impone. En el instante en que el alma se separa del cuerpo se efectua un juicio entre Dios y ella; oye la sentencia que la condena ó la palabra que la absuelve; sabe si está en gracia ó en pecado mortal; ve si Dios debe arrojarla al infierno para siempre jamas, ó si la confina al purgatorio por un tiempo determinado. En el momento en que la cuchilla del verdugo os tocará, oiréis, señora, esta sentencia, á menos de que, ya enteramente purificada en esta vida por el fuego de la caridad, vayais en el acto, sin pasar por el purgatorio, á recibir la recompensa de vuestro martirio entre los bienaventurados que rodean el trono del Altísimo.

—Es tal, Señor, la fé que tengo en vuestras palabras, que ya me parece estar oyendo todo esto: quedo satisfecha.

El Doctor y la marquesa volvieron entonces á emprender la confesion que interrumpieran en la víspera. La marquesa

durante la noche habia traido á la memoria algunos artículos que hizo añadir á los anteriores; y continuaron así, deteniéndose el Doctor, cuando los pecados eran muy grandes, para hacerle decir un acto de contricion.

Al cabo de hora y media, vinieron á decirla que bajase, porque el escribano de cámara la esperaba para leerle la sentencia. Recibió esta noticia con mucha calma, permaneciendo arrodillada como estaba; y volviendo solamente la cabeza, dijo sin alteracion alguna en su voz:—Al momento; permitidnos una palabra con el Señor, y luego estoy á vuestras órdenes. —Continuó efectivamente, dictando al Doctor el fin de su confesion con suma tranquilidad, y cuando creyó haber acabado, le suplicó que la acompañase á rezar una breve oracion, para que Dios le concediese delante de los jueces, á quienes habia escandalizado, un arrepentimiento igual á su pasada osadía. Cuando hubieron concluido, tomó su velo y un libro de oraciones, que el padre Chavigny, le habia dejado, y siguió al Conserje, que la condujo hasta el cuarto del tormento,

que era donde se le debia leer la sentencia.

Se empezó por el interrogatorio acostumbrado, que duró cinco horas, y en el cual dijo la marquesa todo cuanto habia prometido decir, negando que tuviese cómplices; y afirmando que desconocia así la composicion de los venenos que administraba, como su antídoto. Concluido el interrogatorio, viendo los jueces que no podrian sacar otra cosa, indicaron al escribano que leyese la sentencia; ella la escuchó en pié: estaba concebida en estos términos:

„ Visto por el tribunal, salas primeras de Alcaldes, etc., á consecuencia de la sentencia requerida por dicha d'Aubray de Brinvilliers, el parecer del fiscal de S. M., interrogada la susodicha d'Aubray sobre los casos que resultan del proceso, el tribunal ha declarado y declara á la mencionada d'Aubray de Brinvilliers confesa y convicta de haber envenenado á su padre el Señor Dreux d'Aubray, y hecho envenenar á sus hermanos los SS. d'Aubray, lugarteniente civil el primero, y consejero en el Parlamento el segundo, y atentado con-

tra la vida de su hermana Teresa d'Aubray; en reparacion de lo cual ha condenado y condena á la antedicha d'Aubray de Brinvilliers á dar una pública satisfaccion delante la puerta principal de la Iglesia de Paris, donde será conducida en un carreton, con los piés descalzos, una soga al cuello y sosteniendo con sus manos una hacha encendida de dos libras de peso, y allí, arrodillada dirá y declarará que ha envenenado á su padre, hecho envenenar á sus dos hermanos, y maquinado contra la vida de su hermana, por maldad, por venganza y para apoderarse de sus bienes, de lo cual debe decir que se arrepiente, pidiendo perdon á Dios, al Rey, y á la Justicia; y hecho esto, será llevada y conducida en el mencionado carreton á la plaza de la Greve de esta ciudad, para ser allí decapitada sobre un cadalso, que, se erigirá al efecto en dicha plaza; su cuerpo será quemado y aventadas sus cenizas; y aplicado primeramente al tormento ordinario y estraordinario para que revele sus cómplices. Otro sí, la declara privada de las sucesiones de los dichos su padre, hermanos y hermana, desde el dia en que los dichos

crímenes fueron por ella cometidos, y ademas confiscados todos sus bienes adquiridos á favor de quien corresponda en justicia, despues de haberse satisfecho de dichos sus bienes y demas no comprendidos en la confiscacion, una multa de cuatro mil libras para el rey; cuatrocientas libras para decir misas en sufragio de las almas de los referidos su padre y hermanos, en la capilla de la Conserjeria; diez mil libras de indemnizacion á la Señora Mangot, y las costas del proceso, incluyendo las causadas por el del susodicho Amelin, llamado Lachaussee.

„Dado en el Parlamento á 16 de julio de 1676.„

La marquesa escuchó su sentencia hasta el fin sin manifestar pavor ni debilidad; —Caballero, dijo dirijiéndose al escribano de cámara, tened la bondad de volver á leer la sentencia; el carreton, que ciertamente no esperaba, me ha sorprendido de tal suerte que no he oido nada de lo demás.

El escribano volvió á leer la sentencia; y como desde aquel instante la marquesa pertenecia al ejecutor, se presentó éste; reconociólo la marquesa al ver que traia

una cuerda en las manos, y le alargó al momento las suyas, mirándole impasible de piés á cabeza sin decir una palabra. Entonces se retiraron los jueces unos tras otros y se pusieron de manifiesto los diferentes aparatos del tormento. La marquesa paseó la vista sin alterarse sobre aquellos caballetes y aquellas terribles argollas que habian dislocado tantos miembros y arrancado tantos gritos, y divisando los tres cubos de agua preparada para ella, se dirigió al escribano, porque no queria hablar con el verdugo, diciéndole con una sonrisa: — Para que tanta agua, caballero, pretendeis ahogarme? ¿porque, atendida mi estatura no es probable que pueda engullirla toda. — El verdugo, sin responderle, empezó por quitarle su chal y sucesivamente las demas piezas del vestido, hasta desnudarla enteramente; luego la condujo junto á la pared y la hizo sentar en el caballete del tormento ordinario, que tenia dos pies de alto.

Allí preguntaron de nuevo á la marquesa por el nombre de sus cómplices, cual era la composicion del veneno y cual su antídoto para combatirlo; pero respon-

dió lo mismo que al Doctor Pirot, añadiendo solamente:

—Si no me creeis bajo mi palabra, mi cuerpo está en vuestras manos y podeis torturarlo.

Con esta respuesta el escribano hizo seña al verdugo para que pasase adelante.

Este empezó por atar los piés de la marquesa á dos anillos colocados enfrente de ella, el uno junto al otro, y fijados en el suelo; luego, echándole el cuerpo hácia atrás, le ató ambas manos á dos fuertes anillos fijados en la pared, que estaban unos tres piés distantes el uno del otro. De este modo, la cabeza se hallaba á la misma altura que los piés, mientras que el cuerpo, sostenido por un caballete describia una media curba, como si estuviese echado sobre una rueda. Para aumentar mas la tirantez de los miembros, el verdugo dió dos vueltas á un manubrio que obligó á los piés, que estaban como un pié distantes de los anillos, á aproximarse hasta seis pulgadas.

Aquí tambien abandonaremos nuestra relacion para reproducir el proceso verbal.

«Colocada sobre el caballete, y du-

rante el estrujon, ha dicho muchas veces:

—¡Oh Dios mio! ¡me matais! y sin embargo he dicho la verdad.

«Se le ha echado agua, se le ha agitado y removido, y ha dicho estas palabras:

—¡Me matais!

«Amonestada entonces para declarar á sus cómplices, ha dicho que solo un hombre le habia pedido, hacia unos diez años, un veneno para deshacerse de su muger; pero que aquel hombre habia muerto.

«Se le ha echado agua, se ha meneado y removido un poco, pero no ha querido hablar.

«Se le ha echado agua, se ha meneado un poco y tampoco ha querido hablar.

«Amonestada de nuevo, diciéndole que sino tenia cómplices, porque habia escrito desde la Conserjeria á Penautier, instándole á que hiciese por ella todo cuanto pudiese, atendido á que en este negocio los intereses de entrambos eran comunes:

«Ha dicho que nunca habia sabido que Penautier estuviese en inteligencia con Santa-Cruz para sus venenos; y que si

decia lo contrario mentiria á su conciencia; pero que como en la arquilla de Santa-Cruz se habia encontrado un billete dirigido á Penautier, á quien ella habia visto frecuentemente con Santa-Cruz, creyó que la amistad que reinaba entre ambos podia estenderse hasta el comercio de venenos; que, en esta duda, se habia arriesgado á escribirle como si hubiese estado cierta de ello, persuadida de que este paso, en nada podria perjudicarle; porque, ó Penautier era cómplice de Santa-Cruz ó no lo era: si lo primero, debia creer que ella podia comprometerle y por consiguiente haria todo lo imaginable para librarla de manos de la justicia; y si lo segundo, su carta no seria mas que una carta perdida.

„Se le ha echado agua otra vez, se le ha meneado y removido mucho; pero ha repetido que sobre este punto nada mas podia añadir á lo que ya habia dicho; porque si otra cosa decia, cargaria su conciencia.„

Concluido el tormento ordinario la marquesa habia ya engullido la mitad de aquella agua que le pareciera suficiente

para ahogarla ; el verdugo descansó , para proceder al tormento extraordinario. En consecuencia sustituyó al caballete de dos piés y medio, sobre el cual estaba tendida, otro de tres piés y medio, que hizo pasar por debajo los riñones , dando al cuerpo mayor combadura ; y como esta operacion se hizo sin aflojar la cuerda , los miembros tuvieron que dilatarse de nuevo , y las ataduras , estrechándose al rededor de las muñecas y de los tobillos, penetraron en las carnes hasta el punto de hacer manar la sangre. El tormento, que habia sido interrumpido por las preguntas del escribano y las respuestas de la paciente, volvió pues á empezar ; y en cuanto á sus gritos , parecia que ni los oian siquiera.

« Puesta sobre el gran caballete , y durante el estirajon, ha dicho muchas veces:

« — ¡Oh Dios mio! ¡me desmembrais! ¡perdon Señor! ¡Tened compasion de mí!

« Requerida si tenia otra cosa que decir sobre sus cómplices :

« Ha contestado que podian matarla , pero que no diria una mentira, que seria la perdicion de su alma.

« Por lo cual se le ha echado agua, se le ha meneado y se ha doblado un poco, pero no ha querido hablar.

« Amonestada para que revelase la composicion de sus venenos y el antídoto que les era propio:

« Ha dicho que ignoraba las substancias de que se formaban; que solo se acordaba de que entraban sapos en su composicion; que Santa-Cruz nunca le habia revelado el secreto; aunque ella opinaba, que el boticario Glazer, y no Santa-Cruz, era quien los preparaba; que se acordaba de que algunos de ellos no eran otra cosa que arsénico enrarecido; que en cuanto al contra-veneno, no conocia otro que la leche; que Santa-Cruz le habia dicho que con tal que se hubiese bebido de ella por la mañana, y se tomase una taza de la capacidad de un vaso en los primeros síntomas que se esperimentasen, nada habia que temer.

« Requerida que dijese si tenia alguna cosa que añadir:

« Ha dicho que habia confesado todo cuanto sabia, que ahora podian matarla; pero que ya no diria nada mas.

« Por lo que se le ha echado agua, se la ha agitado un poco y ha dicho que se moria; pero no ha querido hablar.

« Se le ha echado agua y se le ha meneado y removido; mas inútilmente.

« Al echarle otra vez agua, sin tocarla ni removerla, ha esclamado:

« —¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! ¡soy muerta!

« Pero no ha querido hablar mas.

« Por lo cual, dejando de atormentarla, se la ha desatado, bajado, y conducido cerca del fuego, del modo acostumbrado.

Junto á aquel fuego, que ardia en la chimenea del Conserje, y tendida sobre el colchon del tormento, fué como la volvió á encontrar el Doctor, quien no sintiéndose con bastantes fuerzas para presenciar semejante espectáculo, le habia pedido el permiso de dejarla para decir en su auxilio una misa, á fin de que Dios le concediese paciencia y fortaleza.

Ya se ha visto que el digno sacerdote no habia orado en vano.

—¡Ah! Señor, le dijo la marquesa apenas le vió, hace mucho tiempo que de-

seaba volveros á ver para consolarme con vos. ¡ Que largo y doloroso ha sido el tormento! ¡pero es la última vez que he de tratar con los hombres, y ahora ya solo debo ocuparme de Dios. Mirad mis manos, señor, mirad mis piés ¿ no es verdad que están desgarrados y magullados, y que el verdugo me ha herido en los mismos parajes en donde lo fué Jesucristo?

— De este modo señora, respondió el sacerdote, estos dolores son en este momento una felicidad para vos; cada tortura es un grado que os aproxima al cielo. Así pues es menester, como vos decis, no ocuparos sino de Dios; es preciso dirigirle todos vuestros pensamientos y todas vuestras esperanzas; debeis pedirle como el rey penitente, que os conceda un lugar en el cielo entre sus elegidos; y como nada impuro puede penetrar allí, trabajemos, señora para quitar de vos todas las manchas que pudieran impediros la entrada.

Entonces la marquesa se levantó ayudada del Doctor, pues apenas podia sostenerse, y se adelantó bamboleando entre él y el verdugo; pues este último, que se habia apoderado de ella luego de ha-

berle leido la sentencia, ya no debia dejarla hasta despues de ajusticiada. Entraron los tres en la capilla, y penetrando en el recinto del coro, el Doctor y la marquesa se arrodillaron para adorar al Santo Sacramento. En aquel instante, algunas personas curiosas se presentaron en la nave de la capilla, y como distrajeran á la marquesa, el verdugo cerró la reja del coro é hizo pasar á la penitente detras del altar. Allí se sentó en una silla, y el Doctor se sentó en un banco situado al lado opuesto, enfrente de ella. Solo entonces fué cuando mirándola á la luz de la ventana de la capilla, notó el cambio que se habia efectuado en ella. Su semblante, que regularmente era pálido, estaba inflamado, sus ojos ardientes y calenturientos, y todo su cuerpo tiritaba con inusitados estremecimientos. El Doctor quiso decirla algunas palabras para consolarla, pero ella, sin escucharle:

—¿Sabeis Señor, le dijo, que mi sentencia es muy ignominiosa é infamante? ¿Sabeis que hay fuego en ella?

El Doctor no le contestó; pero ocurriéndole que tendria necesidad de tomar

algo, dijo al verdugo que le hiciese traer un poco de vino. En breve se presentó el carcelero con una taza en la mano; el Doctor la ofreció á la marquesa, que humedeció en ella sus labios y se la devolvió al instante; luego, reparando que tenia el seno descubierto, tomó su pañuelo para cubrirse, y pidió al carcelero un alfiler para prenderlo; pero como éste tardase á dárselo, mirando si lo tenia, creyó ella que quizá temeria de que se lo pedia para tragárselo; y moviendo la cabeza con una triste sonrisa.

—¡Ah! nada teneis que temer ahora, dijo ella, y aquí está el señor que os saldrá garante de que no quiero hacerme ningun daño.

Señora, le dijo el carcelero entregándole lo que pedia, perdonadme si os he hecho aguardar. No ha sido porque desconfiase de vos, os lo juro.

Entonces, arrodillándose delante de ella, le pidió le diera su mano á besar. Ella se la dió al momento, diciéndole que rogase á Dios por ella.

—¡Oh! sí, esclamó él sollozando, lo haré con todo mi corazon.

Entonces ella se prendió el alfiler del mejor modo que pudo, teniendo las manos atadas; y habiéndose retirado el carcelero, y encontrándose sola con el Doctor, le dijo segunda vez:

—¿No lo habeis oido Doctor? Os he dicho que habia fuego en mi sentencia. ¡Fuego!..... ¿Lo comprendeis? Y aunque en ella se dice que mi cuerpo no será quemado sino despues de mi muerte, siempre es una grande infamia para mi memoria. Me evitan el dolor de ser quemada viva, y me salvan así, tal vez, de una muerte desesperada; pero siempre queda la afrenta, y en la afrenta es en lo que pienso.

—Señora, le dijo el Doctor, á vos os debe ser indiferente que vuestro cuerpo sea arrojado al fuego y reducido á cenizas, ó puesto en la tierra y devorado por los gusanos; que lo arrastren y lo arrojen en un muladar, ó que lo embalsamen con los perfumes del Oriente, y que lo depongan en un rico sepulcro. De cualquier modo que acabe resucitará el dia señalado, y si está destinado para ir al cielo, saldrá de sus cenizas mas glorioso que mas

de un regio cadáver que duerme en este momento en féretro dorado. Las exequias son para los que sobreviven, señora, y no para los que mueren.

En este momento se oyó algun rumor en la puerta del coro; el Doctor fué á ver lo que era, y vió que un hombre pugnaba por entrar, luchando casi con el verdugo; se acercó entonces, y preguntó que sucedia: era un sillero á quien la señora de Brinvilliers habia comprado un coche antes de su partida de Francia; le habia pagado una gran parte, quedándole á deber unas mil doscientas libras. Traia el vale que la marquesa le habia firmado, y en el cual estaban fielmente anotadas las diferentes partidas que de ella habia recibido á cuenta. Entonces la marquesa, no sabiendo lo que pasaba, llamó: el Doctor y el verdugo acudieron al punto.

—Vienen ya á buscarme? lés dijo, no me hallo todavia bastante preparada; pero no importa, estoy pronta.

El Doctor la tranquilizó y le refirió lo que habia.

Tiene razon ese hombre, respondió ella; decidle, continuó, dirijiéndose al

verdugo, que daré mis órdenes en cuanto pueda para que sea satisfecho. Luego viendo que el verdugo se alejaba.

—Señor, dijo al Doctor, ¿ha llegado ya la hora de marchar? Mucho favor me harian en darme un poco mas de tiempo; porque si bien estoy pronta, como os decia poco ha, no estoy del todo preparada. Perdonadme padre mio, añadió; pero este tormento y esta sentencia me han trastornado enteramente: este fuego brilla siempre ante mis ojos como el del infierno. Mucho mejor hubiera sido para mi salvacion, que, durante todo este tiempo me hubiesen dejado sola con vos.

—Señora, respondió el Doctor, probablemente tendreis tiempo, á Dios gracias, hasta la noche para recobraros y pensar en lo que falta que hacer.

—¡Oh! no creais esto, señor, dijo ella con una sonrisa; no tendrán tantas consideraciones con una infeliz condenada al fuego; no depende eso de nosotros. Cuando todo esté dispuesto, vendrán á avisarnos que ya es hora, y tendremos que marchar.

—Puedo responderos, señora, re-

plicó el Doctor, de que se os concederá el tiempo necesario.

—No, no, dijo ella con un acento comprimido y febril, no quiero que me aguarden; cuando el carreton esté en la puerta, bastará indicármelo, y bajaré.

—Señora, respondió el Doctor, yo no os detendria si os viese bastante dispuesta á comparecer ante Dios, porque, en vuestra situacion es un acto de piedad no pedir tiempo y partir cuando llegue la hora; pero no están todos tan bien preparados que puedan hacer como Jesucristo que dejó su oracion y dispertó á sus apóstoles para salir del jardin y marchar al encuentro de sus enemigos. Vos estais débil en este momento, y aunque viniesen á buscaros, yo me opondria á vuestra partida.

—Tranquilizaos, señora, el momento no ha llegado todavia, dijo el verdugo, sacando la cabeza junto al altar, quien, habiendo oido la conversacion y creyendo su testimonio irrecusable, queria, en cuanto pudiese, infundir ánimo á la marquesa. No corre prisa, y todavia os quedan de dos á tres horas.

Esta seguridad sosegó algun tanto á la

marquesa de Brinvilliers; y despues de dar las gracias al verdugo, se volvió al Doctor, diciéndole:

—Aquí tengo, Doctor, un rosario que no quisiera que cayese en manos de ese hombre. No porque crea que no puede hacer buen uso de él, pues á pesar del oficio que ejercen creo que esas gentes son cristianas como nosotros ¿no es verdad? Pero no importa, preferiria dejarlo á otro cualquiera.

—Señora, respondió el doctor, decidme á quien deseais que lo entregue?

—No tengo, ¡ay de mi! á nadie mas que una hermana á quien pueda dejarlo; mas temo que al acordarse del crímen que medité contra ella, no se horrorice de tocar cuanto me haya pertenecido. Con todo, si esto no la incomodase, seria para mí de un grande consuelo la idea de que lo llevará despues de mi muerte, y que su vista le recordará que debe rogar por mí; pero despues de lo que ha pasado entre nosotras, este rosario no seria para ella sino el emblema de una memoria odiosa. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡cuan criminal soy! ¿os dignareis perdonarme?

—Creo que os engañais, señora, res-

pondió el Doctor, en lo tocante á la señorita d'Aubray: ya habeis podido conocer por la carta que os ha escrito, cuales son sus sentimientos respecto á vos; rezad pues con este rosario hasta vuestra última hora. Rezad sin descanso y sin distraeros, cual conviene á una criminal que se arrepiente, y os respondo, señora, que el rosario yo mismo lo entregaré, y que será bien recibido.

Y la marquesa, que despues del interrogatorio habia estado constantemente distraida, se puso de nuevo, gracias á la paciente caridad del Doctor, á rezar con tanto fervor como antes.

Estuvo rezando hasta las siete, y en el momento en que daban, vino el verdugo y se puso delante sin decir nada; ella comprendió que habia llegado la hora, y asiendo del brazo al Doctor:—Un momento todavia, dijo, un instante os suplico.

—Señora, respondió el Doctor, levantándose, vamos á adorar la divina sangre en el sacramento, y á rogarle os purifique de todo lo que sea mancha y pecado y asi conseguireis el plazo que deseais.

El verdugo entonces le apretó las cuerdas de las manos que antes habia dejado flojas y casi fluctuantes, y ella fué con paso firme á arrodillarse delante del altar entre el capellan de la Conserjeria y el doctor. El capellan, vestido con un sobrepelliz, entonó en alta voz el *Veni creator*, el *Salve regina*, y *Tantum ergo*. Concluidas estas preces le dió la bendicion del Santísimo Sacramento, que recibió de rodillas y con el rostro pegado en el suelo. Luego despues, salió de la capilla, apoyada del lado izquierdo por el Doctor y del derecho por el criado del verdugo. En esta salida fué cuando esperimentó su primera confusion. Diez ó doce personas la aguardaban; y como se encontró de repente frente de ellas, dió un paso atras, y con las manos atadas procuró taparse la cara con la toca que le cubria la cabeza y lo consiguió en parte. En seguida pasó por un portillo que se cerró detras de ella, de manera que se encontró sola entre dos rejillas, con el Doctor y el criado del verdugo; entonces, de resultas de la violencia que habia tenido que hacer para taparse la cara, se desenebró el rosario, y algu-

nos granos rodaron por el suelo. Sin embargo, continuó adelantándose sin parar en ello la atencion; pero el Doctor la detuvo, y bajándose se puso á recojer los granos con el criado del verdugo, quien reuniéndolos todos en su mano, los puso en las de la marquesa, la cual dándole las gracias con humildad por su atencion: —Señor, le dijo, ya sé que nada poseo en este mundo, que cuanto traigo encima os pertenece, y que nada puedo dar sin vuestro permiso; pero os suplico no tomeis á mal que antes de morir dé este rosario al señor; no perdereis mucho en ello, porque es de poco valor y solo se lo doy para que lo ponga en manos de mi hermana. Permitidme pues, os suplico, que así lo haga.

—Señora, respondió el criado, aunque los vestidos de los sentenciados nos pertecen de costumbre, sois dueña de disponer de cuanto llevais, y aun cuando este rosario fuese de mas valor, podriais hacer de él lo que gustaseis.

El Doctor, que le daba el brazo, sintió que se estremecia al oir esta fineza de parte del criado del verdugo, la cual atendido el carácter altanero de la marquesa,

tenia que ser para ella la cosa mas humillante que se puede imaginar; pero con todo, este movimiento, si lo esperimentó, fué interior, y su semblante nada reveló. En este momento se encontró en el vestíbulo de la conserjería, entre el patio y el primer portillo, en donde la hicieron sentar para ponerla en el estado en que debia presentarse para la pública satisfaccion.

Como á cada paso que daba se acercaba al cadalso, cada acontecimiento le causaba mas viva inquietud. Volviose con angustia, y vió al verdugo con una camisa en la mano. En aquel momento se abrió la puerta del vestíbulo, y entraron en él como cincuenta personas, entre las cuales estaban la señora condesa de Soissons, la señora del Refugio, la señorita de Sandery, M. de Roquelaure y el señor abate de Chimay. A esta vista, la marquesa se puso colorada de vergüenza, é inclinándose hácia el Doctor.

—Señor, le dijo, este hombre va á desnudarme por segunda vez, como lo hizo en el cuarto del tormento? Todos estos preparativos son harto crueles y á pesar mio me desvian de Dios.

Oyóla el verdugo, y aunque habia hablado muy quedo, la tranquilizó, diciéndole que nada le quitarian y que le pondrian la camisa sobre sus vestidos. Entonces se acercó á ella, y como él estaba á un lado y su criado en el otro, la marquesa que no podia hablar con el doctor, le espresaba con sus miradas cuan profundamente sentia toda la ignominia de su situacion; en seguida, cuando el verdugo le puso la camisa, en cuya operacion tuvo que desatarle las manos, le levantó su tocado que ella habia hecho caer, como ya hemos dicho, se lo anudó al cuello, le ató nuevamente las manos, le pasó una cuerda por la cintura y una soga al rededor del cuello; luego arrodillándose delante de ella, le quitó los chapines y las medias. Entonces alargando las manos, hácia el Doctor:

—¡Oh señor! esclamó ya veis como soy tratada; por Dios acercaos y consoladme!

El Doctor se le reunió al punto, y probó á alentarla, sosteniéndole la cabeza sobre su pecho. ¡Oh señor, dijo ella, echando una mirada sobre toda aquella gente que la devoraba con los ojos, ¿no es bien bárbara y estraña esta curiosidad?

—Señora, le respondió el Doctor, con las lágrimas en los ojos, no atribuyais el conato de estas gentes por el lado de la bárbarie y de la curiosidad, aunque tal vez sea su lado verdadero, tomadlo mas bien como una afrenta que Dios os envia en espiacion de vuestros crímenes. Dios, siendo inocente, tuvo que pasar por oprobios mucho mayores, y sin embargo los sufrió con alegría; porque, como dice Tertuliano, „fué una víctima que se engordó en el deleite de los dolores.„ Apenas el Doctor hubo concluido estas palabras, el verdugo puso el hacha encendida en manos de la marquesa, para que la llevase hasta Nuestra Señora, en donde tenia que dar la pública satisfaccion; y como era muy pesada, el Doctor la sostuvo con la mano derecha, mientras que el escribano le leia la sentencia por segunda vez, y que el Doctor hacia cuanto podia para que no la oyese, hablándole de Dios sin cesar. Sin embargo, se puso tan sumamente pálida cuando el escribano le volvió á leer estas palabras: „Hecho esto será llevada y conducida en un carreton, con los pies descalzos, una soga al cuello,

y llevando en sus manos una hacha encendida de dos libras de peso,„ que el Doctor no pudo dudar de que las habia oido, no obstante sus esfuerzos. Mucho peor fué todavia cuando llegó al umbral del vestíbulo, y vió el gran tropel de gente que la esperaba en el patio. Entonces se paró de improviso con el rostro convulsivo, apoyándose en sí misma, como si hubiese querido hundir sus pies en la tierra: señor, dijo al Doctor con un acento fiero y lamentable á la vez; señor, seria posible que despues de lo que está pasando, M. de Brinvilliers tuviese la cobardía de quedar en este mundo?

—Señora, respondió el Doctor, cuando Nuestro Señor tuvo que dejar á sus apostoles no rogó á Dios que los quitase de la tierra, sino que los preservase de caer en el vicio. «Padre mio, dijo, no os pido que los quiteis del mundo, sino que los preserveis de mal;„ por consiguiente, señora, si quereis pedir alguna cosa á Dios para M. de Brinvilliers, sea tan solo para que lo mantenga en su gracia, si está en ella, ó se la conceda en caso contrario.

Pero estas palabras eran inútiles; en

aquel instante la infamia era demasiado pública: arrugose su rostro, frunciéronsele las cejas, echó llamas por los ojos, torciósele la boca, todo su ademan era terrible, y el demonio apareció un instante bajo la cubierta que lo envolvia. Durante este paroxismo, que duró como un cuarto de hora, fué cuando Lebrun, que estaba junto á ella, se impresionó de su fisonomía, conservando de ella un recuerdo tal, que la noche siguiente no pudiendo dormir y teniendo sin cesar aquella figura ante los ojos, hizo el bello dibujo que está en el Louvre, y en frente de este dibujo una cabeza de tigre, para manifestar que los lineamientos principales eran idénticos y que se parecian.

Este retardo en la marcha habia sido ocasionado por la estraordinaria multitud que ocupaba el patio, y que no abrió paso hasta que se presentaron los alguaciles á caballo para despejar. Entonces pudo salir la marquesa, y para que su vista no se estraviase mas en aquel jentio, el Doctor le puso un crucifijo en las manos, mandándole que no apartase los ojos de él. Esto fué lo que hizo hasta llegar á la puerta de

la calle, en donde la aguardaba el carreton; y allí se vió precisada á poner los ojos en el objeto infame que tenia delante.

Este carreton era cabalmente uno de los mas pequeños que pueden verse, sin asiento, con un poco de paja echada en el fondo, y conservando todavía los rastros del lodo y de las piedras que habia transportado; y el pésimo rocin de que iba tirado, completaba maravillosamente la ignominia de aquel equipage.

El verdugo la hizo subir primero, lo cual ella ejecutó con bastante fuerza y rapidez, como para huir de las miradas de los que la rodeaban, y se acurrucó como un animal montés, en el ángulo izquierdo, sentada sobre la paja, y vuelta hácia atrás. El Doctor subió en seguida y se sentó junto á ella en el ángulo derecho; luego subió el verdugo, cerró la tabla de detras y se sentó encima, entrelazando sus piernas con las del Doctor. En cuanto al criado, que estaba encargado de guiar el caballo, se sentó en el travesaño de delante, dando la espalda á la marquesa y al Doctor, con los pies separados y apoyados en las dos varas. En esta po-

sicion, que esplica porque Madama de Sevigne, que estaba sobre el puente Notre-Dame, con la *buena Descars*, no vió mas que un gorro, fué como la marquesa emprendió la marcha para Nuestra-Señora.

No bien hubo dado la comitiva algunos pasos, cuando el semblante de la marquesa, que habia recobrado un poco de tranquilidad, se trastornó nuevamente: sus ojos, que estaban constantemente fijos en el crucifijo, lanzaban fuera del carreton miradas de fuego, y pronto volvieron á tomar un carácter de turbacion y estravío que espantó al Doctor, quien, reconociendo que algo le habria impresionado, y queriendo mantener la calma en su espíritu, le preguntó que habia visto.

—Nada, señor, nada, respondió ella con viveza y volviendo sus miradas hácia al Doctor; no es nada.

—Pero señora, le dijo él, os desmienten vuestros ojos, pues que se vé en ellos hace un momento, un fuego tan diverso del de la caridad, que solo la vista de algun objeto molesto puede haberlo causa-

do. ¿Cual puede ser? hacedme el favor de decírmelo, porque me habeis prometido que me advertiriais de cualquiera tentacion que os viniese.

—Así lo haré, señor, respondió la marquesa, pero esto no es nada.—Y luego, dirigiendo de repente la vista al verdugo, que, como hemos dicho, estaba en frente del Doctor: Señor, le dijo con precipitacion, señor, colocaos delante de mí, os suplico, y tapadme aquel hombre.—Y ella estendió sus dos manos atadas hácia un hombre á caballo que seguia el carreton, reempujando con aquel movimiento el hacha que el Doctor sostuvo, y el crucifijo, que cayó en el suelo. El verdugo, despues de mirar en torno de sí, se puso de lado, como ella lo habia pedido, haciéndole señal de inteligencia con la cabeza, y murmurando en voz baja:—Si, si, ya sé lo que es.—Y como el Doctor insistiese: —Señor, le dijo ella, no es nada que merezca contarse; ciertamente es una debilidad mia que no pueda ahora soportar la vista de una persona que me ha maltratado. Este hombre que habeis visto tocar casi con el carreton es Desgrais, quien me

arrestó en Lieja; y tanto me maltrató durante todo el camino, que no he podido, al verle, dominar el movimiento que habeis advertido.

—Señora, respondió el Doctor, he oido hablar de él, y vos misma me lo habeis citado alguna vez en vuestra confesion; pero considerad que este hombre fué enviado con órdenes severas para prenderos y responder de vos, y por consiguiente tenia razon de guardaros de cerca y de velar con rigor; aun cuando hubiese usado de mas severidad, no habria hecho sino cumplir con su deber. Jesucristo, señora, debia considerar á sus verdugos como ministros de iniquidad que servian á la injusticia, y que ademas se escedian en crueldad á las órdenes que recibieran; y no obstante sufrió su presencia con mansedumbre y alegria durante todo el camino, y rogó por ellos al morir.

Entonces se suscitó en el ánimo de la marquesa un recio combate, que reflejó en su rostro, pero que no duró mas que un instante, volviendo luego á tomar su semblante un aspecto tranquilo y sereno; despues dijo:

—Ciertamente, Señor, me daña mucho esa susceptibilidad: pido por ello perdon á Dios, y os ruego que os acordeis de ello en el cadalso, cuando me deis la absolucion, segun me lo habeis prometido, para recibirla así sobre esto como sobre todo lo demas; luego, volviéndose al verdugo: amigo, continuó, ocupad otra vez vuestro puesto y dejad que vea á M. Desgrais.—El verdugo titubeó en obedecer, pero á una señal que le hizo el Doctor, volvió á colocarse como antes. La marquesa fijó la vista durante algunos segundos en Desgrais con sosegado ademan, rezando en voz baja una plegaria por él; y volviendo en seguida los ojos al crucifijo, púsose de nuevo á orar por sí misma: esto sucedió delante la iglesia de santa Genoveva de los Ardenes.

Entretanto el carreton, aunque con mucha lentitud, continuaba siempre avanzando, y acabó por entrar en la plaza de Nuestra Señora. Los alguaciles hicieron entonces apartar el gentio que la llenaba, y el carreton adelantó hasta las escaleras, en donde se detuvo. Allí bajó el verdugo, quitó la tabla de detras, cojió en sus bra-

zos á la marquesa y la puso en el suelo: el Doctor bajó tras ella, con los pies entumecidos por la posicion forzada en que se habia mantenido desde la Conserjería, subió los escalones de la iglesia, y fué á colocarse á la espalda de la marquesa, que estaba de pié en el átrio delante de la puerta, teniendo un escribano á su derecha y el verdugo á la izquierda; y detras de ella un inmenso gentío que ocupaba la iglesia, cuyas puertas estaban abiertas de par en par. Despues de haberla hecho arrodillar, la entregaron el hacha encendida, que hasta entonces el Doctor habia casi siempre llevado, y el escribano leyó la pública satisfaccion, que llevaba escrita en un papel, y que ella empezó á repetir, pero tan quedo, que el verdugo tuvo que decirle en alta voz: repetid lo que os dice el señor, repetidlo todo. ¡Mas alto! ¡mas alto! — Entonces levantando la voz, con no menos entereza que contricion, repitió la declaracion siguiente.

„Confieso que por maldad y por venganza, envenené á mi padre y hecho envenenar á mis hermanos, y atentado á la

vida de mi hermana para apoderarme de sus bienes, de lo cual pido perdon á Dios, al Rey, y á la Justicia.„

Concluida la pública satisfaccion, el verdugo volvió á tomarla en sus brazos y la transportó en el carreton, dejando ya el hacha; el Doctor subió despues de ella, y cada uno volvió á ocupar el puesto de antes. El carreton prosiguió su camino hácia la Greve: desde este momento hasta que llegó al cadalso, no apartó jamas la vista del crucifijo que el Doctor sostenia con la mano izquierda, y le presentaba incesantemente, exortándola siempre con piadosas palabras, y probando si podia distraerla de los terribles murmullos que se oian al rededor del carreton, y entre los cuales se distinguian fácilmente no pocas imprecaciones.

Al llegar á la plaza de la Greve, se detuvo el carreton á alguna distancia del cadalso; entonces el escribano, que se llamaba M. Drouet, se adelantó á caballo, y dirijiéndose á la marquesa: Señora, le dijo, ¿no teneis nada mas que añadir ó que no hayais manifestado? porque, si teneis alguna declaracion que hacer, los señores

comisarios están reunidos en las casas consistoriales prontos á recibirla.

— Ya lo ois, señora, dijo entonces el Doctor, estamos en el término del viaje, y, gracias á Dios, no os han abandonado las fuerzas en el camino: no perdais el fruto de todo lo que ya habeis sufrido y de todo cuanto os queda todavía que sufrir, callando lo que sabeis, si acaso sabeis mas de lo que habeis manifestado.

— He dicho cuanto sabia, respondió la marquesa, y nada mas puedo añadir.

— Repetidlo pues en alta voz, replicó el Doctor, y haced que todo el mundo lo oiga.

Entonces la marquesa, levantando la voz tanto como pudo, repitió:

— He dicho cuanto sabia, señor, y nada mas puedo añadir.

Concluida esta declaracion, el carreton se aproximó al cadalso; pero la muchedumbre estaba tan apiñada, que el criado del verdugo no podia abrirse paso, no obstante los sendos latigazos que distribuia, y fué preciso detenerse á alguna distancia; en cuanto al verdugo, habia ya bajado y estaba acomodando la escalera.

Durante aquel momento de horrible espectacion, la marquesa miraba al Doctor con aire tranquilo y agradecido, y como se apercibiese de que el carreton paraba:

—Señor, le dijo, no es aquí donde debemos separarnos, pues me habeis dado palabra de no dejarme hasta que todo se haya concluido; espero que me la cumplireis.

—Si, respondió el Doctor, os la cumpliré, señora, y solo el instante de vuestra muerte será el de nuestra separacion: tranquilizaos, pues, no os abandonaré.

Así lo esperaba, respondió la marquesa, porque vuestra promesa era harto solemne para que ni remotamente imaginase que faltaseis á ella. Hacedme pues el favor de subir al cadalso conmigo y á mi lado; y ahora, siendo ya preciso que os dé el último á dios, antes de que lo olvide con tanto como hay que hacer, permitidme que os dé las gracias desde luego, porque, si estoy dispuesta á sufrir la sentencia de los jueces de la tierra y á escuchar la del juez del cielo, lo debo todo á vuestra piadosa solicitud, lo confieso ingenuamente, y solo me resta ya

suplicaros que me disimuleis y me perdoneis las molestias que os he ocasionado: ¿no es verdad que me perdonais? añadió: —A estas palabras, intentó tranquilizarla el Doctor; pero conociendo que si abria la boca prorrumpiria en sollozos, se calló; viendo lo cual la marquesa le repitió por tercera vez: os suplico, señor, que me perdoneis, y que no echeis á menos el tiempo que habeis pasado conmigo: decid en el cadalso un *De profundis* en el instante de mi muerte, y mañana una misa de perdon: me lo prometeis, ¿no es verdad?

—Si señora, dijo el Doctor con voz balbuciente; si, si, perded cuidado, haré cuanto me mandais.

En aquel momento, el verdugo quitó la tabla y sacó á la marquesa del carreton; y como dió con ella algunos pasos hácia el cadalso, todas las miradas se fijaron en ellos, y el Doctor tuvo un instante para enjugarse sus lágrimas mal reprimidas sin que nadie lo notase; al enjugarse los ojos, el criado del verdugo le alargó la mano para ayudarle á bajar. Entretanto la marquesa subia la escalera, acompañada del verdugo, y al llegar á la plataforma,

hizo éste que se arrodillara enfrente de un madero colocado de través; entonces el Doctor, con paso menos firme que ella, fué á arrodillarse á su lado, pero colocado de otra manera á fin de poderle hablar al oido, por manera que la marquesa miraba hácia el rio y el Doctor á la casa del ayuntamiento. Pasado un instante, el verdugo despeinó al reo y le cortó los cabellos por detras y por los lados, haciéndole volver y revolver la cabeza, con bastante brutalidad algunas veces; y aunque esta horrible operacion duró cerca de media hora, no se la oyó ninguna queja, ni dió otra muestra de dolor que las gruesas y silenciosas lágrimas que dejaba escapar. Cuando hubo cortado los cabellos, le rasgó el verdugo, para descubrirle las espaldas, la parte superior de la camisa que le habia puesto por encima de sus vestidos, al salir de la Conserjeria. Finalmente le vendó los ojos, y, alzándole la barba con la mano, le ordenó que mantuviese la cabeza derecha: ella obedeció sin resistencia, escuchando siempre lo que la decia el Doctor y repitiendo de vez en cuando las palabras mas análogas á su si-

tuacion. Mientras tanto el verdugo examinaba frecuentemente su capa que habia dejado en la parte posterior del cadalso, cabe á la hoguera, y entre cuyos pliegues se veia brillar el puño de un largo sable, que habia tenido la precaucion de esconder para que no lo viese la marquesa de Brinvilliers al subir al cadalso; y como, despues de haber dado la absolucion á la marquesa, viera el Doctor, que el verdugo todavía no estaba armado, le dijo las siguientes palabras en forma de oracion, que ella repitió: «Jesus, hijo de David y de María, tened compasion de mí; María, hija de David y madre de Jesus, rogad por mí; Dios mio, abandono mi cuerpo, que no es mas que polvo, y lo dejo á los hombres para que lo quemen, lo reduzcan á cenizas y hagan de él lo que les plazca, con una entera fé de que lo hareis resucitar un dia, y que lo reunireis con mi alma: solo por ella temo; tened á bien, Dios mio, que os la entregue, haced que entre en vuestro reposo y recibidla en vuestro seno, á fin de que vuelva al orijen de donde ha salido; viene de vos, que vuelva á vos; ha salido de vos,

que vuelva á entrar en vos; vos sois su orijen y su principio, sed, ¡oh Dios mio, su centro y su fin!„

Acababa estas palabras la marquesa, cuando el Doctor oyó un golpe sordo, como el que produce una cuchilla cuando se corta carne sobre un tajo: en el mismo instante cesó la voz. El cuchillo habia pasado tan rápidamente, que el Doctor no lo habia visto siquiera brillar; y se detuvo tambien, con los cabellos erizados y con la frente bañada en sudor; porque, como no vió caer la cabeza, creyó que el verdugo habia errado el golpe, y que le seria preciso repetirlo; pero duró poco este temor, porque casi en el mismo instante la cabeza se inclinó del lado izquierdo, resbaló sobre la espalda, y de la espalda rodó hácia atrás, mientras que el cuerpo caia hácia adelante sobre el madero que estaba colocado al través, y puesto de manera que los espectadores viesen el cuello cortado y sangriento: en el mismo instante el Doctor dijo un *De profundis*, como lo habia prometido.

Asi que el Doctor hubo acabado su plegaria, alzó la cabeza y vió delante de

sí al verdugo, que enjugándose el rostro, le decia:

—¡Y bien! señor Doctor, que os ha parecido? no es un golpe maestro el que acabo de dar? En estas ocasiones nunca he dejado de encomendarme á Dios, y siempre me ha asistido: hace muchos dias que esta señora me tenia en cuidado; pero he hecho decir seis misas y me he sentido firmes el corazon y la mano.—A estas palabras buscó debajo su capa una botella que habia llevado al cadalso, bebió un trago, y luego, cojiendo debajo un brazo el tronco de la marquesa vestido como estaba, y con la mano del otro la cabeza, cuyos ojos habian quedado vendados, arrojó lo uno y lo otro sobre la hoguera, á la cual pegó fuego su criado.

«Al dia siguiente, dice madama de Sevigné, se buscaban los huesos de la marquesa de Brinvilliers, porque el pueblo decia que era Santa.»

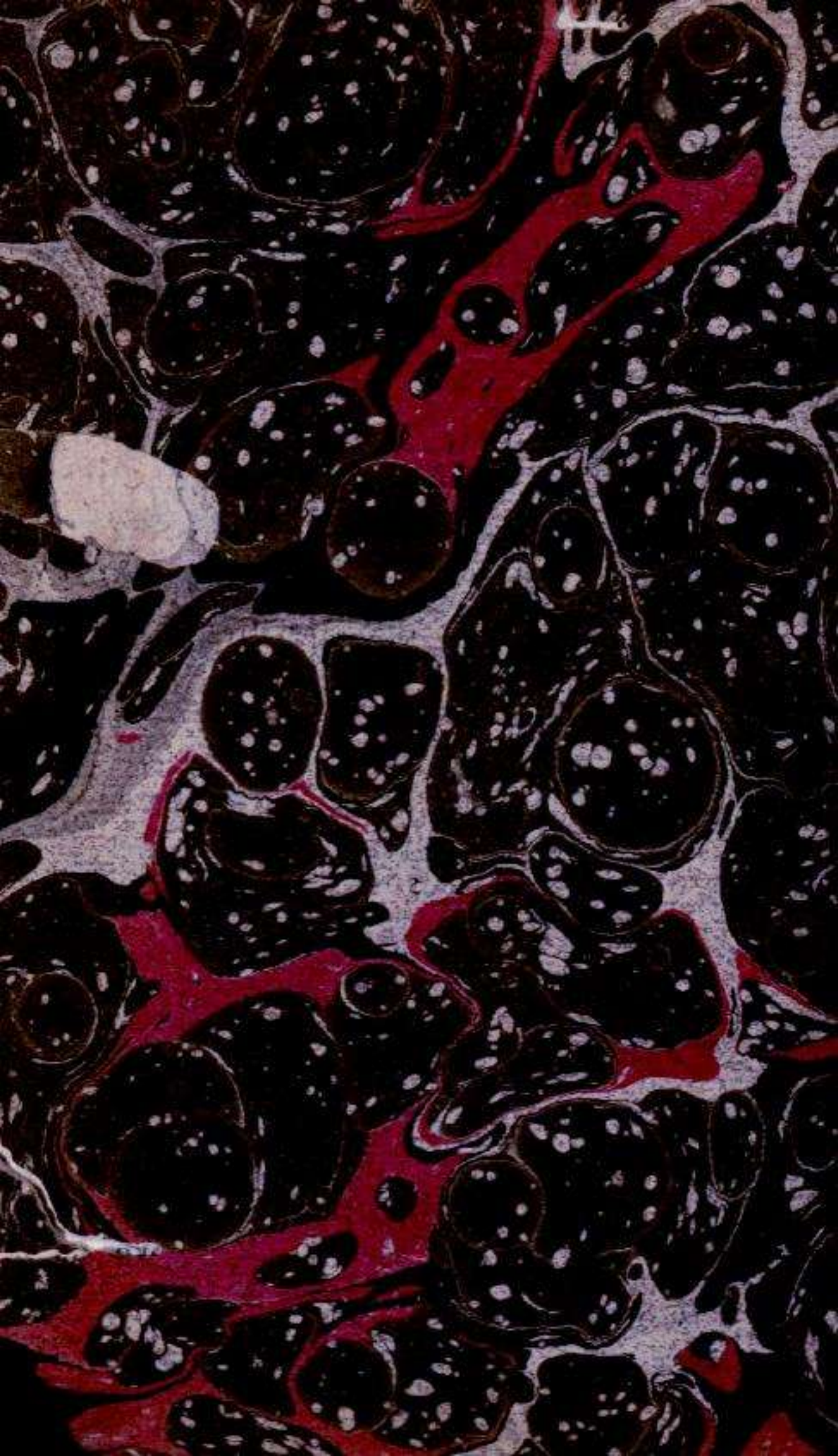
En 1814, M. d'Offemont, padre del actual propietario del castillo en que la

marquesa de Brinvilliers envenenó á M. d'Aubray, alarmado por la aproximacion de las tropas aliadas, practicó en uno de los torreoncillos varios escondrijos, en los cuales ocultó la vajilla y los demas objetos preciosos que se encontraban en aquella casa de campo aislada, en medio del bosque de Laigne. Las tropas estranjeras pasaron y volvieron á pasar por Offemont, y, despues de tres meses de ocupacion se retiraron á la otra parte de la frontera.

Entonces se arriesgaron á sacar de sus escondrijos los diferentes objetos que se habian ocultado en ellos, y al sondear las paredes á fin de no dejarse nada, una de ellas produjo un sonido hueco, que indicaba una cavidad desconocida hasta entonces. Derribóse aquel lienzo de pared por medio de palancas y azadones, y, habiendo caido muchas piedras, apareció un grande gabinete en forma de laboratorio, en el cual se encontraron hornillos, instrumentos de química, muchos frascos herméticamente tapados que contenian una agua desconocida, y en fin cuatro paquetes de polvos de diferentes colores. Desgraciadamente los que hicieron este

descubrimiento le dieron demasiada ó muy poca importancia, porque, en lugar de someter aquellos varios ingredientes á la investigacion de la ciencia moderna, hicieron desaparecer con gran cuidado paquetes y botellas, asustados por las sustancias mortales que probablemente contenian.

Así se perdió aquella rara y probablemente última ocasion de reconocer y analizar las substancias de que se componian los venenos de Santa-Cruz y de la marquesa de Brinvilliers.

FIN.

UNIVERSIDAD DE CADIZ
3740317955